

P. D. Mi película «Recuerdos del Futuro» fue comprada por una entidad estatal para el reino de Mao. A lo mejor me abre la puerta a un viaje de estudio a Pekin. Esta vez, llevando tarjetas postales, no tendré dificultades en dar con la Academia y su archivo histórico.

Por otra parte, hace tiempo que tengo deseos de visitar el desierto de Gobi...

Temuen — La isla llamada Nan Madol

IV

¿Quiénes construyeron Nan Madol? - Juego de micado con bloques de basalto - Túneles prehistóricos - ¿Sarcófagos de platino? - Los portentos del dragón mago - En viaje a islas sin retorno - Cómo se formó Nueva Zelandia - Ingenios para volar en masa - Leyendas de la Polinesia - Errores en la interpretación de los mitos - Hallazgo en una geoda - ¿De dónde sacan tanto dinero los pobres polinesios? - El sagú, LSD de los mares del sur.

El más importante de los archipiélagos de la Micronesia

lo constituyen las islas Carolinas, que comprenden más de 500 islas con una superficie total de 1.340 Km².

La más extensa de las Carolinas es la isla de Ponape, de 504 Km², tres veces mayor que el Principado de Liechtenstein y con una población equivalente: 18.000 habitantes. El clima es tropical, la mayor parte de Ponape es montañosa e inhabitable. Alrededor de Ponape hay un cinturón de pequeñas islas y arrecifes de coral. Una de estas diminutas islitas, de tamaño no mayor que el Estado del Vaticano —0,44 km²—, aparece en los atlas bajo el nombre de Temuen. En Temuen se encuentran las imponentes ruinas de Nan Madol que ocupan casi toda la isla y a las cuales debe su importancia y fama, hasta el punto que corrientemente se designan estas islas bajo el nom-

bre de Nan Madol. Las ruinas de Nan Madol datan de tiempos remotos. Hasta el momento no ha podido determinarse a qué época corresponden estas obras prehistóricas, como tampoco quiénes fueron sus constructores. He aquí las fechas históricas más importantes de la isla dé Ponape y sus satélites:

1595 — el portugués Pedro Fernández de Quirós llega a la isla... y ve las ruinas de Nan Madol.

1686 — todo el archipiélago pasa a manos de los españoles, bautizándose bajo el nombre de Carolinas en homenaje al rey Carlos II.

1826 — llega el irlandés James O'Connell con los sobrevivientes de un naufragio; es recibido amistosamente por los ponapeses y contrae matrimonio con una nativa.

1838 — a partir de este año, los anales de la isla registran numerosas visitas de blancos.

1851 — los nativos masacran la tripulación de un barco británico. Una expedición punitiva desata un baño de sangre sobre la isla.

1880 — los misioneros de distintas sectas y confesiones cristianas caen como nube de langostas, queman tablas grabadas con escrituras antiguas y prohíben prácticas tradicionales.

1899 — España vende el grupo de las Ponape (junto con las islas Marianas y Palau) al Reich alemán.

1910 — los isleños asesinan misioneros y funcionarios de gobierno. Sólo unos pocos blancos se libran de la masacre.

1911 — el crucero alemán Emden bombardea la isla; los rebeldes son degollados y sus cabecillas ahorcados en público.

1919 — las Carolinas, junto con Ponape, quedan bajo el protectorado japonés.

1944 — durante la batalla del Pacífico Sur, los norteamericanos ocupan el archipiélago.

1947 — las islas quedan bajo el fideicomiso de los EE. UU. Estas son las fechas históricas ciertas y culminantes de

los anales de la isla. Por consiguiente, queda establecido que las misteriosas ruinas de Nan Madol existían ya mucho tiempo antes de la primera visita de los blancos a la isla el año 1595. No es efectivo que la historia de los habitantes de la isla sólo haya comenzado a partir de su «descubrimiento» en las leyendas sobre Nan Madol. A partir de 1595 no hay lagunas en la historia de Ponape. Las leyendas sobre Nan Madol envuelven una información mucho más interesante y significativa que los sucesos incomparablemente más recientes arriba mencionados. Sólo que como no se ha podido encontrar ninguna explicación satisfactoria al misterio de Nan Madol, se pretenden hacer pasar pseudo interpretaciones bajo disfraz científico.

Después de haber pasado más de una semana en el infierno húmedo y tórrido de Nan Madol con huincha de medir, aparatos fotográficos y libreta de anotaciones puedo sonreír — por desgracia rendido de cansancio — ante tales interpretaciones. Prefiero atenerme a las leyendas, ya que a la postre resultan más plausibles.

Y vamos a ver por qué.

Al descender en Ponape de un Boeing 727 de la Continental Airlines, aún no podía imaginarme las fatigas y sorpresas a que me estaba conduciendo mi curiosidad.

Me desplazé por entre el enjambre de pequeñas islas en una pequeña lancha a motor que había fletado por intermedio del Hotel Kasehlia, a lo largo de canales flanqueados por una vegetación tropical exuberante. El calor era sofocante y el aire tan húmedo que se hacía irrespirable (Fig. 38).

Acompañado de dos nativos, pasé varias islitas y luego, de súbito, aparecen las ruinas de Nan Madol, una islita como cualquiera de las vecinas, que sólo se distingue por los extraños restos que la cubren. Aquí se encuentra, no mayor que un estadio de fútbol, el panteón, la pequeña ciudad de basalto y el legendario retiro de sus habitantes prehistóricos. Uno se encuentra de repente ante estos



FIG. 38. Por los canales de la jungla se navega entre las isletas, un mundo de plantas tropicales y pájaros exóticos.

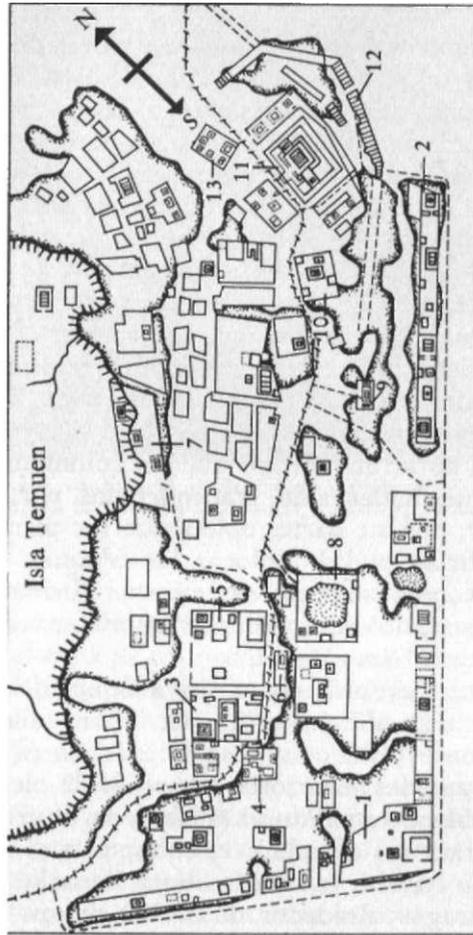
testimonios de la antigüedad; lo toman a uno de sorpresa. Observando alrededor, se distinguen claramente los contornos del complejo en medio del desorden de las ruinas. Como en el juego de micado, pueden verse innumerables vigas apiladas, ordenadas en capas. No puede haber sido fácil este juego ya que las vigas son gruesos largueros de basalto de toneladas de peso. Los científicos dicen que se trata de lava enfriada. Me pareció un tanto singular el comprobar, metro por metro, que la lava se enfriase exclusivamente en forma de columnas de aproximadamente el mismo largo y de sección hexa u octogonal (Fig. 8C). Dado que en la costa septentrional de Ponape hay claros signos de haberse extraído basalto para construcciones, puedo desde ahora desestimar la necia explicación de las columnas de lava endurecidas a la medida, y suponer que este material fue cortado en la costa norte y subsecuentemente elaborado. Pero aquí nos topamos con una dificultad: estas columnas de una longitud media entre tres y nueve metros y de un peso muchas veces superior a las diez toneladas habrían tenido que ser transportadas des-

de la costa septentrional de Ponape a través del laberinto de canales y a lo largo de docenas de islas igualmente apropiadas para servir de asiento a las construcciones. La posibilidad de transporte por vía terrestre hay que descartarla ya que en la jungla se desatan aguaceros varias veces al día. Además, Ponape es una isla montañosa. Aun partiendo del supuesto que se hubiesen abierto caminos en la jungla y se hubiese dispuesto de medios de transporte capaces de desplazarse por la montaña a través de lodazales pantanosos, en todo caso la carga habría tenido que llegar a la región sudoriental de la isla, donde habría tenido que ser transbordada para su ulterior transporte por los canales.

Me hicieron notar ahí mismo que las columnas pudieron perfectamente haber sido transportadas por balsa. Un investigador, por su parte, opinó que los primitivos habitantes habrían podido colocar los bloques de basalto suspendidos bajo sus canoas; en esta forma, disminuyendo el peso, hubiesen podido transportar a remo pieza tras pieza hacia Nan Madol.

Me tomé la molestia de contar los bloques de basalto de un costado del edificio principal: sobre una longitud de 60 m. conté 1.082 columnas. El edificio es cuadrado, las cuatro paredes exteriores tienen 4.782 elementos de basalto. Habiendo medido el ancho y la altura, hice que un matemático me calculara el volumen y el número de columnas de basalto necesarias para llenarlo: el edificio principal «tragó» alrededor de 32.000 piezas. El edificio principal es solamente una parte del complejo (ver mapa Fig. 39).

Hay canales, sepulturas, túneles y un muro de 860 m. de largo cuyo punto más alto mide 14,60 m. El recinto principal es rectangular y está escalonado en plataformas hechas asimismo con sillares de basalto de primera calidad. El edificio principal de que hablaba anteriormente posee más de 80 pequeñas dependencias. Partiendo de la base del número 32.000 más arriba indicado, puede es-



Explicación de los dibujos:

	Cimientos de casas		Obras inacabadas
	Cimientos con hogar		Canal
	Bóveda funeraria		Gran canal

FIG. 39. Esta vista en planta del complejo de Nan Madol fue dibujada por Paul Hambruch durante sus trabajos de investigación en los años 1908-1910.

timarse que el número de columnas de basalto contenidas en estas 80 construcciones asciende a unas cuatrocientas mil piezas por lo menos. Esta clase de cálculos son siempre útiles para hechar por tierra hipótesis falsas. He aquí una, por ejemplo:

En la época en que se construyó el complejo de Nan Madol, la población de Ponape era, según todos los investigadores, insignificante en comparación con la actual. El trabajo en las canteras de la costa septentrional era pesado, fatigoso y largo. El transporte de las piezas elaboradas a través de la jungla requería un verdadero ejército de hombres fornidos y, asimismo, el número de cargadores que debían atar los bloques bajo las canoas era considerable. Por último, debía quedar disponible una buena cantidad de gente para la recolección de cocos, la pesca y otros menesteres necesarios para el diario vivir. En caso que, por ejemplo, cada día llegasen cuatro columnas de basalto a la costa meridional para su transporte a Nan Madol, estaríamos en presencia de un verdadero portento, si se atiende a los medios técnicos a disposición de los isleños. Dado que en aquellos tiempos no habían sindicatos obreros, estoy partiendo de la suposición que se trabajaría como negro los 365 días del año. ¡En las citadas condiciones llegarían a Nan Madol alrededor de 1460 bloques de basalto al año! ¡Se habrían necesitado 296 años sólo para poner el material al pie de la obra!

No, en ninguna época han sido los seres humanos tan necios como para someterse a una tortura semejante sin motivo suficiente. Si habían canteras de basalto en la costa septentrional de Ponape, ¿por qué no se levantó el complejo en la isla principal? ¿Por qué se prefirió una

pequeña isla tan alejada de las fuentes de aprovisionamiento?

¿Habrá acaso alguna explicación convincente?

Nan Madol está lejos de ser una ciudad «hermosa»; con toda seguridad no lo fue nunca. No hay relieves ni esculturas ni estatuas ni pinturas. La arquitectura es fría y cortante. Duras, toscas y amenazantes se proyectan las pilas de bloques de basalto. Esto no puede dejar de llamar la atención ya que los isleños de los mares del sur siempre se distinguieron por la profusión con que decoraron sus palacios y fortalezas; eran lugares para honrar a sus reyes y aplacar a los dioses. El muro espartano de Nan Madol excluye ambas posibilidades. ¿Se trataba tal vez de instalaciones militares? Las plataformas que allanan el acceso a los edificios contradicen esta hipótesis: ¿desde cuándo se dieron semejantes facilidades al enemigo? Pero: las plataformas conducen al centro del complejo, a la «fuente».

La «fuente» sólo tiene el nombre de tal: es la entrada o salida de un túnel. El hecho que la abertura esté llena de agua hasta escasos dos metros del borde no prueba nada ya que también las construcciones se prolongan más allá de la orilla de la isla y son visibles a simple vista bajo la superficie del agua.

¿Pero qué objeto pudo haber tenido este túnel en la diminuta isla? ¿Dónde comienza y dónde termina?

Por primera vez leí acerca de esta curiosidad en el libro de Herbert Rittlinger *Der masslose Ozean*. Rittlinger exploró los mares del sur y en Ponape tuvo noticias que hace muchos miles de años estas islas habían sido el corazón de un fastuoso imperio. Los relatos acerca de tesoros fabulosos habrían sido aprovechados por pescadores de perlas y comerciantes chinos, quienes habrían explorado secretamente el fondo del mar. Los buzos habrían regresado con increíbles narraciones de las profundidades... habrían caminado por calles perfectamente bien conservadas y cubiertas de conchas y corales... «allá abajo»

existirían innumerables bóvedas de piedra, columnas y monolitos... habrían visto piedras labradas adheridas a restos de casas.

Lo que no encontraron los pescadores de perlas, lo descubrieron los buzos japoneses provistos de aparatos modernos. Estos confirmaron con sus descubrimientos lo que aseguraban las leyendas: una inmensa riqueza en metales nobles, perlas y barras de plata. Según la leyenda, los cadáveres descansan en la «casa de los muertos» (el edificio principal del complejo). Los buzos nipones descubrieron que los muertos habían sido sepultados en sarcófagos de platino impermeables. ¡Día tras día sacaron los buzos trozos de platino a la superficie! ¡Los artículos de exportación más importantes de las islas — copra, vainilla, sagú, nácar— fueron relegados a segundo término! Según Rittlinger, los japoneses habrían continuado explotando estos «yacimientos» de platino hasta que un buen día dos de los buzos — a pesar de los aparatos modernos — no pudieron regresar a la superficie. Luego habría estallado la guerra y los japoneses habrían tenido que retirarse. Rittlinger termina así su relato:

«Las historias de los nativos, sobrecargadas de leyendas, son probablemente exageradas, pero los hallazgos de platino en una isla cuyas rocas no contienen este elemento son y siguen siendo una realidad indiscutible». Todo esto sucedió alrededor de 1939.

Personalmente, no creo en los tales sarcófagos de metal. Bajo el agua, resulta fácil confundir pilares hexa u octogonales cubiertos de conchas y corales con los pretendidos sarcófagos. Sin embargo queda en pie el hecho que Japón exportó platino de Ponape desde que asumió el protectorado de la isla en 1919.

¿De dónde procedía este platino?

Si bien los sarcófagos pueden haber sido una ilusión, lo que sí me convence son los relatos de los buzos acerca de casas, calles y bóvedas en el fondo marino, puesto que estas obras son visibles ya desde la misma orilla del mar

y puede apreciarse cómo concurren hacia la pretendida fuente. Es muy probable que aquí haya estado la entrada a un sistema de túneles que dominaba la isla. Y: Nan Madol no tiene absolutamente nada que ver con la leyendaria Atlántida que, según Platón, se hundió en el mar 9.000 años antes de Cristo. Aquí, las construcciones de superficie están en el mismo sitio en que fueron erigidas originalmente y sus prolongaciones submarinas forman parte del proyecto general de las obras. Lo que hay aquí son restos de una obra maravillosa, pero no hay milagros. ¿Y qué nos dicen las leyendas acerca de las misteriosas ruinas de Nan Madol?

Los investigadores K. Masao Hadley, Pensile Lawrence y Carole Jencks, todos residentes en Ponape, han estado reuniendo material desde hace tiempo, pero hasta la fecha no han arriesgado interpretación alguna.

El edificio principal es lo que la leyenda llama el «Templo de la Sagrada Paloma». Hace tres siglos, el dios y sumo sacerdote Nanusunsap habría navegado en una canoa por los canales; frente a él se habría posado una paloma, a la cual habría tenido que mirar fijamente a los ojos sin interrupción: si la paloma parpadeaba —y las palomas lo hacen constantemente — el pobre sumo sacerdote habría estado obligado a hacer otro tanto.

Pero, según las leyendas, en un principio no habría sido la paloma el símbolo de la divinidad en Nan Madol sino el dragón que escupe fuego. Alrededor de este terrible dragón se centran también los relatos acerca de la formación de la isla y sus obras. La madre del dragón habría abierto los canales con su poderoso resoplido y en esta forma se habrían formado los islotes. El dragón habría tenido un ayudante mago y este dragón-brujo habría conocido una fórmula mágica por cuya virtud podía hacer volar por los aires los bloques de basalto desde la gran isla vecina para luego, mediante una segunda invocación, depositarlos ordenadamente en una pila en Nan Madol, sin la más mínima intervención humana.

Una de las interpretaciones de la leyenda del dragón me ha hecho gracia. El dragón, dicen los arqueólogos, no sería precisamente dragón sino más bien un cocodrilo que, extraviado, habría ido a parar a Nan Madol donde habría causado grandes trastornos. Cocodrilos los hay en los mares del sur a una distancia de alrededor de 3.000 millas de las islas. No es imposible que alguna vez se haya extraviado un cocodrilo —¿por qué no?— pero lo que resulta sobremedida singular es que un simple reptil blindado haya podido pasar a la leyenda y no así el suceso incomparablemente más impresionante de la construcción del misterioso complejo que ha hecho famosa a esta isla. ¿Un cocodrilo deja huellas en la leyenda popular y no así construcciones cuyas ruinas son aún hoy día motivo de admiración y perplejidad? En todo caso, el cocodrilo no construyó terrazas ni edificios ni túneles. Por supuesto, hay muchas más leyendas sobre Nan Madol además de la de la Paloma y la del dragón. El etnólogo alemán Paul Hambruch nos presenta en el segundo tomo de *Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908 bis 1910* una profunda visión del conjunto de los mitos y leyendas de las Carolinas. El District-Economic-Development-Office de Ponape vende a los turistas un folleto con datos de la historia y leyendas al precio de un dólar. Si aquí menciono solamente la leyenda del dragón, lo hago por buenas razones. No es porque haya hallado un excelente padrino de bautizo y testigo para mi concepto de los dioses.

Se da el caso que en todas las islas de los mares del sur que ostentan ruinas de antiguas construcciones y que poseen mitos basados en su historia, nos encontramos con la inusitada fantasía de enormes piedras que viajan volando a su destino. La más conocida de estas leyendas es la de la Isla de Pascua. Según los mitos de los rapanui, las cerca de 200 gigantescas estatuas a lo largo de la costa de dicha isla habrían llegado a su actual posición desde el aire y «por cuenta propia».

Leyendas de dragones y palomas las hay por todas partes si bien, naturalmente, con contenidos diferentes. En la mayor parte del resto de las leyendas sobresalen los acontecimientos bélicos, sucesiones de dinastías reinantes, bodas y asesinatos, como asimismo hechos históricos más recientes narrados en verso. Esta parte de las leyendas parte de hechos reales, tiene un núcleo real. Esto me parece del todo lógico puesto que aun la más atrevida fantasía tiene necesidad de asideros, de rampas de lanzamiento, para decirlo así. La fantasía humana tiene sus raíces en el terreno de las experiencias o al menos en el terreno de lo concebible, y esto vale incluso tratándose de las más utópicas especulaciones. Ahora bien, los dragones constituyen un elemento común a muchos mitos y leyendas. Lo encontramos tanto en las más antiguas leyendas de los chinos como en los mitos de los mayas. Este monstruo escupiendo fuego es un personaje familiar a todos los pueblos antiguos de los mares del sur; en ocasiones se nos presenta como una serpiente voladora, pero siempre aparece dotado del mágico poder de transportar los objetos más grandes y pesados a gran distancia y en un orden predeterminado. ¿Qué jefe de obras de nuestros días no quisiera ser un dragón con tales poderes?

Los constructores de las obras de Nan Madol no llevaron a cabo su tarea en un día. Con la ayuda de un amigo matemático calculé que para ello fueron necesarios cerca de 300 años. Fue un trabajo de negros por varias generaciones. ¿A qué se debe que no hayan quedado documentos sobre esta proeza de los isleños siendo que, como afirman los arqueólogos, las construcciones no tendrían más de 500 años de antigüedad? La prueba en que basan esta estimación es bastante frágil: hace seis años se descubrió bajo un bloque de basalto cerca de la «fuente» un trozo de carbón de leña; se determinó su antigüedad por el método del C-14, dando como resultado que el dicho trozo databa aproximadamente del año 1300 D. C.

Aparte de la inexactitud ya varias veces comprobada del método del C-14, que supone una proporción constante de los isótopos radioactivos del carbono (C) con peso atómico 14 en la atmósfera, es mucho más probable que los habitantes de aquella época hayan hecho un pequeño fuego en el sitio de unas obras ya existentes desde mucho tiempo atrás. Estas estimaciones no pueden ser tomadas en serio, no son otra cosa que subterfugios destinados a encubrir la ignorancia...

La Polinesia, el grupo de islas de la Oceanía oriental, está situada en el gran triángulo formado por Hawaii, la Isla de Pascua y Nueva Zelanda. Todos los primitivos habitantes de las islas de la Polinesia con sus 43.700 Km² de territorio tenían los mismos mitos y leyendas; tienen el mismo tronco lingüístico y —sólo con pequeñas variantes— el mismo aspecto físico. ¡Y los mismos dioses!

La mayor parte de los arqueólogos, antropólogos y especialistas en filología antigua están de acuerdo en que tanto la cultura como el lenguaje tuvieron su cuna en la Polinesia oriental. De acuerdo a esta tesis, el centro cultural y lingüístico habría estado constituido por las nueve islas Cook y sus múltiples atolones, la isla Tahiti (1.042 Km²) y el grupo de las islas Tuamotu con sus cerca de 80 atolones, como asimismo por las islas Marquesa y las Mangarewa.

No me atrevería a impugnar esta opinión científicamente fundamentada, pero habría lugar a plantear algunas preguntas.

¿Cómo pudieron los habitantes de la Polinesia oriental salvar las enormes distancias entre las islas para poder difundir su cultura?

Y aquí nos sale al paso la teoría según la cual se habrían dejado llevar en sus canoas por las corrientes marinas. ¿Llevar hacia dónde?

De hace medio siglo a esta parte, se sabe con bastante exactitud gracias a la investigación oceánica en qué dirección se mueven las grandes corrientes y a lo largo de

qué costas fluyen. Así, la carta de las corrientes marítimas demuestra en forma concluyente que los colonos de la Polinesia oriental habrían tenido que llegar a Nueva Zelanda, la isla más importante del Pacífico meridional, navegando en sus primitivas canoas *contra* la corriente. Una de las explicaciones favoritas de este tipo de navegación sin brújula ni motor supone que los navegantes procedentes de la Polinesia oriental con destino a Nueva Zelanda viajaban en dirección norte-sur hasta llegar a un punto situado al este o al oeste de su destino: acto seguido los listos muchachos enfilaban con toda precisión dejándose llevar por las corrientes.

¡Está muy bien si los primitivos polinesios hubiesen tenido conocimientos de navegación moderna y los medios, técnicos a su disposición! ¿Pero qué sabían ellos acerca de la lentitud precisa en la cual debían cambiar de rumbo virando hacia el este u oeste? ¿Y cómo conocían su destino? ¿Sabían acaso de la existencia de otras islas y dónde se encontraban?

El que parte de la hipótesis que los antiguos polinesios hicieron uso exacto de las corrientes marítimas — ¡de sentido contrario al de sus viajes! —, debe aceptar como consecuencia lógica que conocían lo relativo a dichas corrientes, y entonces me permito plantear la pregunta: ¿en qué forma habían llegado a tal conocimiento?

Al hablar de difusión de lengua y cultura, hay que tener en cuenta que se trata aquí de distancias inmensas, como puede verse a continuación según datos tomados en una compañía aérea internacional:

Isla de Pascua-Tahití	3.700 Km.
Tahiti-Fidschi	4.300 Km.
Fidschi-Australia	3.000 Km.
California-Hawái	4.000 Km.
Hawái-Islas Marshall	3.800 Km.

Si, no obstante, por azar, hubiese ido a parar una canoa

o una balsa a una isla desconocida, sus intrépidos tripulantes (contra la corriente) jamás hubiesen podido establecer nuevamente contacto con su patria ni hacerles llegar noticia alguna, y en caso de volver a hacerse a la mar, nuestros marinos se habrían ido alejando cada vez más del puerto de origen. Pero esto no es todo; de acuerdo a la ciencia, estos aventureros serían los autores de un portento aún mayor: ciertamente, no llevaban mujeres, pero trajeron a la isla no solamente la cultura; además de eso procrearon y se multiplicaron. ¿Cómo pudieron hacer todo eso? ¡Los navegantes se habrían orientado por las estrellas!

«Cuando, durante el otoño, la Cruz del Sur esté a medianoche en el horizonte, deberemos virar hacia la izquierda para llegar a Bora-Bora».

¿Cómo sabían estos conquistadores culturales dónde se halla Bora-Bora? ¿Había estado acaso alguno de ellos en alguna de las innumerables islas? ¿De qué manera habían recibido la información necesaria para determinar la posición?

El marino de nuestros días sabe muy bien, a diferencia de los primitivos descubridores, cuál es el destino de su viaje, dónde se encuentra y cuál es la ruta. Los primitivos polinesios carecían de todos estos conocimientos indispensables; si llegaban a una isla, era por feliz casualidad. Los antiguos habitantes de Nueva Zelanda, los inteligentes y diestros maoríes, tienen una leyenda que invita a la reflexión.

Hace muchos, muchísimos años, había un rey llamado Kupe quien emprendió una expedición en compañía de sus dos hijas y dos pájaros. Kupe descubrió la costa oriental de Nueva Zelanda, desembarcó y envió ambos pájaros en misión de reconocimiento. Uno de los pájaros recibió el encargo de medir el declive de los ríos y corrientes marinas; el otro, debía informar acerca de plantas y bayas desde el punto de vista de su utilidad como alimento para el hombre. El primer pájaro se rompió las

alas mientras medía una caída de agua. Cojo, como estaba, ya no pudo volar más. El segundo pájaro —narra la leyenda maorí— habría hallado un tipo de baya tan exquisito que prefirió pasar el resto de su vida en el bosque: Kupe no lo vio nunca más. La consecuencia fue que el rey Kupe y sus hijas no pudieron regresar nunca más a su patria.

¿Por qué no?

En todo caso, el rey conservaba aún la canoa en que había viajado; contaba aún con sus dos hijas, con toda seguridad muchachas deportivas. A pesar de esto, el regreso se hacía imposible. ¿No podía prescindir de sus inteligentes pájaros para la navegación?

Pero la leyenda más antigua de los maoríes es todavía mucho más curiosa: ¡según ella, Nueva Zelandia habría sido pescada de las olas del mar por el dios Maauí!

Según la leyenda, Maauí habría tenido un pez en la caña; el pez se habría agitado violentamente lo que habría hecho montar en cólera al dios, quien habría descuartizado al pez, reduciéndolo a pequeños trozos... y por eso Nueva Zelandia habría quedado tan desmembrada.

Aún en la actualidad, los maoríes se refieren a la isla septentrional —Te Ika-A-Maauí— como al pez de Maauí, en tanto que la isla meridional (Stewart Island) la conocen como la canoa del dios. La península Mahía —Te Matau a Maauí— es el anzuelo; la región de Wellington —Te Upoko O Te Ika— es la cabeza; la península de Nord Auckland —Te Hiku O Te Ika— es la cola del pez. Se trata de una leyenda que da mucho que pensar. En la época que pescaba el dios Maauí aún no habían mapas, sin embargo un vistazo al atlas basta para poner en evidencia la exactitud con que esta leyenda representa la forma de Nueva Zelandia: ahí está el pez Rarecido a una raya con su hocico abierto al sur, su larga cola al norte y con una aleta lateral en el anzuelo.

Las leyendas acerca del poderoso e irascible Maauí difieren de isla en isla, pero aparece siempre como un ser

dotado de fuerza sobrehumana... y siempre como el «pescador de tierra».

Los mismos polinesios han sido pescadores desde tiempos inmemoriales, siempre han tenido toda clase de frutos del mar en sus redes o en sus cañas; con toda seguridad, más de una vez exageraron haciendo de un terrón un tiburón, pero siempre supieron que no se puede pescar *tierra*. Y, a pesar de esto, todas las leyendas de la isla lo afirman: el dios Maauí era el «pescador de tierra». ¡Ahora, con un audaz simsalabim, transformamos al dios Maauí en el intrépido Charles Lindbergh que el 20 de mayo de 1927 partió en un vuelo de 33 horas cubriendo los cerca de 6.000 Km. que separan a New York de París! Solo en su aparato de un motor, expuesto al viento y volando constantemente sobre el océano sin fin. Un día y medio solo sobre el agua — ¡una pesadilla! —. De pronto, Lindbergh divisa en medio del océano una mancha oscura, un punto. ¿Un gran pez?, ¿una pequeña isla?, ¿un cardumen de peces?, ¿un grupo de islas? Lentamente comienza a descender y reconoce las manchas en el Atlántico: eran islas. Se relaja la tensión del solitario aviador: había «pescado» una manchita de tierra.

Muy divertido, se me dirá, pero los polinesios en la prehistoria aún no conocían el arte de volar. A lo que contesto: estoy casi completamente seguro que los antiguos polinesios podían volar.

Cualquier espíritu abierto que no se empecine, en presencia de tanto testimonio de la prehistoria, en afirmar que se trata de «máscaras» o «vestimentas rituales» o «requisitos rituales» según sea el caso, todo aquél que sea capaz de interpretar los hallazgos en las islas de la Polinesia o dondequiera que fuese con una mentalidad moderna, no tendrá dificultad en reconocer en las supuestas máscaras (Fig. 40) dispositivos para el vuelo individual mal copiados: la «máscara» se pone deslizándola de arriba abajo a lo largo de la cabeza; las tablas no eran otra cosa que alas; se ven los agujeros para el deslizamiento

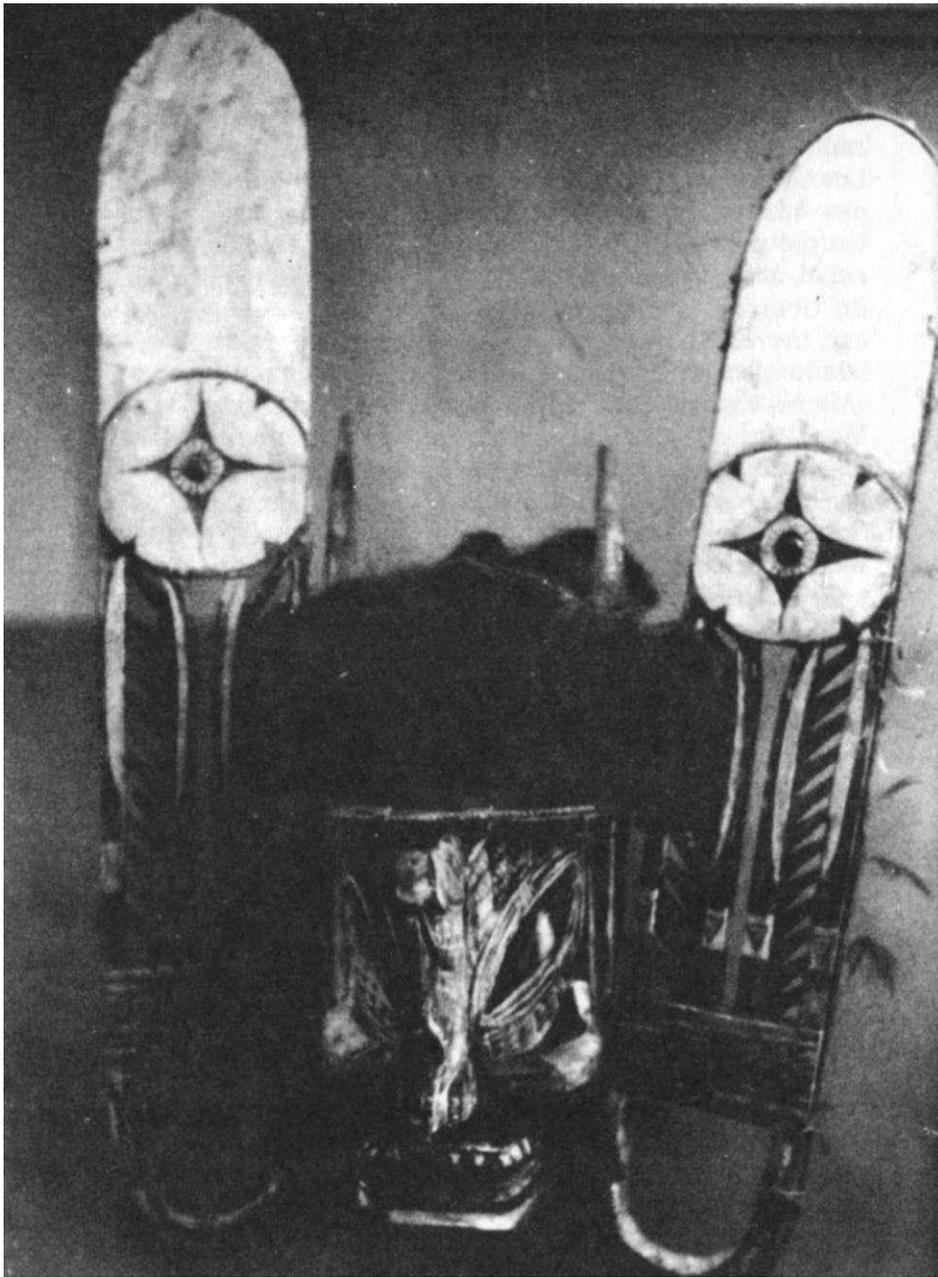


FIG. 40. En el Bishop Museum de Honolulu, Hawaii, pueden verse numerosas copias de aparatos voladores catalogados hasta ahora como «máscaras rituales». No es necesaria tanta fantasía para reconocer en estos «recuerdos» contruidos a lo largo de siglos, ingenios para volar con tablas que servían de alas, apoyos para brazos y piernas y el corsé que debía ajustarse el aviador.

en los extremos inferiores. Incluso los apoyos de brazos y piernas, hasta el mismo ceñidor que debía ajustarse el aviador han quedado en la memoria de los artistas folklóricos polinesios.

Naturalmente, ellos no sabían ni saben tampoco en la actualidad por qué representan a sus dioses y reyes con aparatos tan complicados: desde hace muchísimo tiempo que ya ningún hombre puede volar con tales aparatos, ¡pero en épocas prehistóricas, en los albores de la humanidad, cuando Maui «pescó» las islas, los especialistas podían volar con estos aparatos!

En el Bishop Museum de Honolulu, donde se encuentra la mayor colección de objetos de la antigua Polinesia que hay en el mundo, pueden verse largas galerías repletas de tales aparatos voladores. En el museo de Auckland también están expuestas grandes cantidades de tales ingenios. Dondequiera que se las encuentre, estas malas copias de primitivos equipos de vuelo pasan a los museos sin mayores trámites bajo la clasificación de «objetos rituales».

Los seres de cuatro alas de Assur eran seres rituales, las cerámicas con motivos técnicos de discos y esferas eran igualmente objetos rituales, el astronauta dibujado sobre la tumba de Palenque no era más que un indio en posición ritual; los aparatos en las manos de las estatuas de Tula eran objetos rituales; las mochilas y cámaras (sistemas de aprovisionamiento) que se ven en las espaldas de los sacerdotes mayas eran equipo ritual.

En presencia de tanta estupidez me viene a la memoria el título de la novela de Moscheh Y. Ben-Gavriel: «Los camellos también beben agua turbia».

Los polinesios no descubrieron por sí mismos el arte de volar; tuvieron maestros que vivieron sobre la Tierra en alguna época pasada y que procedían de una civilización mucho más adelantada que la nuestra. Estas técnicas de vuelo eran para nuestros visitantes un juego de niños, podríamos decir que un pasatiempo, y una de sus aportaciones fueron los rocket-belts (Fig. 41). Los norteamericanos y rusos concibieron estos equipos originalmente para su empleo en las misiones espaciales y luego encontraron una nueva aplicación en las operaciones de comandos, permitiendo a un hombre llegar a su destino volando por sobre ríos y colinas. Existen hoy día incluso equipos de helicóptero: hélice y motor van montados en un dispositivo que se acopla a la espalda y al pecho va sujeta una caja con el equipo de servicio. Dejemos que un niño trate de reproducir con paja y madera un tal hombre que vio en la televisión y nos encontraremos con toda seguridad ante una máscara ritual. El niño verá en su obra su «hombre que vuela».

Ahora, naturalmente, sería una temeridad de mi parte afirmar que los primeros antepasados de los polinesios tuvieron maestros procedentes de una civilización extraterrestre si esto no lo diesen a entender las leyendas de los pueblos de los mares del sur.

En su libro *Ancient History of the Maori, New Zealand, 1887*, John White nos presenta una cuidadosa recopilación de las leyendas de estos pueblos. Al comenzar su trabajo, en 1880, recogió White numerosas leyendas de primera mano que le fueron relatadas por los sacerdotes. En el primer tomo ya se habla de los primeros tiempos:

Genealogía de los dioses
Historia de la creación
Guerra en el cosmos
Creación del hombre y la mujer
Diluvio y relatos sobre el arca
Matrimonios entre dioses y hombres



FIG. 41. El equivalente contemporáneo de los ingenios para volar de los isleños de los mares del sur: rocket belts utilizados por los comandos norteamericanos y rusos. ¡Cuándo nuestros niños construyen rocket belts de madera y paja estarían haciendo máscaras rituales!

Viajes entre la Tierra y los astros
Alimento caído del cielo.

La leyenda Rongamai nos narra guerras entre las tribus. En peligro de ser arrollada, la tribu de los Nga-Ti-Hau busca refugio en una aldea fortificada. Al verse allí asediados por el poderoso adversario, los guerreros Nga-Ti-Hau imploraron ayuda al dios Rongamai. Cuando el Sol llegó al cénit, apareció el dios:

*«Su aparición fue
cuál estrella fulgurante,
cual llama de fuego,
semejante al Sol.»*
*Rongamai voló sobre la plaza y se dejó caer:
«La tierra se vio revuelta,
nubes de polvo se elevaron impidiendo la visión,
el estrépito fue como el trueno
y luego un rumor como el zumbido de una concha.»*

Los guerreros cobraron valor gracias a esta demostración de poder del dios y abrumaron al aterrorizado adversario.

En la leyenda Tawhaki, la joven Hapai desciende del séptimo cielo a la Tierra a fin de pasar las noches con un varón apuesto. El escogido desconoce el origen de la muchacha; sólo después de quedar encinta, la ninfa le revela la «verdad»: venía desde un mundo lejano y desconocido para él, donde tenía el rango de diosa. Naturalmente, ya ha dejado de ser virgen, da a luz una hija y luego regresa a su patria en las estrellas.

Confunde la multitud de medios que emplean los misteriosos seres para regresar al espacio. Algunas veces utilizan escaleras interminables para evadirse, otras veces hay torres que sirven para la partida; en ocasiones hay

telarañas o sarmientos lo suficientemente fuertes como para permitir el despegue a las alturas, pero también a menudo parten llevados por pájaros, de preferencia dragones, o bien suben al cielo sirviéndose de cuerdas. Por muy distintos que sean los medios empleados, invariablemente, antes de la partida, hay allí una anciana... ¡que inclinada sobre el suelo se ocupa de contar patatas! La vieja advierte a los viajeros acerca de «vientos que soplan hacia la tierra» y en seguida comienza a lanzar patatas al fuego, una después de otra: nueve, ocho, siete, seis, cinco... una verdadera cuenta regresiva como en el *space center*.

En la Polynesian Mythology, Wellington, New Zealand, o. J., hay una leyenda que contaban los pescadores de estas islas:

El guerrero Uenuku caminaba al borde de un lago cuando divisó una columna de niebla suspendida sobre la playa; armándose de valor, se acercó a la aparición y vio dos hermosísimas muchachas que habían bajado del cielo para bañarse en el lago. Impulsado por una fuerza irresistible, se acercó a las jóvenes y las saludó con gran respeto. Fascinado, rogó a una de las mozas que lo acompañase a su casa y se desposase con él. La dama contestó:

*«Me gusta este mundo.
No es frío y vacío como
allá arriba.»*

Es curioso que sencillos pescadores de la Polinesia puedan hablar de un espacio vacío y frío «allá arriba». Mar y tierra les eran familiares, pero... ¿el espacio allá arriba? De la misma fuente tomo el siguiente relato que linda en lo grotesco:

Rupe, conocido también bajo el nombre de Maui Mua sale en busca de su hermana Hinaura. Como no puede hallarla, toma consejo de su abuelo Rehua que vive en el cielo en un lugar llamado Te Putahi Hui o Rehua.

Rehua se ciñe, se pone una máscara y comienza su ascensión.

Llegó a un lugar en que habían hombres. Preguntó:

—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?

—Sí, están habitados — contestaron.

—¿Puedo llegar a esos cielos? — preguntó.

—No, no podrás llegar a ellos porque fueron contruidos por Tañe.

Rupe se abrió paso al segundo cielo y nuevamente encontró gente a quienes hizo la misma pregunta:

—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?

—Sí, pero no podrás llegar a ellos porque fueron contruidos por Tañe.

Una vez más Rupe se abrió paso hacia arriba y otra vez encontró un lugar poblado.

—¿Están habitados los cielos más arriba de éste?

—Sí, pero no podrás llegar a ellos porque tu máscara no es la de Tañe.

Rupe no se da por vencido; haciendo un supremo esfuerzo, alcanza el décimo cielo donde encuentra a Rehua (también: Hinaura).

Según *The Ancient History of the Maorí* el todopoderoso Tañe era el dios de los bosques y de los animales. En una leyenda se cuenta que fue el creador de la primera mujer y en otra, que después de la segunda gran guerra en los cielos, Tañe obligó a los dioses sublevados a descender a otros mundos en las tinieblas por toda la eternidad.

A estos efectos, Tañe proveyó a los vencidos de todos los conocimientos y habilidades necesarios para que pudiesen realizar el viaje.

¿Serán necesarias mayores explicaciones? ¿Será necesario señalar que para un vuelo al espacio se necesitan aparatos y máscaras? ¿Será necesario decir a una generación que siguió por televisión todas las etapas del viaje a la Luna que los cielos se alcanzan uno después de otro y que para ello son precisos grandes conocimientos — llámense N A S A o TAÑE?

Siguiendo sobre el tema, quisiera de paso recordar la principal obra del Kabbala, el libro *Sohar*. El reportaje del rabino Simón Bar Jochai contiene una conversación entre un habitante de la Tierra y un recién llegado del planeta Arqua. Unos fugitivos sobrevivientes de una catástrofe en nuestro planeta se encuentran repentinamente con un ser extraño que emerge desde una grieta entre las rocas; el rabino Yossé que va al mando del grupo pregunta al extranjero de dónde viene; el extraño ser contesta:

—Soy habitante de Arquas.

El sorprendido rabino pregunta:

—¿De modo que hay seres vivientes en Arqua?

El extranjero contesta:

—Sí, cuando os vi venir, salí de mi cueva para saber cuál es el nombre de este planeta.

Y relató que en «su» mundo las estaciones del año eran diferentes, que siembra y cosecha se repetían después de varios años y que los habitantes de Arqua *visitaban todos los planetas y hablaban todas las lenguas*.

El Kabbala habla de siete planetas distintos, pero que sólo Arqua envió delegados a la Tierra.

No puedo evitarlo, en las leyendas hay referencias directas e inequívocas acerca de otros planetas. Se las interpreta siempre de acuerdo a los exégetas tradicionales que no nos han llevado a ninguna parte. Sí, dicen los exégetas, estas leyendas no se pueden interpretar si no se las mira a la luz de la mentalidad de sus autores. ¿Lo hacen acaso? *Creen* hacerlo. En realidad, resulta imposible apropiarse la mentalidad de pueblos primitivos desaparecidos que apenas han dejado rastros de su paso; sólo puede suponerse: *tendrían* que haber pensado esto o aquello. Es una suposición. El significado de toda leyenda queda atado a la mentalidad de los pueblos en que ésta se incubó, pero esto tiene sus límites: las anteojeras caen tan pronto como las interpretaciones subjetivas se ven confrontadas con

los conocimientos de la era espacial. Pero esto hay que evitarlo a toda costa.

Puesto que en la prehistoria no se volaba, no puede haber habido contacto con otros planetas. Basta. ¿Cómo puede uno salir del pantano de lo inexplicable tirándose de los propios cabellos?

Se intentan las explicaciones psicológicas: se trataría de expresiones de deseos inconscientes. Incluso mi compatriota, Carl Gustav Jung (1875-1961) debe sacar aquí la cara con su doctrina de la energía psíquica, con su teoría de las individuaciones, pero principalmente con su filosofía del arquetipo con los modos de ser y símbolos innatos y primitivos. El mundo ha vuelto a la normalidad. «El hombre siempre sintió la necesidad de imitar a los pájaros.» ¿Fantasías innatas? ¿Símbolos arcaicos? No tengo nada contra el deseo de volar; a mí personalmente me gusta mucho volar. Con seguridad, nuestros antepasados deben haber tenido el mismo anhelo. Pero, por favor, ¿llegó el inconsciente hasta darles imágenes concretas de dispositivos para el vuelo? ¿Llegó hasta hacerles dar detalles precisos de planetas desconocidos? ¿Les guió la mano cuando esculpían redes de circuitos integrados en la Puerta del Sol de Tiahuanaco?

En la epopeya babilónica, Etana está poseída del deseo de volar. No es para sorprenderse que sueñe o hable acerca de sus deseos. Pero ni sueño ni fantasía habrían sido capaces de una descripción tan fiel como la que aparece en la epopeya:

*«La Tierra era como un jardín, y
el mar abría surcos en la tierra
como las zanjas que abre el jardinero.»*

Y el deseo de volar jamás pude inspirar a Enkidu en la descripción de la Tierra, vista desde gran altura, como lo hace en la epopeya *Gilgamesh*:

«Y la tierra era como una montaña y el mar como un

pequeño arroyo... y la tierra se veía como papilla y el mar como artesa.»

En el 18.º volumen del *Anuario de la Asociación de Ingenieros Alemanes*, Berlín 1928, el profesor Richard Hennig publica un estudio acerca de la prehistoria de la aviación. En este estudio, señala la leyenda Etana como el más antiguo cuento sobre vuelos del mundo, que debe remontarse a los primeros tiempos de la historia, ya que se han encontrado representaciones de esta leyenda en sellos cilíndricos del año 3000 y 2500 A.C., en tanto que el texto, escrito en caracteres cuneiformes, se conserva sólo en parte. El siguiente pasaje es particularmente interesante para el técnico:

«No a espaldas del águila sino sujeto a ella pecho a pecho vuela Etana en su viaje a las estrellas... Seis veces en el curso de la ascensión, el águila muestra a Etana el aspecto cada vez más reducido de la Tierra que van dejando atrás.»

¿Descripciones precisas, representaciones plásticas como productos del inconsciente? Creo que aquí los psicoanalistas deberían detenerse a fin de no perder la confianza de los adeptos a su disciplina.

Tanto la investigación de mitos y leyendas como las interpretaciones proporcionadas por la arqueología han estado — en lo que concierne a la prehistoria — encerradas en la jaula de los prejuicios. Los ojos no ven, la mente está como anquilosada. Se objeta que la ciencia no puede aceptar tesis fantásticas que carecen de suficiente fundamento, pero lo que está pasando es que las tesis «serias» se están volviendo cada día más fantásticas al tiempo que las heréticas fantasías se ven cada día mejor avaladas. Toda labor de investigación supone tres premisas: libertad de pensamiento, don de observación y capacidad de síntesis. También el investigador aficionado debe hacer uso de ellas.

¡Y ahora volvamos por unos momentos a los mares del sur!

Según las leyendas maoríes, por estas regiones hace sus andanzas el dios Pourangahua (Fig. 42), quien voló a



FIG. 42. Según la leyenda maorí, el dios Pourangahua voló desde su legendaria sede, Hawaiki, montado en su pájaro mágico, hacia Nueva Zelanda. Vengo y un nuevo cielo gira sobre mí...

Nueva Zelanda desde su legendaria sede Hawaiki cabalgando sobre un pájaro mágico. Hawaiki es una palabra compuesta que proviene del indio antiguo y cuyo sentido es *de la vía láctea*. A este dios Pourangahua se le atribuye la oración maorí más antigua:

*«Vengo,
y bajo mis pies
hay una Tierra desconocida.
Vengo,
y un cielo nuevo gira
sobre mí. >
Vengo,
a esta Tierra,
tranquilo lugar de reposo
para mí.
¡Oh, espíritu del planeta!
el extranjero te ofrece modestamente
su corazón en holocausto.»*

En Nueva Zelanda, los turistas pueden ver esferas en los bordes de las calles y playas, grandes esferas hasta de un diámetro de 3,16 m. En Moeraki-Beach, al norte de Dunedin, ruedan por montones, de todos los tamaños (Figura 10C). Ya un experto en esferas gracias a mis estudios de las bolas de piedra de Costa Rica, me puse, por supuesto, a examinar concienzudamente la variedad neozelandesa. Estas esferas han sido formadas por la naturaleza. Están constituidas de piedra arenisca por sedimentación de la calcita alrededor de un núcleo. Según los geólogos, estas esferas habrían comenzado a formarse en el período cretáceo superior hace unos 135 millones de años. Si bien se han formado naturalmente, hay ejemplares extraordinarios, entre ellos las llamadas geodas. El concepto de geoda es bastante importante en geología y proviene del griego; se trata de una especie de burbuja de gas dentro de la roca que está total o parcialmente

llena de minerales o recubierta de sedimentos cristalinos. Fuera de los geólogos, hay muchos comerciantes que se interesan por las geodas; las cortan en trozos y las pulen, convirtiéndolas en apreciados adornos que ofrecen en sus negocios de curiosidades. Buscadores de tesoros de esta clase encontraron en 1961, en las cercanías de Olancha, en los confines del desierto de Amargosa una piedra con aspecto de geoda. De vuelta a casa, se dispusieron a preparar la piedra para la venta. Al tratar de partir la supuesta geoda con una sierra de diamante, ésta se quebró porque la piedra, a pesar de su aspecto, no era hueca sino maciza. Los geólogos que partieron la piedra encontraron en su interior una roca desconocida fundida bajo la acción de elevadas temperaturas y cuya superficie reflejaba los colores del arco iris... y en su seno, una clavija metálica de 2 mm. de diámetro y 17 mm. de largo.
¿Curioso?

«¡Horacio, hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que dejan suponer vuestros libros!»

La administración norteamericana se esfuerza en mejorar la infraestructura de la isla; en Ponape se construyen carreteras, hay ya una planta de energía eléctrica en funcionamiento, se está construyendo el puerto, hay una estación radioemisora que transmite música a todo el archipiélago. Pero todo sólo está en sus comienzos; por esto no deja de llamar la atención que, en la pobre isla, casi cada familia nativa posea un automóvil. En muchas cabanas, incluso en aquellas que aún no tienen corriente eléctrica, se ven cajas de música. El propietario de mi llamado hotel de primera clase tiene tres de estos aparatos, y, como si fuera poco, casi siempre tenía los tres funcionando al mismo tiempo; los escasos huéspedes se divertían con dos máquinas automáticas y el día de mi partida, fue entregada en su establecimiento una máquina de calcular eléctrica. No he podido llegar a descifrar el

misterio que hay detrás de esta absurda riqueza. Los nativos son pobres y bastante perezosos, además no tienen ningún interés por los negocios. Debí hacer uso de toda mi habilidad dialéctica para poder persuadir siquiera a dos muchachos que me condujesen todos los días a Nan Madol. Sin duda, los norteamericanos son verdaderos genios como vendedores, pero en todo caso no están dispuestos a regalar sus mercaderías. ¿De dónde sacan los isleños tanto dinero para tantas cosas en su mayoría superfluas? Constantemente me acordaba de los buzos nipones trayendo platino del fondo del mar... Es posible que haya dejado pasar la ocasión de descifrar el misterio al no aprovechar debidamente unos momentos de especial clarividencia por los que me tocó pasar. El día anterior a mi partida, recibí una invitación de los nativos para visitar su aldea. Sé muy bien que no se pueden rechazar tales gestos de hospitalidad: no se puede regresar más al lugar en que uno se ha demostrado descortés. La mujer de más edad del clan me saludó y me condujo a través de algunas chozas hasta la plaza del villorrio: mujeres y muchachas estaban acucilladas delante de un tronco de árbol hueco y, al verme, comenzaron a batir con varillas, marcando un ritmo parecido a un blue. Súbitamente entran hombres y mozos en el círculo marcando el compás en el suelo con los pies y golpeando con destreza troncos de madera afinados para distintos tonos. Me hicieron entrar en el corro; el ritmo era, al comienzo, tranquilo, pero poco a poco fue haciéndose frenético; el compás de las mujeres era cada vez más rápido, hacía un calor sofocante y yo tenía que participar, bailar, correr en círculo y golpear en el suelo con los pies. Lo único que pude ahorrarme fue la lanza. El rock'n'roll de los años cincuenta resultaba suave como un tango en comparación con nuestra exhibición.

Pero me esperaba algo aún peor.

Me condujeron a una choza; en el suelo había una gran piedra plana; seis hombres y yo tomamos colocación alrededor de la piedra. Unos muchachos de la tribu trajeron raíces de un árbol nuevo (lat. *piper methysticum*). Con un manojo de lianas limpiaron un poco las raíces y las colocaron sobre la piedra. Los hombres cogieron piedras de moler y comenzaron a machacar las raíces al mismo compás. Al cabo de media hora, comenzó a salir de las raíces una masa pastosa y pegajosa de color café. Los muchachos trajeron entonces unos manojos de fibras vegetales y los extendieron cuidadosamente a lo largo de los cantos de la piedra. Ahora los machacadores comenzaron a barrer la papilla de la piedra volcándola sobre las fibras y, por parejas, fueron retorciendo las fibras hasta formar una cuerda. La malsana salsa que goteaba sobre cascara de coco se llama sagú.

Un adolescente inocente — los ritos decretan que es inocente — se arrodilló ante mí y, sin mirarme a los ojos — lo que está severamente prohibido —, me pasó la cascara. ¡Qué es lo que no se hace en aras del entendimiento entre los pueblos! Me llevé la cascara a los labios; todos los ojos estaban fijos en mí. Tragué algunos sorbos y pasé la cascara a mi vecino quien bebió del terrible brebaje como si se tratara de un champagne de primera clase. Se volvió a llenar la cascara y todos disfrutaron del banquete, hasta que finalmente comenzaron a recostarse cayendo en profundo sueño.

El sagú produce el efecto de una droga, pero no causa apego ni tampoco dolor de cabeza al despertar. Dicen que el sagú provoca un efecto semejante al LSD. He leído que el LSD lleva por momentos a estados de sobrenatural clarividencia. Si hubiese tragado un poco más del repugnante zumo, a lo mejor, bajo la impresión de lo sucedido en los últimos días, hubiese recibido la inspiración que tanto me faltaba para descifrar de un golpe los misterios

de Nan Madol. Así las cosas, no me resta sino plantear mis interrogantes a los especialistas que, hasta el momento, sin mayor clarividencia, siguen pescando en aguas turbias.

Dicho sea de paso: Nan Madol es una palabra compuesta en la lengua de los ponapeses y significa «lugar de los espacios intermedios».

Sobre las rutas de los indios

Brasil, tierra de extremos - El misterio de las Siete Ciudades - Y de nuevo las conjeturas - Escritura jeroglífica «internacional» - Oso Blanco lee los símbolos - Leyenda de la Ciudad Roja del Sur - La blanca que se sumergió en la selva - Cómo los antepasados de los hopi descubrieron la Tierra - Astronautas kayapos - La leyenda de Bep Kororoti.

Desde el extremo sur de Sicilia hasta Hammerfest, la ciudad más al norte de Europa, se vuela, sobre una ruta de 4.000 Km., a través de ocho países. En un vuelo de Moscú al Yemen, se pasa, en un recorrido aproximadamente igual, sobre siete naciones distintas. Tomemos ahora un avión en Cacicore con destino a Río Grande, y a través de los 4.000 a 4.500 Km. de recorrido en dirección norte-sur, veremos extendida sobre la alfombra terrestre una sola nación: Brasil. Incluso en la dirección oeste-este, desde la frontera con Perú hasta Recife, en el Atlántico, es todo un solo país: Brasil. Con una superficie de 8.511.965 Km.², sólo Rusia, China, Canadá y EE. UU. sobrepasan en extensión a este gigante sudamericano.

Esta tierra pujante y poderosa está llena de misterios. Si, por ejemplo, en el curso de un vuelo «normal» de 2.000 Km., un piloto de la VASP divisa torres o aldeas o

ruinas que no aparecen señaladas en los mapas, procederá en seguida a determinar su posición geográfica exacta y pasará el comunicado correspondiente. Apenas tres días más tarde, cuando se llega para verificar la información, es muy posible que las torres, aldeas o ruinas ya no estén más a la vista. Lo que había sido sólo momentáneamente visible debido a condiciones atmosféricas favorables, al estado de los vientos en ese momento o quizás a causa de incendios en los bosques, hace ya tiempo que ha sido nuevamente devorado por el insaciable Moloch de la selva verde.

Brasil es la tierra de los extremos. Es difícil formarse una idea cabal de lo que es en la actualidad o de lo que fue su prehistoria. Desde que la Dodge, V W, Ford y Chevrolet se instalaron en este país produciendo toda clase de vehículos, casi todos los días tiene lugar un nuevo descubrimiento arqueológico: objetos encontrados bajo tierra por los zapadores durante los trabajos de construcción de carreteras. Nadie puede formarse una idea de cuántos objetos valiosos se pierden para siempre bajo los montones de tierra excavada.

La arqueología es en Brasil un pasatiempo popular, pero los arqueólogos profesionales son raros en este país. Si en otra parte se tuviese conocimiento de una tal sobreabundancia de riqueza arqueológica, las universidades habrían organizado expediciones científicas y los gobiernos habrían proporcionado la ayuda financiera necesaria, pero aquí todo es diferente.

La extensión del territorio, la inmensa variedad de la riqueza arqueológica en él contenida, pero muy especialmente las dificultades de acceso, hacen imposible una exploración y examen planificados.

Si llega a descubrirse una ciudad prehistórica olvidada y resulta además que es accesible con vehículos apropiados al objeto, pasarán años antes de que se disponga del dinero necesario para equipar una expedición moderna. Con mucha frecuencia, esto significa: demasiado tarde.

Los hallazgos arqueológicos en Brasil se deben en su mayor parte a la fortuna, al tesón y al celo de los aficionados. El austríaco Ludwig Schwennhagen fue uno de estos obsesionados. Era profesor de Filosofía e Historia y vivió durante largos años en Teresina, la capital del estado de Piau, en el norte del Brasil. Schwennhagen fue el primero que, en 1928, en su libro *Antiga Historia do Brasil*, escribió sobre las misteriosas Siete Ciudades. Cuando finalmente en 1970 vio la luz la segunda edición de su libro, su autor había muerto hacía ya tiempo como maestro de escuela en la pobreza.

La primera vez que oí hablar de Schwennhagen fue por boca del doctor Renato Castelo Branco, quien me entregó una invitación de la Gobernación de Piau para visitar las Siete Ciudades.

—¿Y dónde se encuentran estas Siete Ciudades? — pregunté.

—Solamente a 3.000 Km. de aquí por vía aérea — contestó el doctor Branco—. Al norte de Teresina, entre la pequeña ciudad de Piripiri y el río Longe. ¡Pasado mañana podemos estar allá!

El que hayamos llegado a Teresina con gastos pagados por el gobierno se debe ciertamente a dos razones: *Recuerdos del Futuro* y *Regreso a las Estrellas* han tenido gran circulación en Sudamérica, especialmente en Brasil, y abren al autor todas las puertas. Además, el gobernador de Piau tiene la intención de convertir el área de las Siete Ciudades en parque nacional y no escatima publicidad en sus propósitos.

Se llega a Piripiri desde Teresina por una buena carretera de 160 Km. de largo. El paisaje es plano y de un verde intenso. Los bordes de la carretera hacen las veces de un ribete en torno de los matorrales empujados por la espesa jungla. Jabalíes, vacas y caballos salvajes hacen el tráfico de transeúntes un tanto peligroso. Si bien casi en el ecuador, el clima es soportable: desde la costa, a sólo 300 Km., sopla constantemente una suave brisa. Desde

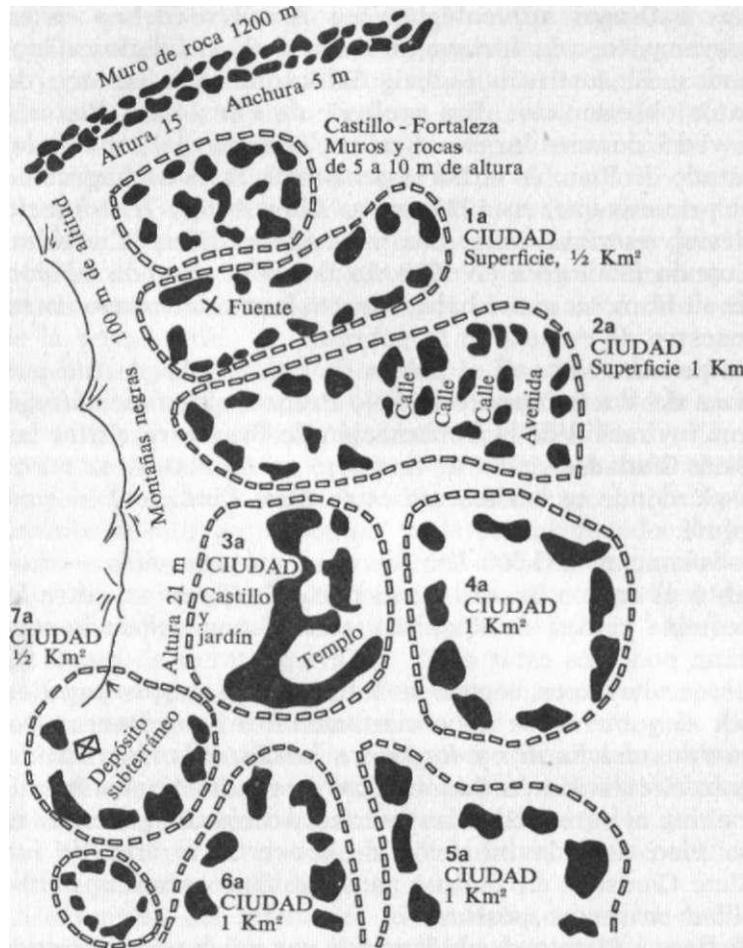


FIG. 43. Plano de Siete Ciudades. Se puede reconocer un orden en medio del caos. ¡Rocas destrozadas por poderes apocalípticos!

Piripiri se viaja a Siete Ciudades por un camino rural de 16 Km. de largo, utilizable por vehículos para toda ruta. Repentinamente se llega a la primera ruina (Fig. 43).

¡Absurdo, aquí no se puede hablar de ruinas! Aquí no se ven restos de piedras que pudiesen haber estado apiladas en otra época. No se ven monolitos de cantos afilados y superficies esculpidas como en Tiahuanaco, en la meseta boliviana.

Por mucho que se busque y por muy fértil que sea nuestra fantasía, no descubriremos ni peldaños ni escaleras ni callejuelas. Siete Ciudades es un tremendo caos, algo así como Gomorra, que fue aniquilada con fuego y azufre desde el cielo. La roca está destrozada, seca, ha sido derretida por poderes apocalípticos. Y debe hacer mucho tiempo que la ira del cielo se hizo presente aquí.

Aquí no se han hecho excavaciones. Jamás ha intentado la ciencia retirar capa por capa del pasado.

Aquí se yerguen extrañas formas de piedra, monstruos con miembros cual signos de interrogación desde el suelo. Un perito que puso a mi disposición el gobernador de Piau para que me sirviese de acompañante me dijo que se suponía que las Siete Ciudades debían su singular forma a la erosión provocada por los glaciares. Es posible, pero personalmente no puedo aceptarlo. En todas partes del mundo — y esto precisamente lo he observado muy bien en Suiza, mi patria — los glaciares dejan en su retirada anchas bandas de roca de erosión como huellas inequívocas. Aquí, en cambio, no hay tales huellas. Siete Ciudades tiene un contorno de 20 Km. de diámetro. Mi acompañante me ofreció otra suposición: esto habría sido hace mucho tiempo el fondo de un mar y las Siete Ciudades no habrían sido otra cosa que restos de rocas arrastradas por la erosión. El viento y los cambios de temperatura habrían más tarde modelado los pintorescos y singulares restos (Fig. 44).

Posiblemente, ¿por qué no?

Me ha tocado ver las obras más singulares producidas



FIG. 44. Ruinas de Siete Ciudades. En medio del caos, aún puede reconocerse una organización en siete sectores. Hasta la fecha, ninguna investigación científica se ha hecho aquí.

por la fantasía y las inagotables posibilidades de la naturaleza. Grotesco y maravilloso es el Death Valley en los EE. UU., la Catedral de Sal en Colombia, la Caldera de Granito en Bolivia, las extrañas y casi arquitectónicas barandillas del Mar Muerto. Sin duda que a la madre naturaleza no le falta humor.

Sin embargo, en Siete Ciudades, me parece todo tan inexplicablemente diferente...

En el mapa «oficial» de Siete Ciudades puede apreciarse claramente la coordinación de las «ruinas» en siete sectores. ¿Azar? ¿Caprichos de la naturaleza? Me resultó imposible aceptar tanto orden *intencionado* como el resultado de un juego de la naturaleza. Al contrario, me parece que detrás de este orden ha existido un plan bien preciso. Especialmente me llamó la atención la escoria de metal triturado que asoma por entre las capas de roca y cuyas huellas de orín semejan lágrimas cayendo por su super-

ficie. Dentro de todo el caos aparece lo singular con demasiada frecuencia y con demasiada regularidad. Es posible que algún día se encuentre una explicación geológica para las «Tortugas» (Fig. 45), la gran atracción de

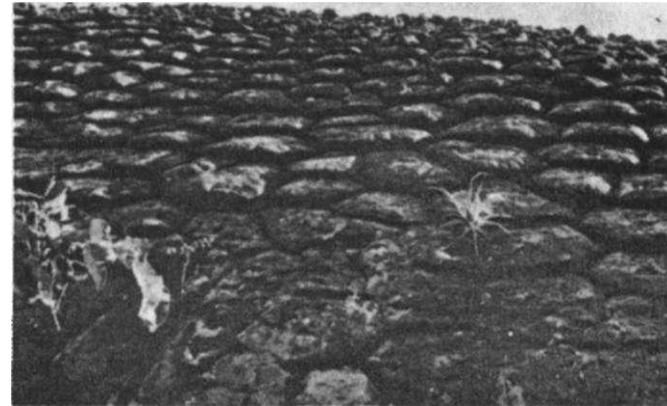


FIG. 45. «Las tortugas» constituyen la principal atracción en medio de la desolación de Siete Ciudades. A falta de investigación, no se sabe nada a ciencia cierta.

Siete Ciudades. A falta de investigación, no se sabe nada con precisión. Si bien el origen de Siete Ciudades es un misterio y posiblemente continúe siéndolo, las pinturas en las rocas son hechos ciertos: se pueden ver, tocar y fotografiar. Es indiscutible que estas pinturas datan de mucho antes que las frágiles y arruinadas formas pétreas. Siete Ciudades tiene dos «pasados»: uno oscuro y primitivo que quizás jamás se llegue a conocer y uno «moderno» que, en todo caso, es también prehistórico.

¡Una vez más, no tenemos la menor sospecha de quién pudo ser el autor de las pinturas en las paredes! Lo que

sí aparece claro es que los artistas prehistóricos —con pocas excepciones— recurrían a los mismos motivos y símbolos, como puede observarse en las pinturas de cuevas y rocas por todo el mundo: círculo, rueda (con rayos), Sol, círculos concéntricos, rectángulo inscrito en un círculo, variedades de cruces y estrellas. ¡Cómo si hasta en los lugares más apartados los artistas procedieran de la misma escuela!

En su libro *Kult Symbol Schrift*, Oswald O. Tobisch ha mostrado, valiéndose de cuadros, que los dibujos en las rocas de Africa, Europa, Asia y América están emparentados entre sí. Al final de su estudio comparativo, plantea Tobisch asombrado la pregunta:

¿Hubo tal vez en alguna época un concepto único de dios en una, a nuestros ojos, casi incomprensible «internacionalidad» y estuvo acaso la humanidad de aquellos tiempos todavía bajo la influencia de la «revelación original», del Dios creador único y todopoderoso a quien están sujetos materia y espíritu, todo el universo con sus astros y seres vivientes?

Citaré sólo unos pocos ejemplos de las extravagantes ocurrencias de los pintores de Siete Ciudades, pero, con todo gusto, pongo a disposición de los investigadores mi voluminoso archivo fotográfico:

Llaman la atención los círculos rojo amarillos con su inconfundible aspecto de señales; las pinturas a dos colores en las rocas son muy raras: incuestionablemente, deben comunicar algo muy especial (Fig. 46).

También es muy notable un esquema con aspecto de dibujo técnico. El objeto representado se asemeja a un tubo de ensayo; en la mitad inferior pueden distinguirse dos banderolas; puede verse una barra gruesa de color rojo y de 32 cm. de alto a la cual están adheridos cinco ovals a la manera de un árbol de navidad. No se ve nada que pertenezca al mundo prehistórico como, por ejemplo, animales, plantas o astros (Ver fig. 47).



FIG. 46. Llaman la atención los círculos rojo amarillos. Indudablemente se trata de señales.



FIG. 47. Notable, y a mi saber sin nada que se le asemeje en el catálogo internacional de dibujos en rocas, es este esquema que parece un tubo de ensayo.

He ahí una línea bajo la cual se ven cuatro esferas como si fueran notas musicales. Dado que los hombres prehistóricos no tenían escritura musical —¿quién lo discute?—, debe tratarse de otro medio de comunicación gráfica. Y como haciendo juego, un antiguo relieve hindú: esta vez con nueve «notas» bajo la línea y dos por encima. Los investigadores hindúes, valiéndose de textos en sánscrito, identificaron el relieve como representación de una vimaana (aparatos voladores). (*Regreso a las Estrellas*, página 195.)

Sumamente curiosa es una máquina voladora (Fig. 49) que parece haber sido dibujada por un niño. Los pintores de la prehistoria lo estilizaron todo con una simplicidad extraordinaria. ¿Qué sirvió aquí de modelo?

Lo que encontré más singular e impresionante fue una pared con astronautas: dos figuras con cascos redondos, sobre ellos flota un objeto que los visionarios tomarían por un ovni; entre las figuras hay una espiral; al lado se ve una imagen que no impone ninguna restricción a la fantasía interpretativa.

Un jeroglífico sutil. ¿Qué podrá ser? ¿Una estación en órbita (Fig. 50)? En los bordes, círculos concéntricos con

FIG. 48. El dibujo de la izquierda, hallado en una pared de roca de Siete Ciudades, se parece a un relieve indio antiguo identificado por los investigadores como «vimaana», un aparato volador.

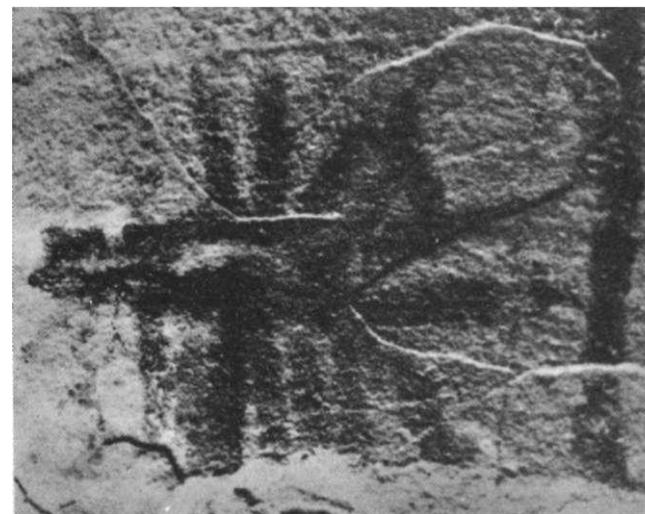
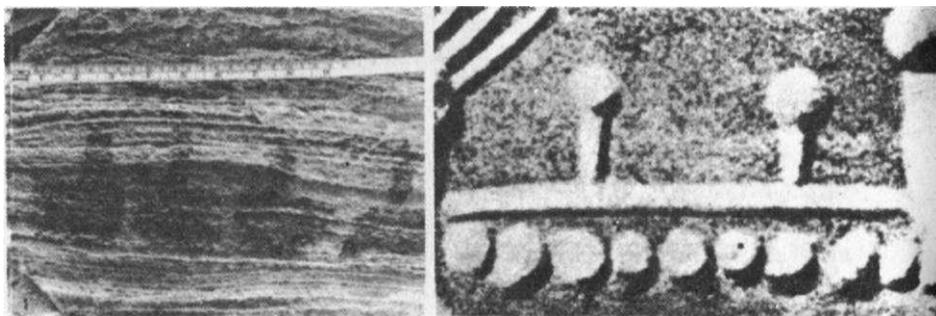


FIG. 49. Los pintores de la prehistoria siempre estilizaron los objetos de su medio. ¿Cómo habrá sido esta máquina voladora?

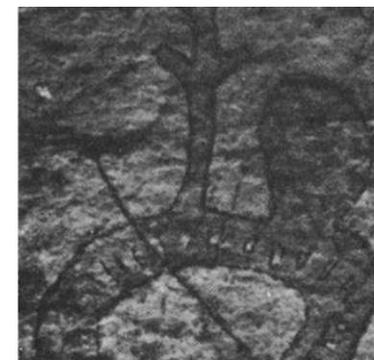
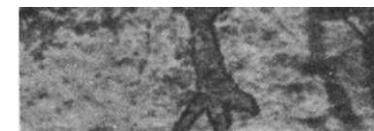


FIG. 50. Un jeroglífico sutil ¿estación espacial en órbita? ¿círculos concéntricos con ventanillas? ¡Uno de los hallazgos más enigmáticos de Siete Ciudades!



ventanillas... círculos con un contrapeso... con una bifurcación. A fin de apreciar mejor el dibujo, repasé los bordes con un pedazo de carbón. Por último, pero no menos interesante: un dibujo primitivo que muestra un *astronauta* con su traje espacial completo. Con Ernst von Khuon, me pregunto: ¿los dioses eran astronautas? Muy curioso, y hasta ahora inexplicable, es el lugar en que se encuentran estas pinturas. Todas las muestras aquí reproducidas están pintadas en una pared difícilmente accesible, a una altura de 8 m. Creo que los pintores (en caso de no haber sido gigantes!) han debido ejecutar su trabajo sobre una especie de pedestal hecho con bloques de piedra, pero no se ven rastros de las ruinas del supuesto pedestal por ninguna parte. La corrosión de dicho cuerpo podría haber sido un buen indicio para saber la antigüedad de las pinturas de Siete Ciudades...

En Arizona y Nuevo México, E.E. U.U., se encuentran los cotos de caza de los indios hopi, pertenecientes a la gran familia de los indios pueblo. Aún en nuestros días, hay alrededor de 18.000 indios hopis. Sus industrias principales son el tejido del algodón y la alfarería, actividades que vienen desarrollando desde comienzos de nuestra era. A pesar de haber sido víctimas de una brutal persecución y de las oprimentes bendiciones de la civilización, los hopi han conservado en sus reservas toda la pureza de sus primitivos ritos y costumbres, como asimismo sus leyendas transmitidas por vía oral de generación en generación.

El cacique del año 1972 se llama White Bear (Oso Blanco). Este hombre es capaz de interpretar la mayor parte de los dibujos primitivos en las rocas. Así, White Bear sabe que la palma de la mano con los cinco dedos extendidos al lado de una de estas pinturas significa que la tribu que hizo el dibujo estaba aún en posesión de toda la tradición. White Bear puede interpretar al instante dibujos primitivos dejados en rocas o cuevas de lejanos países y que él nunca había visto antes. Desgraciadamen-

te, el cacique es demasiado reservado y — no sin razón — muy desconfiado con los blancos. Los petroglifos que hay en las reservas tienen una estructura notable, y hay paredes enteras cubiertas de ellos (Fig. 51).

¿Y qué nos relata la leyenda de los hopi?

El primer mundo — dice — habría sido Toktela (*Toktela* significa *espacio infinito*). En el primer mundo sólo ha-

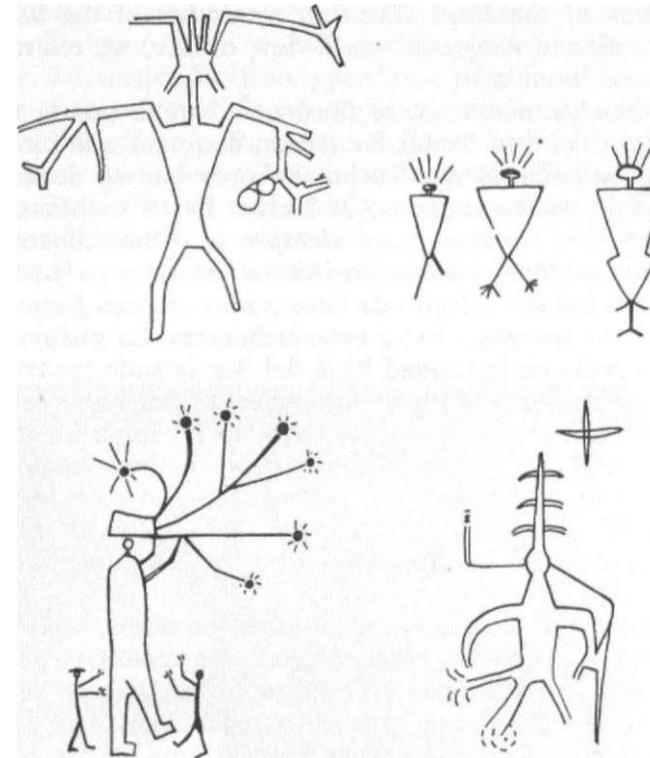


FIG. 51. En las rocas de las reservas hay una gran cantidad de petroglifos, pero son a menudo de difícil acceso. De entre estos cuatro croquis tomados de las rocas, llama especialmente la atención el «Star Blower». Como puede verse, en todas partes aparecen complementos con forma de antenas.

bría estado Taiowa, el creador. Los antepasados habrían pasado por muchos mundos antes de instalarse en nuestro planeta. Taiowa les impuso como ley suprema la siguiente: «¡No matarás!» Siempre que entre los hopi hubo enemistades o querellas, los contrincantes partieron en direcciones opuestas en busca de nuevos territorios de caza. No obstante, cada bando se atuvo en todo momento a las leyes de su tradición, dejando a su paso invariablemente las mismas huellas en rocas y cuevas.

En *Book of the Hopi* (The first revelation of the hopi's historical and religious world-view of life) se relata la siguiente leyenda:

Hace muchísimos años, se libró una batalla por la Ciudad Roja del Sur. Todas las tribus, doquiera que fuesen, iban acompañadas por kachinas, seres que se decía no eran del «cuarto mundo», la Tierra. Estos kachinas no habrían sido hombres, pero siempre se habían mostrado como protectores y consejeros de las tribus, y ya muchas veces los habían salvado de situaciones críticas haciendo uso de sus fuerzas y artes extraordinarias. Lo mismo había ocurrido en la Ciudad Roja del Sur cuando las tribus hopis se vieron repentinamente atacadas por todos lados. Con la rapidez del viento, los kachinas abrieron un túnel por el que los hopis pudieron escapar ilesos hasta la retaguardia del adversario. Al despedirse, dijeron los kachinas al cacique: «Nos quedamos para defender la ciudad. ¡Aún no ha llegado la hora de partida *para nuestro planetal*»

Si nos atenemos a las tradiciones de los hopis, todas las pinturas rojas en las rocas no son sino mensajes primitivos con instrucciones precisas a los miembros de la tribu que debían pasar por estos lugares: aquí se construyó un túnel... conduce en esta o aquella dirección — tuvimos contacto con mensajeros de los dioses — tenemos aparatos enterrados en este o en aquel lugar...

Estoy preparando un experimento interesante: tengo el proyecto de mostrar al gran cacique White Bear mis foto-

grafías en color de los dibujos en las rocas y cuevas de Siete Ciudades. Quien sabe, a lo mejor «lee» en los motivos y símbolos que por fin se halló nuevamente la misteriosa Ciudad Roja del Sur...

De regreso a Teresina, esperé con ansiedad mi próximo *rendezvous* con Felicitas Barreto (Fig. 52), una investigadora brasileña de primer rango. Su libro *Danzas Indígenas del Brasil* con descripciones de las danzas rituales de distintas tribus indígenas, me había impresionado profundamente. Habíamos mantenido correspondencia desde hacía algunos años y ahora podría conocerla personalmente. La señora Barreto, «perdida» para la civilización desde hace veinte años es originaria de la abandonada región del alto río Paru, en el límite con la Guayana Francesa. Viajó hasta Belem en un avión de la Fuerza Aérea Brasileña; el vuelo ida y vuelta a Teresina se lo había garantizado yo mismo.

—¡Por Dios, qué ruido aquí! ¿No podríamos refugiarnos



FIG. 52. En Teresina tuve una entrevista con la famosa etnóloga Felicitas Barreto. Desde hace veinte años vive entre los indios de la selva a orillas del Paru.

en una cueva tranquila? — dijo la señora Barreto, una señora de cierta edad y firme contextura. Me procuré la habitación más tranquila que había en el Hotel Nacional. He aquí algunos extractos de la conversación tomados de la cinta magnética:

—¿Desde hace cuánto tiempo que no viene usted a la ciudad?

—Desde hace casi exactamente veinte meses. ¡Pero este solo día ya me basta para mucho tiempo! Siento nostalgia por mis indios de la selva...

—¿Nostalgia? ¿Por qué?

—Muy sencillo, por la naturaleza. He aprendido a conversar en silencio con los árboles, las piedras, los animales y el rocío. Entre los indios se habla poco, pero todos nos entendemos.

—Usted vive entre indios salvajes. ¿Cómo no le han dado muerte siendo blanca?

—Los indios no son como los pintan, además soy mujer y una mujer es como una serpiente sin veneno, como una arma sin punta. Por mi pelo rubio me llaman «Media Luna Pálida». Todas las tribus saben de mi presencia y todas me conocen bajo este nombre, y cuando cambio de tribu me reciben en todas partes con mucho cariño.

—¿Y cómo viste usted, usa jeans?

—¡Qué va! casi siempre ando desnuda o con un taparrabos. El cacique de la tribu con la cual vivo actualmente me ha propuesto hacerme su tercera esposa...

...¡Dios mío! ¿En todo caso no habrá dado eLsí todavía?

—Aún no ¡pero no estaría del todo mal ser la tercera esposa del cacique! Como tercera esposa, me correspondería el mínimo de trabajo y además, entre las tres podríamos pegarle al cacique...

—¿En serio?

—Naturalmente, ¿por qué no? Cuando un indio no se comporta correctamente con sus mujeres o bien las molesta, entonces sus esposas le dan una paliza. Después de recibido el castigo, debe irse de la casa en dirección al río

y esperar allí acucillado. Si al caer la tarde no ha ido a buscarlo ninguna de sus mujeres, deberá pasar esa noche y todas las siguientes en la casa de los hombres y buscarse nuevas mujeres. Es posible que sea debido a estas severas costumbres que los indios son unos verdaderos caballeros... Y hay otra cosa: la tribu jamás abandona a uno de sus miembros, aun cuando se trate de un individuo reprobable o que se encuentre gravemente enfermo. En dos ocasiones fui mordida por serpientes venenosas; durante varios días estuve sin poder recordar nada. Los indios se encargaron de cuidarme y me sanaron con hierbas que masticaban y luego aplicaban sobre mis heridas.

—Usted conoce mis libros. ¿Qué saben los indios acerca de la idea que el hombre provendría del cosmos?

—Déjeme contestarle con una leyenda que relata la tribu de los kaiato. Esta tribu vive en el alto Xingú, en el estado de Mato Grosso. Por lo demás, todas las tribus conocen ésta u otras leyendas semejantes...

Muy lejos de aquí, en un astro lejano, había reunido un consejo de indios que, después de deliberar, tomaron la resolución de irse a vivir a otro lugar. Los indios comenzaron a abrir un pozo en el suelo, y fueron cavando cada vez más hondo hasta que salieron al otro extremo del planeta. El cacique se dejó caer por el pozo y, después de una noche larga y fría vino a dar a la Tierra, pero en nuestro planeta la resistencia del aire se hizo tan fuerte que lo lanzó de rebote de vuelta a su patria. Entonces el cacique contó lo que le había sucedido a los otros miembros del consejo, que había visto un hermoso mundo azul con abundante agua y verdes bosques y que, a su parecer, era el lugar indicado que buscaban. El consejo aprobó la sugerencia del cacique y ordenó a los indios fabricar largas cuerdas con copos de algodón. Por estas cuerdas se fueron deslizado pozo abajo, lentamente, a fin que la Tierra no los rechazara nuevamente. Como ahora entraron con tanta lentitud en la atmósfera de la Tierra, el viaje resultó esta vez un éxito y desde entonces

empezaron a vivir en nuestro mundo. Al comienzo, cuentan los kaiato, había contacto con su antigua patria mediante la cuerda, pero un día vino un hechicero malvado que la cortó, y desde ese día están aguardando que sus hermanos y hermanas del cosmos puedan finalmente localizarlos de nuevo en la Tierra...

—¿Todavía hablan los indios de las estrellas?

—¡No precisamente de las estrellas, pero con las estrellas! A menudo se pasan horas enteras sentados en círculo, tomados de los hombros y permanecen así en silencio, sin decir una palabra. Si, después de una de estas sesiones, le pregunta a alguno qué estaban haciendo, con toda seguridad no le dará respuesta alguna, pero sé, por las mujeres, que los hombres hablan con el cielo.

—¿Oran tal vez?

—¡No, dialogan mentalmente con alguien allá arriba! La señora Barreto se encogió de hombros y señaló el techo de la habitación.

—Dígame ¿conservan aún los indios ritos u objetos rituales que tengan cierta relación con el cosmos?

—¡Por supuesto! Ahí están los hombres emplumados, indios que se cubren con plumas de pies a cabeza para asemejarse a los pájaros que con tanta facilidad se encumbran al cielo y ahí están los innumerables tipos de máscaras que se prestan para interpretaciones a gusto del cliente. De algunas máscaras salen ramas con múltiples bifurcaciones — ¡como sus antenas en los dibujos de las cuevas! —. ¡A menudo se visten los indios con disfraces de paja a fin de asemejarse a sus legendarios antepasados! Joao Americo Peret, uno de nuestros etnólogos de mayor renombre, ha publicado hace poco algunas fotos que tomó ya en 1952 — ¡es decir mucho antes del primer vuelo espacial de Gagarin! — de indios kayapos con trajes rituales de la tribu. Al ver estas fotografías, se piensa inmediatamente en los astronautas. Los kayapos —no confundir con los kaiatos— viven en el sur del estado de Para, a orillas del Río Fresco...

Joao Americo Peret me facilitó, con toda gentileza, algunas fotos de kayapos con sus «atuendos rituales» para su publicación en la presente obra (Fig. 53). Las tomó en una aldea indígena a orillas del Río Fresco, al sur de Para. En vista de lo singular que resultaba esta mascarada, me permito insistir nuevamente que las fotos fueron tomadas por Peret el año 1952, en una época en que ninguno de nosotros conocía todavía las vestimentas y equipos de los astronautas. Juri Gagarin dio la primera vuelta a la Tierra a bordo de su nave espacial Vostok I apenas el 12 de abril de 1961, y sólo desde esta fecha los astronautas con sus trajes espaciales se nos han vuelto

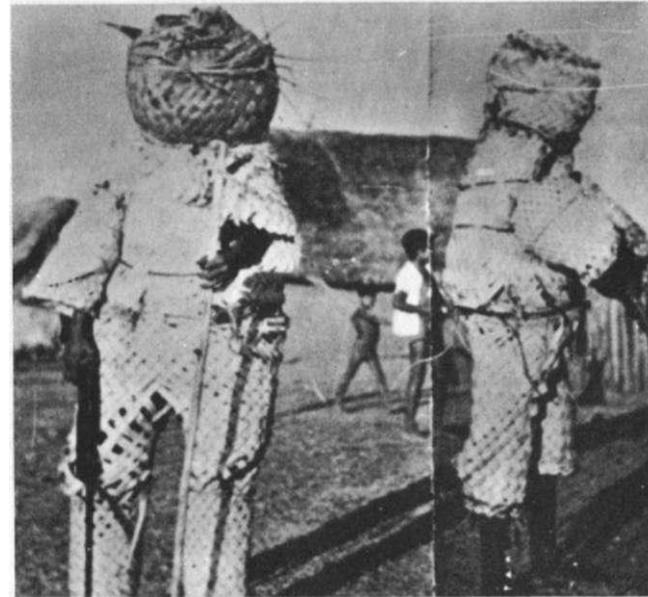


FIG. 53. Estas fotografías de indios kayapos fueron tomadas por el doctor Joao Americo Peret el año 1952, cuando todavía nadie conocía el traje de astronauta. Los indios llevan estas vestimentas rituales en recuerdo a la aparición de Bep-Kororoti, un ser procedente de otro planeta.

tan familiares como los maniqués en los escaparates. Los kayapos con sus imitaciones en paja de los trajes espaciales no precisan comentarios, fuera de hacer notar que estas «vestimentas rituales» las han estado usando en sus festividades los varones de esta tribu desde tiempos inmemoriales, según me hace constar Peret.

A continuación, me permito reproducir una leyenda de los kayapos que me dio a conocer Joao Americo Peret. Esta leyenda también habla por sí misma. Peret la escuchó en el poblado de Gorotire, a orillas del Fresco, de labios del indio Kuben-Kran-Kein, antiguo consejero de la tribu, conocido como Gway-Baba, El Sabio. Hela aquí:

Nuestro pueblo vivía en una gran llanura muy lejos de aquí y desde donde podía verse la cordillera Pukato-Ti, cuyas cimas estaban siempre ocultas por la niebla de la incertidumbre, y continúan estándolo hasta nuestros días. El Sol, cansado después de su larga caminata diaria, se recostó sobre el césped detrás del monte y Mem-Baba, el descubridor de todas las cosas, cubrió el cielo con su manto bordado de estrellas. Cuando cae una estrella, Memi-Keniti cruza el cielo, la recoge y la vuelve a colocar en su sitio. Esta es su función, es el eterno vigilante.

Un día, llegó a la aldea un visitante desconocido; se llamaba Bep-Kororoti y venía de la cordillera Pulcato-Ti. Vestía un bo (el traje de paja de los grabados) que lo cubría de pies a cabeza. En la mano portaba un kop, arma que lanzaba rayos. Todos los de la aldea huyeron al monte aterrorizados, los hombres corrieron a proteger a mujeres y niños y algunos intentaron rechazar al intruso, pero sus armas eran insuficientes; cada vez que con ellas tocaban a Bep-Kororoti, caían inmediatamente derribados. El guerrero venido del cosmos se divertía al ver la fragilidad de sus adversarios. A fin de darles una demostración de su fuerza, alzó su kop y, apuntando

sucesivamente a un árbol y a una piedra, destruyó ambos. Todos comprendieron que Bep-Kororoti había querido demostrarles que no había venido a hacer la guerra.

Así, durante un buen tiempo, no hubo mayores problemas. Los guerreros más valientes de la tribu intentaron oponer resistencia, pero a la postre fueron viendo que Bep-Kororoti les estaba resultando cada vez más imprescindible, además, no molestaba a nadie. Poco a poco fueron sintiéndose atraídos hacia él. Su hermosura, la blancura resplandeciente de su piel, su afectuosidad y bondad para con todos fueron gradualmente cautivando a aquellas gentes. Todos fueron experimentando una sensación de seguridad y fueron haciéndose sus amigos.

Bep-Kororoti comenzó a tomar afición al manejo de nuestras armas y empezó a aprender el arte de la caza. Al final, sus progresos habían sido tan grandes que llegó a aventajar a los más diestros de la tribu y sobrepasaba en valor a los más valientes de los nuestros, y así fue como al poco tiempo Bep-Kororoti fue aceptado como guerrero de la tribu y una joven lo escogió como esposo y se casó con él. Tuvieran varios hijos y una hija a la cuál pusieron por nombre Niopouti.

Bep-Kororoti era más inteligente que los demás y pronto empezó a enseñar cosas desconocidas para aquellas gentes. Enseñó a los hombres a construir un ng-obi, esta asociación masculina con que hoy cuentan todos nuestros poblados. En ellas, los hombres relataban sus aventuras a los jóvenes y así ellos aprendían cómo debían comportarse ante los peligros e iban formando su criterio. La asociación masculina era en realidad una escuela y Bep-Kororoti su profesor.

En el ng-obi se hacían trabajos manuales y se perfeccionaban las armas, y todo se lo debíamos al gran

guerrero del cosmos. Fue él quien fundó la «Gran Cámara» donde se discutían todos los asuntos de la tribu y así se logró una mejor organización, lo que facilitó la vida y el trabajo de todos.

A menudo los jóvenes se resistían a ir al ng-obi. Entonces Bep-Kororoti se ponía su bo y salía en busca de los rebeldes obligándolos a cumplir con su deber. Cuando la caza se hacía difícil, Bep-Kororoti traía su kop y mataba los animales sin herirlos. Siempre el cazador tenía derecho a reservarse para sí la mejor presa, pero Bep-Kororoti, que no se alimentaba con la comida del poblado, sólo tomaba lo imprescindible para la alimentación de su familia. Sus amigos no compartían su opinión, pero él no alteraba su forma de proceder.

Pero, a medida que transcurrían los años, Bep-Kororoti comenzó a comportarse de un modo diferente. Empezó a eludir a los demás, quería permanecer en su choza. Cuando salía de su morada, se dirigía siempre a las montañas de Pukato-Ti, desde donde había venido. Pero un día no pudo resistir más a su anhelo interior y abandonó el poblado. Reunió a su familia; sólo faltaba Nio-Pouti que andaba fuera del poblado. Partió precipitadamente. Pasaban los días y Bep-Kororoti no aparecía. Hasta que un día se presentó nuevamente en la plaza de la aldea y lanzó un terrible grito de guerra. Todos pensaron que se había vuelto loco y trataron de calmarlo, pero él se resistía a los que pretendían acercársele. Bep-Kororoti no hizo uso de su arma, pero su cuerpo se estremecía y el que lo tocaba caía muerto. Uno tras otro iban cayendo los guerreros.

La lucha se prolongó durante días enteros ya que los guerreros derribados volvían a levantarse nuevamente y trataban de dominar a Bep-Kororoti. Lo persiguieron hasta la cumbre de la montaña. Y ahí sucedió algo tremendo que dejó a todos espantados.

Bep-Kororoti volvió hasta los primeros contrafuertes de la cordillera. Con su kop destruyó todo lo que había a su alrededor. Cuando llegó a la cumbre de la cordillera, había reducido a polvo árboles y matorrals. Entonces se produjo una formidable explosión que conmovió toda la región y Bep-Kororoti desapareció en el aire en medio de nubes llameantes, humo y truenos. La tierra se había estremecido de tal manera que había hecho saltar hasta las raíces de las plantas y había arruinado los frutos silvestres; la selva desapareció de modo que la tribu empezó a sentir hambre.

Nio-Pouti, la hija de Bep-Kororoti, que se había casado con un guerrero y había dado a luz un hijo, dijo a su marido que ella sabía dónde podrían hallar alimento para todo el pueblo, pero que deberían acompañarla a la cordillera de Pukato-Ti. Ante los ruegos de Nio-Pouti, su esposo cobró valor y la siguió hasta la región de Pukato-Ti. Al llegar, Nio-Pouti se dirigió a la región de Mem-Baba-Kent-Kre donde buscó un árbol especial y se sentó en sus ramas con su hijo en la falda. En seguida, pidió a su marido que tirara las ramas hacia abajo hasta que sus puntas tocaran el suelo. Cuando esto sucedió, se produjo una gran explosión y Nio-Pouti desapareció entre nubes, humo y polvo, rayos y truenos.

El esposo aguardó unos días, estaba desmoralizado y deseaba morir de hambre cuando de pronto oye un estruendo y ve que el árbol está nuevamente en su lugar original. Su sorpresa era grande; ahí estaba de nuevo su mujer y con ella Bep-Kororoti, y traían grandes cestos llenos de alimentos que él jamás había visto. Después de algún tiempo, el hombre del cosmos volvió a sentarse en el árbol fantástico y ordenó otra vez flexionar las ramas hasta tocar el suelo. Se produjo una explosión y el árbol volvió a desaparecer en el aire. Nio-Pouti volvió con su marido

al poblado y dio a conocer un mensaje de Bep-Kororoti: todos debían emigrar y erigir sus aldeas frente a Mem-Baba-Kent-Kre, lugar donde encontrarían alimento. Nio-Pouti agregó que debían guardar las semillas de frutos, legumbres y arbustos hasta la época lluviosa y sembrarlas entonces para tener una nueva cosecha. Así comenzó nuestra agricultura... Nuestro pueblo emigró al Pukato-Ti y allí vivió en paz; las chozas de nuestras aldeas se hicieron cada vez más numerosas y, desde las montañas, se las veía tocar el horizonte...

Esta es una traducción del texto de la leyenda que me facilitó el etnólogo Joao Americo Peret. Tan antiguo como la leyenda es el traje espacial de paja que visten los indios en recuerdo a la aparición de Bep-Kororoti.

Curiosidades y especulaciones

Intervenciones quirúrgicas en el cráneo: 2000 A.C. - La cirugía cerebral al servicio de la humanidad y de la navegación espacial - Biotécnica del futuro - ¡Se está construyendo el Kyborg! - Los fantásticos progresos de la técnica espacial - El mensaje a bordo del Pioneer F - Lo que opina el doctor Frank Drake - Más rápido que la luz - Moisés emplea los rayos láser - ¿Estatorreactor en la Isla de Pascua? - Seres con antenas, trajes espaciales y máscaras de gas - El «hombre de hierro» de Kottenforst - El dado de carbón-níquel-acero de Salzburgo - Un zapato con 15 millones de años - La maldición de los faraones - Los Rayos X descubren dispositivos técnicos en las momias egipcias - Observatorios astronómicos del período neolítico - ¿De dónde es originario el banano? - Los uros de sangre negra - ¿Tenían escritura los hombres de la Edad de Piedra? - Dioses-Abejas - La vida es más antigua que la Tierra - Cursillo de perfeccionamiento en la Edad de Piedra - ¿Vuelos espaciales en la India hace 3000 años? - Colonias submarinas en la Bahamas - Masacre de animales en la prehistoria - Las cuevas de Kanheli - ¡Especulaciones! - ¡Ezequiel vio una nave espacial! - Entrevista a Joseph F. Blumrich — mi sueño dorado.

El diplomático americano E. G. Squier halló el año 1863 en Cuzco, en la meseta andina del Perú, un cráneo humano que data de alrededor del año 2000 A.C. Un pequeño huesito rectangular había sido trepanado de la cubierta del cráneo. Squier entregó su hallazgo al antropólogo francés Paul Broca (1824-1880), el descubridor del centro del habla en una circunvalación del cerebro anterior. Broca encontró dentro del cráneo seis filamentos finos como cabellos y diagnosticó una infección ósea, lo que le indujo a deducir, que el paciente había sido objeto de una intervención quirúrgica.

Como se ve, las operaciones del cráneo no constituyen ninguna hazaña de nuestra época. Lo que sí sorprende es que aún en estos tiempos haya gente que se estremece al leer sobre operaciones al cerebro: todos deberían alegrarse a la vista de progresos que pueden liberar al hombre de antiguas dolencias. Pero la lucha contra las enfermedades no es el único acicate para la investigación médica. Lo que quisiera ahora mostrar es cómo las necesidades de la navegación espacial en el futuro son igualmente un importante estímulo para el desarrollo de nuevas técnicas en este campo.

En el Metropolitan General Hospital, Cleveland, USA, trabaja el neurocirujano profesor Robert Y. White, quien estudia la posibilidad de tratar la apoplejía mediante intervenciones quirúrgicas en el cerebro. White se basa en investigaciones de colegas de la Universidad de Keo, en Tokio, quienes realizan operaciones previo enfriamiento de los cerebros a una temperatura de alrededor de seis grados: a una temperatura de 36 grados, sólo habrían escasamente tres minutos disponibles para ejecutar la operación. Desde hace algunos años, White experimenta con cerebros de monos enfriados, y su hazaña de haber logrado mantener con vida durante tres días un cerebro de rhesus separado de su cuerpo causó sensación en el mundo médico. White logró el «cerebro separado» conectando sus vasos sanguíneos a la arteria carótida de

un congénere vivo. Herbert L. Schrader, que presencié uno de los experimentos, relata:

«El cerebro separado vive. Emite impulsos eléctricos como cualquier cerebro viviente; puede sentir dolor, temor... posiblemente duerma, a lo mejor sueña. Pero este fragmento de la personalidad del primate no puede ver ni oír ni palpar. El cerebro ya no recibe información del mundo exterior porque todas las vías sensoriales han sido interrumpidas. Tampoco puede escapar porque ya no tiene cuerpo que ejecute sus órdenes. Pero puede impartir instrucciones puesto que la central nerviosa ha quedado intacta y está siendo irrigada con sangre de otro mono. Nadie sabe lo que pasa en tal cerebro porque hasta ahora no se ha logrado descifrar la escritura de sus impulsos eléctricos. Para el científico es sólo un complejo de varios millones de células nerviosas que tienen su metabolismo y emiten impulsos eléctricos.»

Los colaboradores del profesor White son de la opinión que en el cerebro separado del cuerpo, el proceso se lleva a cabo con mayor rapidez y exactitud que en un cerebro «cargado» con todo el organismo. En su estado de separación, el cerebro es solamente un depósito de información que tomó de los miembros y de los órganos, pero está completamente intacto y capacitado para impartir órdenes con rapidez.

El desarrollo natural de estos experimentos llevará al acoplamiento de un cerebro separado a un ordenador. El especialista californiano del cerebro, doctor Lawrence Pinneo, ha procedido a reemplazar un pequeño sector del cerebro de un mono por un computador. Mediante la nueva técnica pudieron controlarse los movimientos del brazo del animal.

El profesor Delgado, de la Universidad de Yale, fue todavía más allá: procedió a insertar varias sondas en el

centro de agresión del cerebro de la mona Paddy, intercalando además un minúsculo transmisor bajo la piel. Cuando Paddy se enojaba, Delgado oprimía unos botones del dispositivo de comando y la mona (que durante todo el experimento no experimentaba ningún dolor) se ponía mansa como un cordero.

El cirujano londinense del cerebro, profesor Giles Brindley, ya está experimentando con cerebros humanos. Bridley insertó ochenta pequeños electrodos en el encéfalo de una anciana ciega, lo que permitió a la señora volver a reconocer las figuras geométricas. En la clínica de la Universidad de New Orleans, se hizo la experiencia de implantar a tres hombres electrodos en el centro que regula la actividad sexual: con un dispositivo de comando que se lleva en el bolsillo del pantalón o se esconde bajo la almohada quedan, cuando lo desean, en óptimas condiciones para ejecutar el acto sexual. Estos afrodisíacos técnicos pueden tener un gran porvenir en nuestro mundo moderno cargado de tensión...

La biotécnica (bioingeniería) es aún un tierno retoño en el concierto de las ciencias, pero evoluciona rápidamente bajo la presión de las necesidades. El desarrollo de la biotecnología está sólo comenzando. ¿Conseguirán construir el Kyborg, aquella combinación de cerebros separados y computadores? Incuestionablemente. El doctor R. M. Page, Washington, director del Laboratorio de Investigación de la Marina de los EE. UU., ha puesto bajo consideración el proyecto de transmitir ideas, planes y órdenes a un computador por intermedio de un cerebro separado —libre de todo influjo—. ¿Cuándo se pondrá en ejecución este proyecto? El profesor Robert L. Sinsheimer, California Institute of Technology, Pasadena, USA, opina sobre las perspectivas de la investigación científica:

«La historia de la ciencia y de la técnica muestra que, especialmente en este siglo, los hombres de ciencia casi siempre han errado — especialmente los con-

servadores — cuando han aventurado pronósticos sobre el tiempo que tardarían en encontrar aplicación práctica los nuevos descubrimientos hechos por la investigación científica.»

El kyborg se hará imprescindible porque solamente los doce mil millones de células nerviosas con las cien mil millones de células del tejido intersticial están en condiciones de almacenar los conocimientos de nuestra época para su empleo en el futuro. Lo que contienen realmente los 1.300-1.800 gramos de nuestra masa cerebral solamente quedará de manifiesto al final de esta amplia investigación. Unicamente el kyborg vendrá a demostrar que, hasta ahora, sólo hemos utilizado una ínfima parte del inmenso depósito de nuestra sustancia gris.

La importancia que tiene la investigación relativa al cerebro y la cirugía cerebral para el bienestar de la humanidad es tan patente que huelga todo comentario, pero también resulta de palmaria evidencia la importancia de esta rama de la medicina para la navegación espacial en el futuro. Sólo hay dos posibilidades para un viaje a los astros. Si en el curso de los próximos decenios no logramos construir mecanismos de propulsión capaces de llevar las naves espaciales a una velocidad cercana a la de la luz (400.000 Km. por segundo), entonces no será posible ni siquiera el viaje a la estrella más próxima, Próxima Centauri: esta estrella está a 4,3 años-luz de nosotros, y 3.000 años terrestres de vuelo son una fantasía absurda. El tiempo, esta gigantesca valla para la realización de los vuelos espaciales podría ser salvado por el kyborg. El cerebro separado —alimentado con sangre fresca mezclada con un líquido nutritivo— se conecta a un ordenador y hace las veces de central de comando de la nave. Según opinión de Roger A. Macgowan, un científico práctico, el kyborg irá evolucionando hasta llegar a convertirse en un «ser» electrónico cuyas funciones estarán programadas en un cerebro separado, quien

se encargará de transformarlas en órdenes. El kyborg no envejece, no enferma, no se resfría ni tiene lagunas en la memoria: sería el comandante ideal para una nave espacial. En esta forma podría salvarse la inmensa distancia entre nosotros y las estrellas...

El progreso de la técnica de la navegación espacial ha sido tan rápido que resulta útil recordar que las primeras mediciones en las cercanías de la Luna fueron hechas por la sonda Lunik II el 13-9-59. Sólo diez años más tarde, en 1969, comenzaron los vuelos tripulados a la Luna. Hasta este año, que abrió el espacio al hombre, tuvieron lugar los siguientes vuelos no tripulados:

	USA	URSS
en órbita terrestre	529	272
incrustándose en la superficie de la Luna	12	6
en órbita lunar	6	5
incrustándose en la superficie de Venus.		2
en órbita solar	11	8
y los siguientes vuelos <i>tripulados</i> :		
vuelos	15	9
revoluciones en torno a la Tierra	840	310
piloto-horas en el espacio	2.773	533

El primer objeto volador construido por el hombre que salió de nuestro sistema solar fue la sonda Pioneer F que fue disparada en marzo de 1972 en Cabo Kennedy; esta sonda seguirá viaje indefinidamente. A fines de febrero de 1973 el Pioneer F pasó por las cercanías del mayor

planeta de nuestro sistema solar, Júpiter (perímetro ecuatorial 143.640 Km.). Con una masa 318 veces mayor que la Tierra, Júpiter es más grande que todos los planetas juntos.

Después, Pioneer F abandonará nuestro sistema solar. Ya el lanzamiento de la sonda, con casi 300 Kg. de peso, causó sensación: lanzada al espacio mediante un cohete Atlas-Centauro de tres etapas, debió alcanzar una velocidad de 52.000 Km. por segundo a fin de entrar en una curva balística tangencial al planeta Júpiter. Aquí se batieron todos los récords de velocidad.

El aspecto más interesante del lanzamiento del Pioneer F en febrero de 1973 es la placa de aluminio-oro que lleva a bordo. Los astrofísicos y exobiólogos americanos Carl Sagan de la Universidad de Cornell y Frank Drake del Centro de Investigación Astronómica de los EE. UU. consiguieron que la sonda incluyese una placa de aluminio recubierta de oro de 15,20 X 1,27 cm. conteniendo un mensaje destinado a posibles inteligencias extraterrestres (Figura 54).

Naturalmente, el texto del mensaje no podía estar redactado en ninguno de los idiomas conocidos ya que con toda seguridad no sería comprendido. Sagan y Drake inventaron una escritura ideográfica que, en su opinión, sería comprensible para todos los seres inteligentes.

¿Qué mensaje debería contener la placa?
 ¿De dónde viene Pioneer F? ¿Quién lo lanzó al espacio?
 ¿Cuándo fue lanzado? ¿Cuál es el planeta de origen?
 Como dibujo que no necesita ser descifrado, se grabaron al pie de la placa el Sol con sus nueve planetas. Las distancias de los planetas al Sol se indicaron con signos del sistema binario de numeración. Por ejemplo, si Mercurio tiene una distancia al Sol de diez unidades — expresado en el sistema binario como 10 10—, entonces la Tierra dista 26 unidades (11 0 10) del Sol. Siendo que el sistema binario de numeración es el «lenguaje» de todos los ordenadores lógicamente construidos, sería, dicen Sagan y

Drake, el más fácil de comprender por nuestros supuestos seres inteligentes. A la derecha de la placa está esquemáticamente representado el Pioneer F sobre la trayectoria Tierra-Júpiter. Delante se ven un hombre y una mujer desnudos. El hombre alza su mano derecha en señal de paz. La mitad izquierda muestra la posición del Sol con 14 líneas que lo sitúan en relación a fuentes de energía cósmica, quedando siempre las distancias marcadas con la notación binaria. En esta forma queda indicada la época de lanzamiento. La flecha que sale del tercer planeta indica que el mensaje fue disparado desde la Tierra (el tercer planeta de nuestro sistema en orden de distancia al Sol). Como «clave» se ve en el ángulo superior izquierdo un esquema que representa un átomo de hidrógeno, cuya estructura es la misma en todo el universo. Con estos datos hasta podría deducirse la estatura de la mujer: la longitud de onda del átomo de hidrógeno en el análisis espectral (representada en la placa por una línea simbólica de 20,3 cm. que parte del Sol) habría que multiplicarla por el número binario 10 00, marcado al lado de la mujer, y que corresponde a un «8» en nuestro sistema de numeración: $8 \times 20,3 = 162,4$ que sería la estatura de la Eva de la placa: 162,4 cm.

En Nueva York, me fue posible conseguir una entrevista con el doctor Frank Drake. Le pregunté por qué habían enchapado en oro la placa de aluminio.

—Teóricamente, la sonda parte en un viaje de 28.000 millones de kilómetros, pero también podría continuar su viaje por unos 3.000 años luz (un año luz representa una distancia de 9.461 billones de kilómetros, que es el camino recorrido por la luz en un año). Si deseamos que después de un viaje semejante nuestra placa pueda aún ser descifrada por alguien, es necesario protegerla de la corrosión. Lo más económico era fabricarla de aluminio revestida de oro.

—¿A quién va destinado el mensaje?

—A cualquier inteligencia que pudiese algún día descu-

brir la sonda y someterla a examen e interpretación. Pero el solo hecho de enviar un mensaje cósmico lo interpretamos Sagan y yo como un signo prometedor de una civilización que no solamente está a la espera de recibir mensajes del cosmos sino que ella misma toma la iniciativa y envía estos mensajes.

Me parece que la NASA aprovechó una excelente oportunidad para enviar informaciones a seres inteligentes de otros planetas.

¿Pero qué sucedería si la placa del Pioneer cae en manos de seres que no entienden nada de computadores ni del sistema binario de numeración? ¿No lo interpretarán acaso como una exquisita atención de los dioses allá arriba en el cielo? ¿No comenzarían tal vez a enseñar a sus hijos a hacer dibujos semejantes? ¿No empezarían quizás ellos mismos a fabricar imitaciones para adornar sus templos? ¿No pregonarían posiblemente los arqueólogos de aquellos remotos lugares del cosmos que se trata de requisitos rituales? ¿Cuántas cosas más no podrían hacer los seres «inteligentes» con la placa de Cabo Kennedy?

¿Si científicos del año 1972 han lanzado al cosmos una brillante placa grabada con dos seres de nuestra especie, soles, líneas y círculos, por qué no podrían haber enviado mensajes similares seres extraterrestres a 3.000 años-luz de nosotros? Cuando pongo la copia de la placa del Pioneer junto a una de las placas de oro de los incas y comparo los signos bajo la lupa, me pregunto por qué no comenzamos a mirar todos estos círculos, líneas, rombos, cuadrados y líneas punteadas con ojos de hombres de la era espacial. A lo mejor hasta podríamos descifrarlos (Figura 55).

¿Las perspectivas no serán lo suficientemente atrayentes como para intentar la empresa?

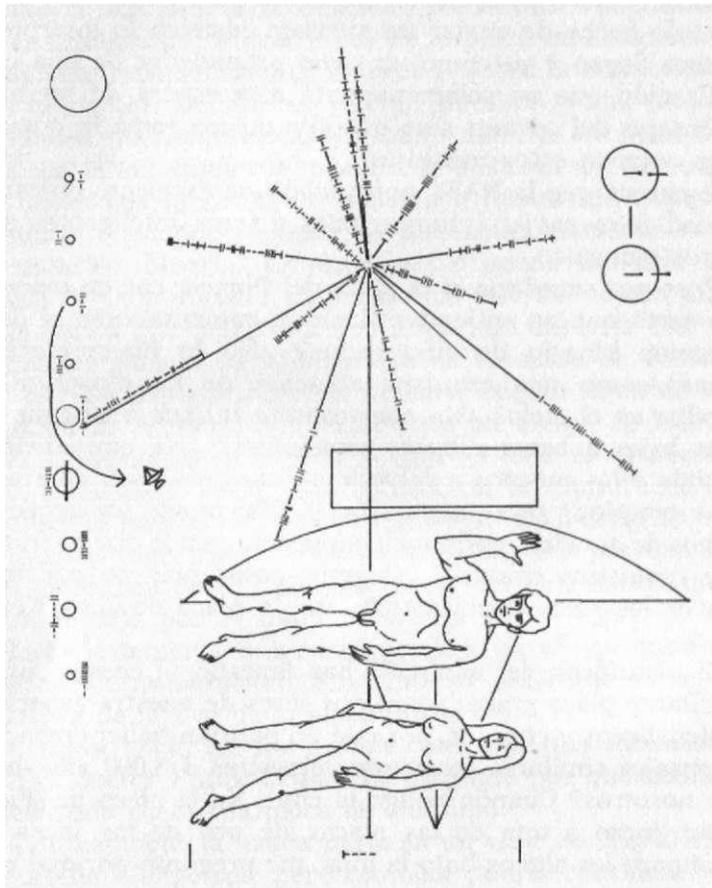


FIG. 54. Esta es la placa de aluminio revestida en oro que llevó el Pioneer F en su viaje de 9461 billones de kilómetros como mensaje a una posible civilización extraterrestre. Cari Sagan y Frank Drake concibieron una escritura cósmica.

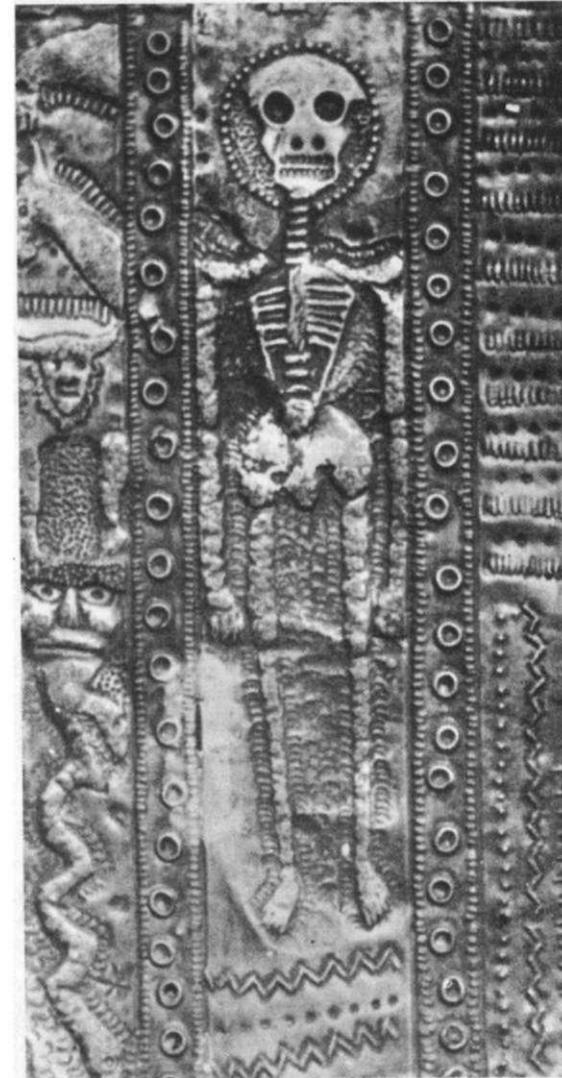


FIG. 55. ¿Esta lámina de oro no será acaso un mensaje de otro planeta? ¡Obsérvense los animales (izquierda) y las marcas «binarias» (izquierda)! ¿Quién descifrará este código? ¿Cuál será su contenido?

En *Recuerdos del Futuro* me permití insinuar tímidamente la posibilidad que la velocidad de la luz tal vez no fuese el límite absoluto de velocidad. Esta frívola indicación fue acogida con un silencio glacial. Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que Einstein demostró que la luz es una constante universal, sin embargo en su fórmula toma en cuenta el factor tiempo. El factor tiempo hace que el límite de velocidad sea relativo: por ejemplo, en un cohete, el tiempo transcurre más rápido o más lentamente según sea la velocidad. Esto no contradice en absoluto a la teoría de la relatividad, que ha demostrado en forma concluyente y definitiva que un cuerpo que se desplaza a una velocidad inferior a la de la luz jamás podrá pasar a una velocidad superior a la de la luz con un consumo limitado de energía. ¿Pero qué sucedería con un consumo ilimitado de energía?

En realidad, lo confirman hoy día físicos y astrónomos, que la velocidad de la luz no es el límite absoluto de velocidad. El profesor doctor Y. A. Wheeler, de la Universidad de Princeton, USA, naturalmente un conspicuo conocedor de la Teoría General de la Relatividad y colaborador en el desarrollo de la bomba de hidrógeno, es decir, con toda seguridad ningún visionario, ha concebido un modelo de «superespacio» en el cual pierden su significación tanto el tiempo como la velocidad de la luz. Tan paradójico como suena: en este superespacio, las naves espaciales pueden llegar a su destino instantáneamente.

¿Significa esto que teóricamente están al alcance de la mano todas las posibilidades para la navegación espacial? Posiblemente. Algún día. Con las nuevas partículas subatómicas, los taquiones, luxones y tardiones, se abre a la exploración del físico todo un nuevo mundo subatómico: todas estas partículas se mueven con mayor rapidez que la luz en su sistema inercial (sistema inercial es un sistema de referencia espacio-temporal en el cual se cumple la ley de inercia, es decir, que una masa en él se encuentra

o bien en reposo o bien en movimiento a velocidad constante). Los taquiones, luxones y tardiones se desplazan constantemente a una velocidad superior a la de la luz. En otras palabras, los cálculos de energía hechos hasta ahora no son aplicables a estas partículas, puesto que son «por naturaleza» más rápidas que la luz. Nuestro mundo, en el cual la velocidad de la luz es el límite absoluto de velocidad, es un sistema inercial; el mundo de los taquiones, luxones y tardiones con sus velocidades superiores a la de la luz es otro sistema inercial.

Esto lo saben muy bien los físicos actualmente, pero también los astrónomos han descubierto que la velocidad de la luz no es la frontera de la velocidad. Un grupo de investigadores británicos de la Universidad de Oxford, bajo la dirección de Y. S. Alien y Geoffrey Endaen, llegó, después de muchos años de observaciones, a la conclusión que los campos electromagnéticos de la nebulosa de Cáncer en la constelación de Tauro deben desplazarse a una velocidad de 600.000 Km. por segundo. La revista especializada norteamericana *Nature* informó sobre esta doble velocidad de la luz recientemente constatada.

Estos nuevos descubrimientos no son sino los primeros indicios de posibles velocidades *ilimitadas*.

¿Cuánto tiempo hace que se consideraba al átomo como el límite de la división de la materia desde el punto de vista químico, y cuántos años tiene la doctrina según la cual la materia estaría constituida por un enorme número de átomos? Apenas en 1913, el danés Niels Bohr (1885-1962) puso con su modelo atómico (modelo atómico de Bohr) los fundamentos de la teoría atómica moderna. Actualmente se libera la energía que mantiene trabados a protones y neutrones en el núcleo atómico aprovechándola para fines industriales. La energía atómica es suficiente por sí sola para proveer las necesidades energéticas del mundo. La explosión de la primera bomba de hidrógeno norteamericana en la zona de las islas Marshall en 1952 hizo que una humanidad estremecida tomara con-

ciencia de las posibilidades de aplicación práctica de una teoría revolucionaria. He aquí un ejemplo a la mano de cuan rápidamente los primeros descubrimientos de la investigación científica pueden llegar a traducirse en resultados efectivos.

Por lo menos, gracias al descubrimiento de partículas más veloces que la luz, vemos ahora las estrellas un poquito más cerca que antes.

No hace mucho que los autores de novelas fantásticas nos pintaban a seres misteriosos con armas que emitían rayos con los cuales perforaban paredes, destruían armas y evaporaban hombres.

Hoy día estos rayos ya existen en la realidad. Incluso los niños los conocen como los rayos láser. Se trata de un aparato que refuerza los rayos de luz al pasar a través de un cristal. El vertiginoso progreso de la técnica reemplazó los rubíes utilizados originalmente por otros cuerpos sólidos, incluso por mezclas de gases que emiten la luz en forma continua. En el foco de una lente colocada a la luz de estos rayos, se produce un calor tan intenso que es capaz de *evaporar* metales de alto punto de fusión. Actualmente se emplean estos rayos para reforzar la intensidad de la luz en los telescopios astronómicos y para lograr comunicaciones radiales sin interferencias, también se los utiliza regularmente en las fábricas de relojes para abrir finísimos agujeros en láminas metálicas muy delgadas. En las operaciones de los ojos se los emplea para soldar nuevamente la retina desprendida. No es ningún secreto que tanto en Occidente como en Oriente se experimenta con fusiles y cañones de láser.

¿Será tan nueva la idea de los rayos láser?

En el segundo libro de Moisés, capítulo 17, vers. 11-14, me parece que hay referencias bastante inequívocas a un arma de rayos láser:

«F Moisés y Aarón y Hur subieron sobre la cumbre del collado. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel: mas cuando las abajaba un poco, sobrepujaba Amalee.

Y Moisés tenía pesadas las manos: por lo que, tomando una piedra, pusiéronla debajo, y se sentó en ella: y Aarón y Hur le sostenían sus manos por una y otra parte. Y aconteció que sus manos no se cansaron hasta que se puso el Sol.»

¿Qué sucedió aquí?

En la batalla contra los amalecitas, vencían los israelitas solamente mientras Moisés mantenía sus brazos en alto. Naturalmente, poco podían ayudar los brazos solamente del fatigado caudillo ni tampoco podían hacerse más peligrosos cuando sus adictos se los sostenían. Es por esto que me atrevo a suponer que sostenía en sus manos un objeto bastante pesado. Desde la colina donde se hallaba, tenía el enemigo a la vista. En tanto alcanzaba a los amalecitas con sus rayos, vencía su gente, en tanto bajaba sus brazos (y con ellos el arma), podían los amalecitas atacar sin obstáculo con sus armas primitivas. Esta especulación mía encuentra nuevo asidero en el mismo capítulo, versículo 9. ¿Se dice allí que Moisés estaría de pie en las alturas de la colina «con la vara de Dios» en la mano! ¿No resultaba acaso lógico que la batalla se tornara adversa a los israelitas cuando Moisés, fatigado, bajaba los brazos?

En *Regreso a las Estrellas* mostré un petroglifo de la Isla de Pascua (Fig. 56a) que representa una extraña figura mitad pez mitad hombre. Entretanto, un lector técnicamente versado (Horst Haas) me ha hecho notar que el referido petroglifo pudiera muy bien ser una representación de un estatorreactor (Fig. 56b): en la «cabeza» del dibujo aparece la abertura de *entrada de aire*; el estre-

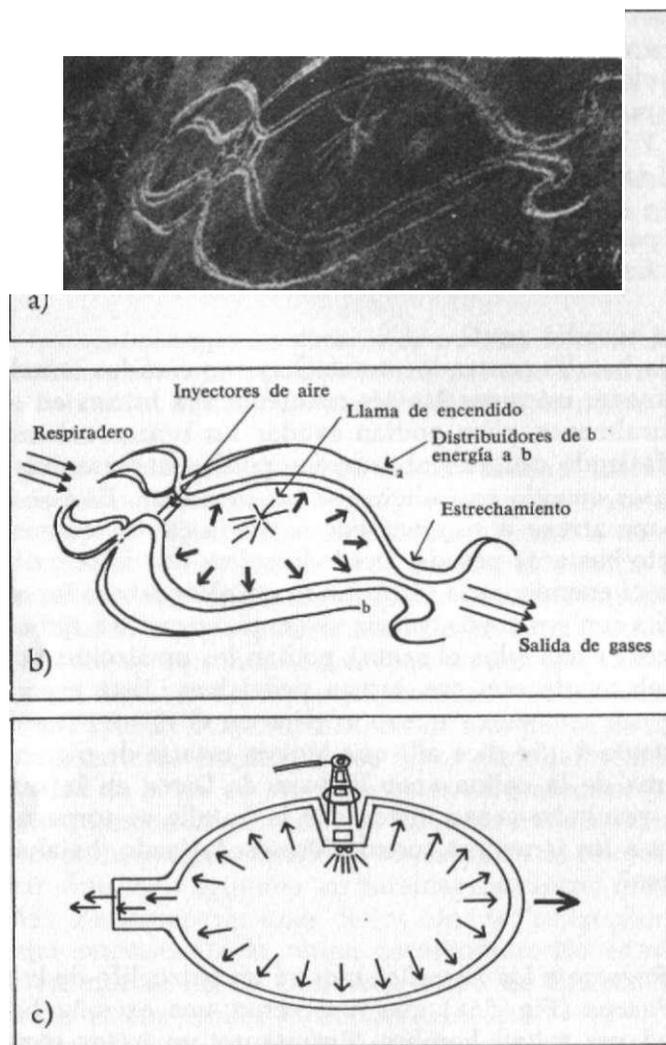


FIG. 56. a) Un petroglifo de la costa de la Isla de Pascua; b) Interpretación del dibujo como estatorreactor; c) Dibujo en corte de un cohete a combustión.

chamamiento que sigue a continuación podría ser la *rejilla de entrada del combustible*, el ensanchamiento siguiente podría representar la cámara de combustión y de presión con un estrechamiento a continuación que conduce a la abertura de salida de los gases. La estrella que aparece en el dibujo podría interpretarse como simbolizando la chispa de encendido... El dibujo completo sería un modelo estilizado de estatorreactor. «Si bien el dibujo en su totalidad no coincide con un modelo aerodinámico», me escribe Horst Haas, «podría obtenerse alguna información adicional acerca del procedimiento de vuelo mediante una medición precisa de las supuestas pistas de aterrizaje en la meseta de Nazca».

¡Pienso que los arqueólogos deberían por fin comenzar a consultar a sus colegas de las escuelas técnicas!

La Isla de Pascua sigue siendo un paraje lleno de enigmas: ¡vale la pena investigar! En su libro *Phantastique lie de Paques*, Francis Mazière nos relata acerca de una excavación que sacó a luz una escultura con una cabeza de tipo completamente diferente a las encontradas hasta entonces: En tanto que las cabezas de todas las estatuas carecen de barba, la que comentamos muestra una barba y tiene los ojos facetados como los de los insectos (semejantes a las esculturas japonesas Dogu). Lo sorprendente es, sin embargo, que de la cabeza nacen dos barras. A más de algún lector se le ocurrirá pensar que se trata de cuernos de animal que moldeó el escultor con una intención simbólica ¡pero resulta que jamás han habido animales con cuernos en la Isla de Pascua! ¡Incluso un escultor prehistórico con sentido del humor jamás habría tenido el modelo ante sus ojos! Casi resulta necio desconocer que los artistas de la prehistoria — ¡sin ninguna fantasía! — intentaron representar antenas tal como las que habían visto cuando recibieron la visita de los dioses...

Louis Pauwels y Jacques Bergier nos refieren, desde otro extremo del mundo, el caso de los relieves encontrados en rocas de granito en las montañas de Hunan (República Popular China). ¡Se trata de representaciones de seres extraterrestres que portan equipos técnicos! Los seres visten trajes de buzo o trajes espaciales con «trompas de elefante». Inmediatamente uno se pregunta: ¿acaso aquellas trompas no eran tal vez equipos para respirar? Los intérpretes de estos descubrimientos rechazarán esta suposición como absurda, dado que estos relieves datan de alrededor de 45.000 años antes de Cristo. Cada uno de estos descubrimientos debe tranquilizarnos porque refuerza la convicción que nuestro planeta recibió la visita de seres de otro mundo durante la prehistoria. ¿Debe seguir el zapatero con horma antigua?

En Delhi hay un antiguo pilar de hierro que no contiene ni fósforo ni azufre y por tanto es inmune a la corrosión atmosférica. ¡Pero no es necesario salir del desvalijado Occidente para hacer descubrimientos sorprendentes! En Kottenforst, a pocos kilómetros al oeste de Bonn, hay un poste de hierro al cual, según me comunica el doctor Harro Grubert, de Colonia, llaman las gentes desde tiempos inmemoriales el «Hombre de Hierro». El poste se eleva a 1,30 m. del suelo y, según apreciaciones basadas en pruebas magnéticas, debe estar enterrado hasta una profundidad de cerca de 28 m. bajo tierra. La parte que sobresale de tierra presenta una leve corrosión en la superficie, pero lo curioso es que no se observan trazas de moho. Por primera vez aparece el mencionado poste (Figura 57) en un documento del siglo xiv, indicándosele como marca de un límite urbano. En las inmediaciones del poste se ve un sistema de caminos de piedra desmantelados, como también restos de una tubería de agua romana que —milagro tras milagro— no está dispuesta en la dirección habitual Eifel-Bonn o Eifel-Colonia sino

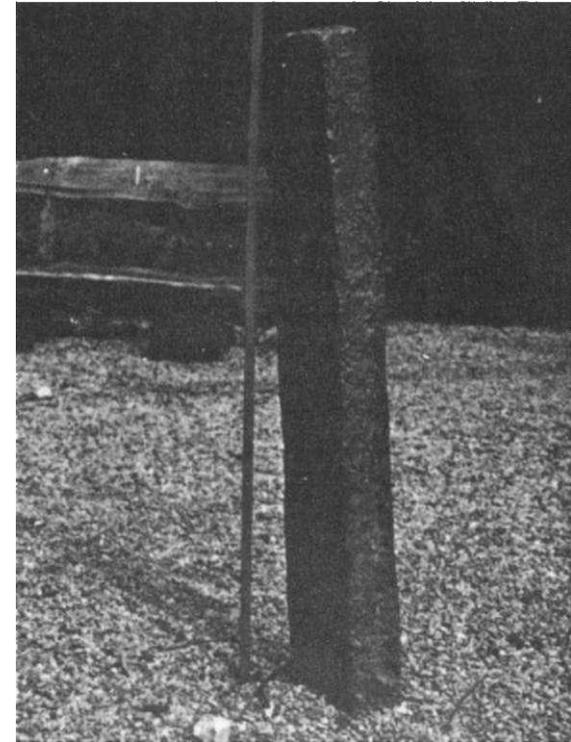


FIG. 57. El «hombre de hierro» de Kottenforst, en las cercanías de Bonn; está enterrado hasta una profundidad de 28 m. bajo el suelo. En Delhi existe un poste similar ¡ninguno de los dos se oxida!

que está tendida en dirección al poste. Hasta la fecha nadie sabe a qué atenerse con el largo poste rectangular ¡y en esta región se entiende mucho de hierro! ¿Los metalúrgicos de paso por la India no podrían tomarse la molestia de comprobar acaso el pilar de hierro del templo de Nueva Delhi contiene una aleación semejante a la del poste de Kottenforst? De semejante reconocimiento se podría recoger algún indicio acerca de la edad de ambas

columnas porque me parece algo absurdo no ver en este «hombre de hierro» nada más allá de un límite urbano. ¿Si así fuese, a qué vendrían los 28 metros de profundidad a que fue enterrado el poste? También la Europa Central pudo haber recibido la «visita de los dioses» y en este caso el hombre de hierro cobraría su significado...

¡También en Salzburgo hay una curiosidad! Johannes v. Buttlar comunica:

«¿Quién es capaz de resolver el misterio del dado del doctor Gurlts? ¡La más extraña formación jamás descubierta en un trozo de carbón del período terciario, en cuyo interior estuvo contenido durante millones de años! Este dado, formado casi con precisión absoluta, fue descubierto en 1885. En el centro presentaba una profunda incisión y dos superficies paralelas habían sido redondeadas. Consistía en una aleación de carbón-acero al níquel y pesaba 785 g. Su contenido de azufre era demasiado insignificante como para pensar en una pirita natural, la cual se presenta con frecuencia bajo formas geométricas curiosas. Los hombres de ciencia jamás pudieron ponerse de acuerdo sobre el origen del dado. Hasta 1910 estuvo expuesto en el Museo de Salzburgo, año en que desapareció misteriosamente. ¡Misterio tras misterio!»

Si el dado data del período terciario, sólo me permito la pregunta: ¿conocían ya los monos un procedimiento para producir acero?

En el Fisher Canyon de Nevada, se encontró en un filón de carbón una huella dejada por un zapato. La impresión de la suela es tan nítida, relata Andrew Thomas, que

incluso puede distinguirse la señal dejada por un fuerte hilo retorcido. Se estima que esta huella data de hace unos quince millones de años. «¡El hombre apareció en la tierra hace sólo dos millones de años y hacen apenas 20.000 años que viene usando zapatos! ¿De quién puede ser entonces la huella?» Aquí sólo puedo hacer conjeturas: o bien los monos ya fabricaban zapatos y cosían suelas (y entonces la profesión horizontal no es la más antigua del mundo) o bien hace millones de años hubo seres que se pasearon por la tierra y que conocían los zapatos como medio apropiado para cubrirse los pies...

En 1972, el arqueólogo inglés, profesor Walter Bryan Emery, descubrió en una galería subterránea en Sakkara, Egipto, un trozo de piedra caliza; al partir la piedra con suavidad, halló en su interior una pequeña estatua del dios Osiris. Súbitamente el profesor fue víctima de un ataque y se desplomó. Infarto cardíaco. Dos días más tarde fallecía en una clínica de El Cairo. Era la vigésima víctima de la «maldición de los faraones».

¿Qué fuerzas ocultas hay detrás de estas muertes misteriosas, de todas las cuales hay constancia oficial? ¿No somos todavía capaces de identificar las formas de energía que se desencadenan tan pronto como se tocan estos malditos legados?

Las especulaciones en torno a estos misterios han encontrado ya cierto asidero en estos últimos cuatro años. En efecto, mediante la aplicación de Rayos X, se han descubierto algunos extraños objetos en momias que se encuentran expuestas en el Museo de El Cairo. La United Press International difundió el informe del jefe de una expedición arqueológica, James Harris, de Ann Arbor, Michigan: en el cuerpo de Seti I (f 1343 A.C.), los Rayos X detectaron en el antebrazo izquierdo un *ojo sagrado*;

Tutmosis III (f 1447 A.C.) lleva en el antebrazo derecho un dispositivo técnico que los investigadores clasificaron como *prendedor de oro*; la reina Notmet lleva en el pecho cuatro diminutas estatuillas y una piedra oval. Nada se había podido ver de todos estos «aditamentos» hasta la fecha porque las momias están cubiertas por una espesa pasta negra resinosa. Solamente los Rayos X han podido poner de manifiesto estos accesorios técnicos que hasta ahora, con toda seguridad, aparecerán en la literatura arqueológica como piezas de adorno. Según informa James Harris, las autoridades egipcias aún no han decidido si estos «accesorios» han de permanecer donde están o bien serán extraídos. Sería de desear que se prosiguiese esta investigación con todos los medios técnicos disponibles. Es posible que la ciencia deleve el misterio por qué se depositaban estos dispositivos técnicos en cavidades del cuerpo antes ocupadas por los órganos... Quizás lleguemos a desenmascarar la maldición de los faraones...

En los tiempos en que los faraones construían sus pirámides a orillas del Nilo, Europa todavía no había entrado en la historia. Las primeras «construcciones» europeas fueron megalitos, el más conocido de los cuales está en Stonehenge, Inglaterra, y es visitado por turistas venidos de todas partes del mundo. El profesor Alexander Thom, Oxford, que ha examinado cerca de cuatrocientas obras de este tipo, hizo las siguientes declaraciones al periódico *Welt am Sonntag*: «El hombre del período neolítico ya tenía increíbles conocimientos de astronomía y geometría». Thom descubrió que algunas de estas instalaciones no eran otra cosa que excelentes observatorios lunares y que los hombres de la Edad de Piedra podían hacer predicciones del tipo de las que hoy en día corren a cargo de los ordenadores. ¡Así, los hombres del neolítico (4000 a 1800 A.C.) podían calcular el punto de salida de la Luna con una precisión de segundos del arco! ¡3.000 años más

tarde, estos mismos conocimientos debieron ser redescubiertos nuevamente! Estas constataciones se ven corroboradas por informes del doctor Rolf Müller, quien comprobó que los hombres de la Edad de Piedra orientaban sus megalitos según la posición de las estrellas.

¿Cómo podríamos conciliar nuestros conocimientos tradicionales sobre el hombre neolítico que estaba comenzando a aprender a perforar piedras para fabricar hachas, afilaba los primeros cuchillos de pedernal u obsidiana, comenzaba a domesticar algunos animales y a cultivar algunas plantas útiles, estaba apenas saliendo de las cuevas para construir sus moradas primitivas? ¿Cómo podríamos conciliar estos conocimientos «establecidos» con semejantes logros, propios de una cultura altamente desarrollada? ¿Tuvieron quizás los torpes cavernarios algunos eximios maestros? ¿Y si los tuvieron, de dónde venían?

¡Siempre nos topamos con las mismas incongruencias! Existe un fruto delicioso que desde hace miles de años se conoce en todas las regiones tropicales y subtropicales de la tierra: el plátano. La leyenda hindú habla del «maravilloso kandali» (el banano) que trajeron a la Tierra los «manu», seres excelsos y protectores de la humanidad que procedían de otro astro, con una cultura mucho más desarrollada que la nuestra. Pero el banano es una planta que no tiene semilla; luego de dar fruto, la planta perece, por lo que debe cortarse el tallo a ras de suelo dejando que una de las yemas del tallo subterráneo se desarrolle para dar origen a una nueva planta. Así, la banana nos plantea una incógnita: se la encuentra hasta en las islas más solitarias de los mares del sur. ¿De dónde es originaria esta planta? ¿Si no tiene semilla, cómo pudo dar la vuelta al mundo? ¿La trajeron, como cuenta la leyenda hindú, los «manu» de otro astro?

En las islas pobladas de juncos del lago Titicaca, en Bolivia, viven los uros. Estos indios afirman que su pueblo es más antiguo que los incas, que ellos habrían existido incluso antes que To-Ti-Tu, el Padre de los cielos, el creador de los hombres blancos. Con granítica convicción, sostienen los uros que ellos no habrían pertenecido al género humano, que su sangre habría sido de color negro y que habrían vivido cuando la Tierra estaba aún rodeada de tinieblas: *no somos como los demás hombres porque llegamos desde otro planeta*. Los pocos uros que aún quedan, evitan todo contacto con el exterior. Orgullosos y obstinados, defienden su naturaleza diferente como legado que trajeron de las estrellas...

El doctor Alexander Marshack, del Harvard's Peabody Museum, ha examinado varios miles de huesos, piezas de marfil y piedras, todos los cuales muestran los mismos dibujos: puntos, líneas en zig-zag y círculos. Hasta ahora, se los había tomado por decorados. Marshack opina: «Parece más bien que se trata de una escritura, de anotaciones referentes a las fases lunares y a la posición de las estrellas. Los objetos examinados datan todos de épocas entre 10.000 y 30.000 años A.C.».

¿Qué significa esto? ¿Qué impulsaba a estos hombres de la Edad de Piedra a realizar estos pacientes trabajos? Se dice, por otra parte, que no les faltaba qué hacer para poder procurarse el diario sustento. ¿Quién los aleccionó en tales trabajos? ¿Alguien los guió en estas observaciones que evidentemente estaban muy por encima de su capacidad? ¿Tenían tal vez estas actividades alguna relación con visitantes que esperaban del cosmos?

En el Templo de los Frescos de Tulum, México, los arqueólogos Redfield, Landa, Cogolludo y Roys han descubierto — casi me da vergüenza escribirlo — ¡dioses-abe-



FIG. 58. Un dios-abeja según los arqueólogos. Extraño ser de Tulum, México. ¡Extraña abeja!

4 jas! En la literatura, no hay nada referente al estado de las abejas ni a sus jerarquías; sólo se menciona que las «Ah-Muzencab» eran abejas grandes que dominaban a las demás. ¡El relieve del dios-abeja en todo caso no guarda la más mínima semejanza con las abejas! He ahí un ser (con toda seguridad ninguna abeja) recostada boca abajo, los brazos esparrancados y apoyados en el suelo. Los pies, *con zapatos*, dan la impresión de accionar pedales. ¡Alrededor del dios-abeja hay un sinnúmero de motivos técnicos que están fuera de lugar en una colmena! ¿Podrá alguna persona que no lleve anteojeras interpretar este dibujo como representando un dios-abeja? ¡Sí, si los talentosos mayas lo hubiesen deseado, hasta habrían sido capaces de hacer aparecer por encanto un dios-abeja que hasta hoy estaría zumbando en los oídos de estos inteligentes caballeros (Fig. 58)!

En el Codex Tro-Cortesianus, Madrid, también hay un dios-abeja. También ahí vemos un ser monstruoso boca abajo, nuevamente los brazos esparrancados, a la espalda, dos bombas de clásico diseño provistas de anchas cintas y con mecha detonante (Fig. 59). Del dios-abeja de

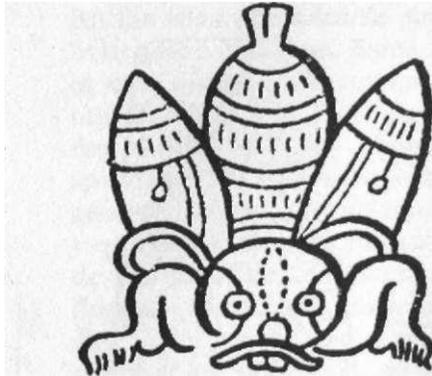


FIG. 59. Este horrible ser con dos bombas cae también bajo la clasificación dios-abeja.

Madrid se puede decir sin lugar a dudas; ¡ésas no son bombas, son las alas de la abeja! ¿Qué parecido puede haber entre una ala de abeja y una bomba? ¡Para ser franco, no acierto a comprender que hayan dioses-abeja zumbando en la literatura maya como monstruos técnicos!

El doctor Cari Sagan propuso hace algunos años hacer habitable el planeta Venus por el procedimiento de dejar caer algunos cientos de toneladas de algas azuladas (Ciano Phyceae) desde naves espaciales sobre la tórrida atmósfera venusiana. Las algas azuladas son tan resistentes que podrían soportar las altas temperaturas allí prevalecientes. Se reproducen a una velocidad fantástica y en enormes cantidades, generando, además, oxígeno en grandes cantidades. Sagan considera que el oxígeno enriquecería la atmósfera de nuestro vecino y enfriaría su superficie de modo que tormenta y lluvia harían fructificar el suelo. El astrofísico Sagan parece no andar descaminado: en Transvaal, Sudáfrica, se han descubierto en rocas de sedimentación de unos 3500 millones de años de antigüedad restos de seres vivientes cuyo estadio de evolución corresponde a nuestras actuales algas azuladas. Son los más antiguos restos de vida hallados hasta

la fecha. Pero hace 3500 millones de años aún no había vida orgánica en el planeta. ¡El paleontólogo H. D. Pelug, de la Universidad de Giessen, es de opinión que la vida es más antigua que la misma Tierra!

Así, cabe la pregunta: ¿será el caso que nuestro celeste planeta fue en su época preparado para la colonización mediante la diseminación de algas azules? ¿Y quién desencadenó este proceso de transformación biológica con este objetivo?

Un grupo americano-iraní ha realizado excavaciones en los últimos años en Tepe Hahya, a 250 Km. al sur de Rerman. Tepe Yahya fue abandonado por sus habitantes alrededor de los comienzos de nuestra era. El matrimonio C. C. y Martha Lamberg-Karlovsky, ambos antropólogos, halló una gran cantidad de obras de arte de bronce con cierto contenido de arsénico. Estos objetos datan de unos 3500 años A.C. Según nuestros conocimientos, los materiales utilizados en la Edad de Bronce eran el cobre, estaño y plomo. El arsénico se presenta en la naturaleza como arsénico nativo o bien unido a otros elementos en distintos minerales. Resulta difícil imaginarse cómo se las arreglaban los hombres de esta época para procurarse arsénico para sus aleaciones, a no ser que estos fundidores prehistóricos hayan asistido a algún cursillo de perfeccionamiento, y en este caso sería interesante saber quiénes eran los profesores...

En casa de la familia Springensguth, en San Salvador, El Salvador, tuve ocasión de ver una antigua escudilla maya (Fig. 60). En ella se ve pintada una mujer maya con su equipo de vuelo ceñido a la espalda. La figura lleva una ancha cinta alrededor de la cintura, a la cual se ven adheridas otras piezas. También en el Museo Turco de Estambul hay expuesto un jarrón con un ser bastante pare-



FIG. 60. Esta escudilla, propiedad de la familia Springensguth (San Salvador), muestra una astronauta con todo el equipo de su profesión.

cido. En el Museo Americano de Madrid, está expuesta una jarra exponente de la cultura nazca que presenta una figura parecida. La diferencia esencial consiste solamente en que la figura representada es aquí una diosamadre, una astronauta que lleva una ancha cinta atada a la cintura; hombros y muslos aparecen ceñidos; naturalmente, la diosa lleva igualmente su equipo de vuelo a la espalda. El recuerdo de los ingenios para volar y de los rocket belts ha dejado sus huellas por todo el globo...

Por encargo de las autoridades del programa espacial de los EE. UU., la señora profesora Ruth Reyna redactó un informe basado en la interpretación de textos en sánscrito. Según la señora Reyna, los hindúes realizaron vuelos espaciales alrededor del año 3000 A.C. El proyecto habría sido emigrar a Venus para escapar a un diluvio que amenazaba descargarse en aquella época. Los textos

en sánscrito fueron comentados en la Universidad de Pandschab...

Los chuvashi, un pueblo tártaro-finés que vive en Rusia a orillas del Volga medio, suman actualmente alrededor de 15 millones de habitantes. El idioma chuvash es una rama independiente del turco. ¡El investigador brasileño Lubomir Zaphyrof, especializado en filología inca, ha comprobado que los chuvashi utilizan actualmente cerca de 120 palabras incas compuestas! Dichos términos encuentran su explicación precisa mediante 170 palabras simples de la lengua chuvash. Sobre todo, dice Zaphyrof, se han conservado palabras de la mitología inca. Algunos ejemplos:

Wiracocha = buen espíritu del cosmos
 kon tiksi illa wiracocha = señor de alta estirpe,
 resplandeciente como el
 rayo, buen espíritu del
 cosmos
 chuvash = dios que viene de la luz.

Para aquellos que conocen el chuvash y además comprenden la lengua inca, vaya la dirección del profesor Lubomir Zaphyrof: Caixa Postal 6603, Sao Paulo, Brasil.

En *Correo de la UNESCO* informó en 1972 acerca de sensacionales descubrimientos hechos por el arqueólogo americano Manson Valentine y el explorador submarino Dimitri Rebikoff en las inmediaciones de las islas Bimini y Andros de las Bahamas. Estos investigadores encontraron colonias submarinas con muros de 70 y 250 m. de largo. ¡Las construcciones se hallan a más de seis metros de profundidad bajo el mar y se extienden sobre una superficie de 100 Km.²! ¡Hay muros paralelos de más de 600 m.

de largo! Se encontró una piedra de 5 metros de largo cuyo peso se calculó en unas 25 toneladas. Según científicos de la Universidad de Miami, estas construcciones deben datar entre 7.000 y 10.000 años A. C.; ¡claro que estas estimaciones han sido hechas basándose en el método del C-14! ¡De acuerdo a la cronología establecida, cuando se construyeron estas instalaciones aún no se habrían levantado las pirámides de Gizeh, la epopeya súmera Gilgamesh aún no habría sido escrita! Rebiakoff está convencido que después que los descubrimientos en las Bahamas sean objeto de un examen concienzudo, se les reconocerá una importancia que sobrepasará con mucho todo lo que hasta hoy pudiéramos imaginar. ¡Algunos fundamentos alcanzan una profundidad de 80 metros!
¿Se habrá dado por fin con la Atlántida en el Atlántico? No me sorprendería...

En un congreso de químicos en Los Angeles, el doctor John Lynde Anderson, Chattanooga, Tennessee, comunicó que sus experimentos con el isótopo C-14 del carbono habían acusado discrepancias con mediciones efectuadas anteriormente; las fechas hasta ahora admitidas para distintos objetos y calculadas por este método no coincidirían con las obtenidas por él en sus experiencias. Sin embargo, para los arqueólogos, el método del C-14 sigue siendo el único procedimiento «canónico» para determinar la antigüedad de los objetos. ¿Cómo se puede ser tan ciego o tan testarudo?

En lavaderos de oro al norte de Fairbanks, Alaska, y en el valle de Yukon, las bombas de alta presión y dragas han estado extrayendo durante los últimos quince años restos de mamuts congelados enterrados a gran profundidad. Los estómagos congelados contienen hojas y hierbas que acababan de comer los animales. Los cachorros

yacían junto a los adultos, las crías con las madres. El arqueólogo profesor Frank C. Hibben, de la Universidad de New México, opina: «¡Tales cantidades de animales no mueren así de un golpe por vía natural!» Después de los exámenes practicados, queda en claro que los animales murieron repentinamente y se congelaron en el acto, pues en caso contrario habrían quedado trazas de descomposición. En las proximidades de Fairbanks, se habían encontrado además 1.766 maxilares y 4.838 huesos metatársos de un mismo tipo de bisonte.

¿Quién fue el organizador de semejante cacería? ¿Cuál puede haber sido la causa de un cambio de clima tan radical que fue capaz de reducir a un inmenso rebaño paciendo a carne congelada en cuestión de horas?

El 8 de noviembre de 1968, mientras alquilaba un automóvil a fin de viajar en dirección sur hacia Kanheri, en las cercanías de la costa Malabar, me sentí tentado por una atracción turística: me inspiraron curiosidad las 87 cuevas en las rocas, también llamadas «templos de roca» en las guías turísticas. A medida que me iba internando en las catacumbas de 15 metros de altura, se me iba haciendo cada vez más patente (antes de tener ninguna noticia sobre los túneles de Ecuador y Perú) que estas cuevas de roca natural, predominantemente granito, abiertas a fuerza de explosiones, cual casas de varios pisos, estaban destinadas con toda seguridad a fines muy distintos que simples ceremonias religiosas. ¡Para adorar a los dioses no es necesario esconderse tanto! No, obras de esta clase sólo las hacen seres en busca de protección ante una amenaza. Sobre la paredes de color de antracita, en parte brillantes e irisadas, pueden verse grabados con escenas de la vida de Shiva (sánscrito: el fiel). Shiva, símbolo tanto de la destrucción como de la salud, constituye, junto con Brahmán (la energía creadora de todos los mundos) y Vishnu (el protector) la trinidad hindú, ei



FIG. 61. En Derinkuyu, Anatolia (Turquía), hay ciudades subterráneas de varios pisos con recintos capaces de albergar hasta 60.000 personas.

trimurti. Mientras me paseaba por las gigantescas salas, pude admirar los cielos sostenidos por pilares de granito con sus magistrales relieves. Una vez más, me enteré que la fecha de estas increíbles construcciones es todavía materia discutida, pero que, según muchos investigadores, habrían sido obra de los jainas, representantes de una de las ramas del budismo, y datarían de unos quinientos años antes de Cristo. El objetivo que se perseguía con estas titánicas empresas sólo puede hallarse en los mitos y leyendas, y éstas nos revelan que los hijos de los dioses, derrotados por los kurus, el pueblo más antiguo de la India occidental, buscaron refugio en las cuevas. «Jainas»

significa en sánscrito «los vencedores». ¿Sucedió quizás que los aparentemente derrotados resultaron a la postre vencedores porque fueron lo suficientemente inteligentes para retirarse oportunamente a las cuevas que ya tenían preparadas? Es de suponerlo así porque la mitología hindú lo dice con énfasis: que las cuevas fueron abiertas para servir de refugio a una amenaza que se cernía desde el cielo.

El profesor auxiliar, doctor Bernhard Jacobi, en su libro *Ais die Gotter zahlreich waren* nos habla del gran grupo hindú de cuevas, con 150 cuevas en Junnar, en la meseta de Dekan, con 27 cuevas en Adschanta y 33 en Ellora.

Y —ya es tiempo—, aquí va una especulación mía basada en los indicios comentados a lo largo de esta obra.

1. En alguna época desconocida, tiene lugar en las profundidades de la galaxia una batalla entre seres semejantes al hombre.
2. Los derrotados en esta batalla escapan en una nave espacial.
3. Puesto que conocen la mentalidad de los vencedores, les tienden una trampa: no se dirigen a un planeta «ideal».
4. Los vencidos escogen el planeta Tierra, el cual, en comparación con su planeta de origen, sólo resulta tolerable, pero en ningún caso ideal. En la nueva atmósfera, estos fugitivos se ven obligados a llevar máscaras de gas durante muchos años, a fin de irse adaptando paulatinamente a la nueva mezcla de gases (y por ello, cascos, trompas y dispositivos para respirar que se ven en los dibujos de las cuevas).
5. Por temor a sus perseguidores, dotados de todos los adelantos de la técnica, buscan refugio bajo tierra a gran profundidad: construyen los sistemas de túneles.
6. Con objeto de engañar completamente al adversario, levantan instalaciones en el quinto planeta de nues-

tro sistema solar (¡no en la Tierra!), como asimismo transmisores que emiten mensajes en código.

7. Los vencedores caen en la trampa: bombardean el quinto planeta. Una gigantesca explosión estremece a Júpiter; partes del planeta salen proyectadas más allá del cinturón de planetoides. (Una ojeada al mapa del sistema solar basta para darse cuenta que entre el cuarto y el quinto planeta — Marte y Júpiter — hay una brecha «artificial» de 480 millones de kilómetros.) Pero la brecha no está vacía; por ella corretean cientos de miles de trozos y fragmentos de roca, multitud que se conoce bajo el nombre de «cinturón de planetoides». Desde tiempos inmemoriales, los astrónomos han hecho conjeturas sobre cómo y por qué puede haber «explotado» un planeta entre Marte y Júpiter. Me atrevo a afirmar: los planetas no «explotan» por sí mismos ¡se los hace explotar!
8. El vencedor imagina que los enemigos han sido aniquilados y regresa con sus naves espaciales.
9. Debido a la tremenda explosión en el quinto planeta, se ha producido un trastorno temporal del régimen gravitacional en nuestro sistema solar. El eje terrestre se desplaza en algunos grados, lo que trae por consecuencia colosales inundaciones (en todos los pueblos de la tierra se dan leyendas sobre inundaciones y diluvios).
10. Los perseguidos salen de sus catacumbas y comienzan a crear seres inteligentes sobre la tierra. Gracias a sus conocimientos de biología molecular, los emigrantes infunden inteligencia al mono, creando así al hombre *según su imagen y semejanza* (código genético, leyendas sobre la creación del hombre, promesa de Dios a Abraham y otros que su descendencia sería numerosa como las estrellas del cielo, etc.).
11. Los exvencidos, ahora señores absolutos y por consiguiente, dioses, observan que el progreso de la raza

humana se realiza con demasiada lentitud. Saben muy bien que los seres por ellos creados son «semejantes a los dioses», pero desean un progreso más rápido (Moisés I, 11, 6: «Este es el comienzo de su obra, ahora nada de lo que se propongan les resultará imposible»). En ocasiones, los dioses pierden la paciencia, castigan y aniquilan a querellantes y gentes que no respetan las leyes biológicas para escarmiento de los demás. Los dioses proceden sin «escrúpulos» en estas operaciones de limpieza porque se consideran creadores de los hombres y responsables de su futuro progreso.

12. Pero los hombres tienen temor a los dioses y a sus expediciones punitivas, tanto más cuanto que ya no son los dioses de la primera generación: son sus hijos e hijas, a quienes los hombres se creen asimilados (prueba: mitología de las familias de dioses).
13. Así, grupos enteros de hombres comienzan a buscar refugio bajo tierra a fin de escapar a la ira de los dioses. Es posible que estos hombres hayan tenido instrumentos a su disposición que habían construido bajo asesoramiento de los dioses, instrumentos que les permitían trabajar la roca con más facilidad de lo que nuestros arqueólogos se imaginan.
14. En efecto, cada día se van descubriendo más y más gigantescas construcciones subterráneas por todo el globo, aunque en ningún caso como los túneles bajo Ecuador y Perú. Estas obras subterráneas que se vienen descubriendo año tras año representan indudablemente el trabajo de mucha gente; no han sido hechas con instrumentos perfeccionados, como por ejemplo el taladro térmico. Refugios de esta clase construidos por el hombre por temor a un castigo del cielo pueden verse por ejemplo en:

San Agustín, Colombia: salas subterráneas comunicadas por pasadizos; Cholula, Méjico: laberintos de kilómetros de largo; Derinkuyu, Anatolia, Turquía:

ciudades subterráneas con «casas» de varios pisos y grandes salas de reuniones.

15. Un trabajo tan largo y fastidioso bajo tierra no lo hacían nuestros antepasados precisamente para distraerse ni para protegerse de las fieras ni como expresión de ideas religiosas; tampoco lo habrían hecho para buscar refugio contra un ejército enemigo: Excavaciones de semejante magnitud con herramientas primitivas suponen años. Por otra parte, a un ejército enemigo le habría resultado muy simple la tarea de reducir al acosado adversario: les hubiera bastado con bloquear las entradas dejando a su oponente en la alternativa de entregarse o morir de hambre.
16. Sólo puede haber un móvil que induzca a la realización de este tipo de empresa: ¡el temor a un ataque desde el aire! ¿Pero quién tendría interés en atacar desde el aire a seres inofensivos? Solamente aquellos seres de quienes se hablaba en la tradición, aquellos dioses que un día posaron su planta sobre la tierra.

Y ahora estiro el cuello para recibir el fuego de la crítica. Ya estoy acostumbrado.

Ni crítica ni burla me van a causar desasosiego, sobre todo después de lo que aconteció con mi cita de los textos de Ezequiel en *Recuerdos del Futuro*. ¡Vamos a recapitular!

Ezequiel nos narra:

«Sucedió en el trigésimo año y fue el quinto día del cuarto mes. Cuando yo me hallaba a orillas del río Chebar entre los desterrados, se abrió el cielo... Yo vi cómo un viento tormentoso proveniente del norte, y una gran nube rodeada de centelleantes resplando-

res, y un fuego incesante, el centro del cual parpadeaba como una roca mineral. Y en medio surgieron figuras como cuatro seres vivientes; todas parecían figuras humanas. Cada una tenía cuatro rostros y cada una cuatro alas. Sus piernas eran rectas, y chispeaban cual reluciente mineral... Más allá divisé una rueda sobre el suelo junto a cada uno de los seres vivientes. El aspecto de las ruedas era brillante, como el de una crisolita, y las cuatro ruedas tenían forma idéntica y estaban labradas como si cada rueda se metiera dentro de otra. Podían marchar hacia los cuatro lados sin moverse durante la marcha. Y vi que tenían calces, y los calces estaban llenos de ojos alrededor de las cuatro ruedas. Cuando esos seres vivientes marchaban, las ruedas también marchaban con ellos, y cuando los seres vivientes se elevaban del suelo las ruedas se elevaban también... Hijo del hombre, ponte en pie porque he de hablarte... Y oí detrás de mí un formidable estruendo cuando el Señor en su inmensa Majestad se alzó del lugar; el zumbido de los seres vivientes cuyas alas se tocaban entre sí y el rumor de las ruedas acompañándole, causaron un inmenso fragor.»

En mi obra citada, comenté el texto de Ezequiel a la luz de nuestros conocimientos técnicos actuales. El pasaje me pareció muy apropiado porque en él se tocan varias cuestiones de interés y su interpretación no podía ser más evidente. ¡El alud de críticas y mofas que debió soportar mi moderna exégesis!

El 28 de marzo de 1972 tuve ocasión de conversar en Huntsville, USA, con Joseph F. Blumrich. El ingeniero Blumrich, austríaco de nacimiento, trabaja desde hace 14 años en la NASA, es el jefe de la Sección Proyectos de Construcción, donde se proyectan las futuras estaciones orbitales. Blumrich trabajó, por ejemplo, en las últimas etapas de la construcción del Saturno V y actualmente

dirige los trabajos de proyección de estaciones orbitales en las cuales los astronautas pasarán semanas enteras en el espacio. En julio de 1972, Blumrich fue condecorado con la «Excepcional Service Medal» de la NASA por sus trabajos en los proyectos Saturno y Apolo, distinción que sólo han recibido muy contadas personas en la NASA. —Usted se ha ocupado en sus momentos libres de las visiones del profeta Ezequiel. Ante todo ¿qué móvil le induce a ocuparse de estos temas?

—¡Para ser bien franco, lo hice con ánimo de protesta! Leí su libro *Recuerdos del Futuro* con el sentimiento de superioridad de un hombre que sabe de antemano que todo eso es un desatino. Entre todas las materias tocadas por usted, me detuve en su interpretación técnica de las visiones de Ezequiel; éste era un tema sobre el cual yo podía hablar, ya que he dedicado la mayor parte de mi vida a la construcción y cálculo de aviones y cohetes. Me levanté y tomé una Biblia a fin de leer el texto completo y me sentí seguro de poder rebatir sus argumentos en pocos minutos. ¡Usted no podía, más exactamente, no tenía el derecho a tener razón! Después de una lectura cuidadosa, mi seguridad empezó a vacilar y los pocos minutos que pensaba dedicarle al tema se fueron convirtiendo en un largo tiempo de estudio, durante el cual desarrollé en detalle y fundamenté lo que había esbozado en las primeras horas.

—En su estudio, ¿usted tomó en cuenta la persona del profeta Ezequiel?

—Por supuesto, en tres aspectos: en lo relativo a los rasgos generales de su personalidad, su condición de relator y, por último, su participación en los sucesos narrados. Las características de su personalidad influyen en la valoración general de su relato. Como repórter, es un excelente observador. En cuanto a su participación, nos ayuda a contestar la pregunta: ¿era él el centro del acontecimiento? Como no lo era, se plantea la otra pregunta: ¿por qué no?

—Hasta ahora, todos los encuentros Dios-hombre que se describen en el Antiguo Testamento, los cuales siempre tienen lugar en medio de humo, ruido, fuego, relámpagos y temblores de tierra, han sido interpretados como «ideogramas». ¿Después de su estudio del asunto, considera usted posible que el profeta haya tenido realmente un encuentro con un ser extraterrestre? Y si es así, ¿en qué indicios se basa?

—La contestación a su primera pregunta es categórica: ¡sí! Con lo que no estoy de acuerdo es con la palabra «indicios»; del relato de Ezequiel puede deducirse en líneas generales el aspecto de las naves espaciales por él descritas. Luego, totalmente independiente del relato puedo, como ingeniero, calcular y reconstruir un aparato volador de tales características. ¡Y si después de todo eso se constata que el resultado no sólo resulta técnicamente posible sino además desde todo punto de vista razonable y bien concebido, y que por otra parte en la narración del profeta se mencionan detalles y procesos que no contradicen a las deducciones técnicas... entonces ya no podemos hablar sólo de indicios!

—Sé que usted ha redactado un manuscrito con sus consideraciones sobre el pasaje del profeta Ezequiel. ¿De sus cálculos resultan tal vez conclusiones acerca de las dimensiones de las naves y nivel técnico de sus constructores?

—¡Para mi asombro, incluso eso resultaba perfectamente posible! Esta investigación —precisamente debido a la inseguridad inicial— se lleva a cabo en forma paramétrica, es decir, se hacen variar gradualmente una serie de factores. Naturalmente que para ello es preciso una extrapolación más allá del estado actual de la técnica, la cual se basa en parte en posibilidades teóricas y en parte en evaluaciones. ¡Pude constatar que *la nave espacial de Ezequiel tiene unas dimensiones bastante verosímiles y corresponde a un nivel técnico que quizás alcancemos dentro de algunos decenios*]

—No es mi propósito averiguar con anticipación los resultados de su estudio, pero naturalmente tengo curiosidad por saber si a la postre quedan abiertas algunas incógnitas. ¿Podría indicarme dos por lo menos?

—Muy bien. Uno de los interrogantes sería: ¿el relato contiene una mezcla de auténticas visiones y sucesos reales o se trata solamente de observaciones reales? La otra cuestión se refiere a la situación real del templo al cual vuela Ezequiel. Ninguna de las dos posibilidades señaladas puede tener relación con Jerusalén. La determinación del lugar sería altamente significativa.

—¿Ha reparado usted, señor Blumrich, que sus cálculos y consideraciones escandalizarán a los exégetas?

—Por supuesto, el shock será inevitable. No obstante espero reducirlo a un mínimo ya que en mi libro daré todos los datos técnicos que utilicé para mis cálculos y para la reconstrucción. Proporciono todos los resultados. El que dude puede revisar mi trabajo por sí mismo o bien hacerlo revisar. El repaso de los cálculos no toma mucho tiempo y con ello habrá pasado lo peor: ¡simplemente no queda otra salida! Evidentemente, a ello ha de seguir un período más largo de adaptación en distintos campos.

¡Aquí se ha hecho realidad mi sueño dorado! Un técnico eminente me ha tomado la palabra, por decirlo así. *Deseo* que mis sugerencias levanten olas como en el caso de Blumrich, pero también deseo que estos señores sabios tan suficientes dejen a un lado sus lentes opacos y los cambien por otros nuevos que les permitan ver claro y — como Blumrich — traten de verificar si acaso este visionario de Dániken no está insinuando pistas (algunas solamente, por supuesto) menos descaminadas que los viejos senderos trillados que sólo se revuelven en un círculo.
¡Errare humanum est!

...hace decir Sófocles (497-405 A. C.) a su Antígona. ¿Es acaso tan difícil, es acaso una vergüenza ceder posiciones que — ¡a más tardar mañana! — se harán insostenibles?

«Ello»

o

fragmentos y cosmos

¿Quién o qué creó el universo?

¿Quién o qué puso las estrellas en el cosmos?

¿Quién o qué acciona la palanca de distribución de la creación y se entretiene en hacer chocar estrellas, en hacer explotar soles y en lanzar galaxias enteras unas contra otras?

¿Quién o qué infundió el soplo de la vida?

¿Quién o qué determinó la formación de la vida inteligente, el que nosotros seamos lo que somos?

Si todo lo que existe fue creado por un Dios único, entonces este Dios tendría que ser justo, todopoderoso y bueno ya que todo ha sido creado por su propia voluntad.

¿Por qué este Dios todopoderoso permite las guerras, el derramamiento de sangre y lágrimas?

¿Por qué tolera este Dios justo que se cometan crímenes contra niños inocentes?

¿Si este Dios sabio desea que los hombres le sirvan, como afirman las religiones, por qué permite que hayan en un solo planeta cerca de 20.000 religiones y sectas distintas que se combaten en su nombre?

¿Cómo puede concebirse que en nombre de este Dios que, como dicen las religiones, se hizo hombre y por consiguiente comprende a los hombres en su felicidad y en su miseria, se bendigan instrumentos bélicos de bandos opuestos? ¿No debería el buen Dios favorecer solamente

a los que combaten realmente en su nombre, por su causa y por disposición suya?

¿Cómo es posible que infames, malvados, usureros y falsos jueces participen de la felicidad de las buenas criaturas bajo el Sol de Dios?

¿Cómo puede permitir un Dios bueno y sabio que los ricos se hagan cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, siendo todos sus hijos?

Pero, por encima de todo, ¿con qué finalidad ha creado Dios estos seres inteligentes?

El biólogo molecular Jacques Monod, director del Instituto Pasteur de París y premio Nobel de 1965 causó conmoción y sobresalto en el mundo creyente con su libro *El azar y la necesidad*, e incluso los ateos quedaron indignados con las tesis de Monod pues presentaban en su énfasis filosófico de los fenómenos biológicos una religión sustitutiva.

En su obra, Monod menciona las tres etapas que hicieron posible la vida:

1. La formación de los principales componentes químicos de los seres vivos sobre la tierra: nucleóticos y aminoácidos.
2. A base de estos materiales, la formación de las primeras macromoléculas capaces de reproducirse (macromoléculas son moléculas de más de mil átomos).
3. Alrededor de estas estructuras se formaron todos los seres vivos, un sistema independiente y cuyo origen se remonta a la célula primitiva.

Monod se basa en los más recientes descubrimientos de la biología molecular y de la genética: hace miles de millones de años llegaron a la atmósfera y superficie terrestre determinados compuestos sencillos del carbono (como

el metano), más adelante se formaron el agua y el amoníaco. A partir de estos compuestos sencillos, se formaron numerosas sustancias, entre ellas nucleótidos y aminoácidos que finalmente se unieron en la masa primitiva para dar origen a la primera célula, el primer ser vivo. Esto sucedía en una época en que los fenómenos químicos y físicos aún no estaban ligados a la presencia de seres vivientes (*Regreso a las estrellas*, págs. 37 y sig.). «El pequeño resto» hasta el desarrollo del *homo sapiens* se lleva a cabo, según la teoría de la evolución, con toda tranquilidad, sin ninguna intervención especial.

El núcleo de las tesis de Monod es que el acontecimiento decisivo y determinante en la formación de la vida se dio una sola vez. Dice Monod: «Al fin el hombre ha llegado a saber que se encuentra solo en la indiferente inmensidad del universo, de la cual surgió por azar. En ninguna parte se decidió ni su destino ni su deber».

La vida: ¿el premio gordo de la lotería de la naturaleza? Puede que las ideas del profesor ateo tengan un excelente fundamento científico, pero en todo caso la cuestión decisiva queda sin resolver: ¿cuál fue la fuerza que determinó la formación de las sustancias químicas necesarias para el nacimiento de la vida? ¿De dónde salieron los ingredientes para la masa primitiva en la cual correteaba la vida como los ojos de grasa en el caldo?

De la atmósfera, por supuesto, contesta la ciencia. Pero esta respuesta no me basta. Como niño curioso sigo preguntando: ¿y de dónde salió la atmósfera? — de la envoltura de la Tierra que se enfriaba, hijo mío —. ¡Ah! ¿y de dónde salió la Tierra? — es una parte del Sol, hijo mío —. ¿y el Sol? — es una parte de la Vía Láctea, hijo —. ¿Y de dónde vino la Vía Láctea? — es una parte de todas las vías lácteas del universo —. ¿Y de dónde vienen las vías lácteas? — sobre eso hay teorías solamente, hijo mío.

El profesor Georges Lemaitre, físico y matemático de Bruselas, concibió una aguda hipótesis para explicar la formación del universo. Hace miles de millones de años,

toda la materia del cosmos estaba concentrada en un átomo primitivo, una masa densa cuya cohesión mantenía a las partículas unidas al núcleo; las enormes fuerzas se multiplicaron de tal manera que el trozo de materia explotó. Desparrramadas en miles y miles de millones de trozos, la materia pasó por un prolongado período de consolidación en el curso del cual las partículas fueron reuniéndose en un inmenso número de galaxias. El físico ruso George Gamow (1904) desarrolló, a partir de la hipótesis de Lemaitre, su teoría del «big-bang».

Esta teoría del «big bang» (gran explosión) tiene, en comparación con las demás teorías, la ventaja de poderse apoyar en el efecto Doppler. El físico austriaco, profesor Christian Doppler (1803-1853) descubrió en 1842 el efecto que lleva su nombre y que se observa en todos los fenómenos ondulatorios — luz o sonido —: el efecto Doppler consiste en la alteración del tono que se comprueba cuando la fuente emisora del sonido o bien el observador están en movimiento; al aumentar la distancia entre fuente y observador, el sonido cobra un tono más bajo, al disminuir la distancia entre ambos, el tono se vuelve más agudo. Esto se puede observar, por ejemplo, en el silbido de una locomotora en movimiento. Tratándose de la luz, se observa durante el movimiento de la fuente luminosa hacia el observador un desplazamiento del espectro hacia el azul y durante el movimiento de la fuente luminosa alejándose del observador se observa un desplazamiento hacia el rojo. Basándose en el efecto Doppler, se puede medir la velocidad de todas las estrellas porque se ha demostrado que la composición química es la misma en todas ellas y presentan condiciones físicas análogas a las estrellas de nuestra galaxia.

El astrofísico Edwin Powell Hubble (1889-1953) comprobó en 1929 en el Mount Wilson Observatorium, durante sus trabajos sobre nebulosas cósmicas y constelaciones, que el espectro de las galaxias que se alejan de nosotros se desplaza hacia el rojo. Dice el doctor Hannes Alfvén,

profesor de física del plasma en la Real Escuela Técnica Superior de Estocolmo: «Las galaxias se alejan de nosotros con velocidades proporcionales a su distancia de la Tierra». Para formarnos una idea podríamos imaginarnos un globo de goma. Antes de llenarlo de aire, marcamos puntos rojos en su superficie y luego lo inflamos; en esta forma, cada punto se va alejando de los demás y con velocidad proporcional: cada punto se aleja más rápidamente cuanto más inflado está el globo. Está claro que, conociendo las velocidades de los puntos, que son función de su distancia, como asimismo las direcciones en que se mueven, puede calcularse cuándo estuvieron todos reunidos en un mismo lugar.

Mediante este método del desplazamiento hacia el rojo del espectro, se ha podido calcular la edad del universo, la cual se ha estimado entre seis y diez millones de años terrestres. Apenas el mundo se había puesto de acuerdo con este cálculo cuando, en noviembre de 1971, tomó la palabra Georges Abell, director del Departamento de Astronomía de la Universidad de California, y dijo: «¡Es un error, honorables colegas! ¡Después de 13 años de observación de ocho galaxias muy alejadas entre sí, puedo demostrar que la edad del universo es el doble de la supuesta hasta la fecha!»

¡Big bang!

El universo no es una dama a quien podamos ofender con una apreciación exagerada de la edad. A mí me da lo mismo que la explosión primitiva haya tenido lugar seis, diez o veinte mil millones de años atrás. ¡La edad no tiene nada que ver con el origen de la vida! Cuando quiera que haya tenido lugar la explosión, *antes* tuvo que haber algo allí. La explosión del átomo original podrá explicar la formación de las galaxias con miles y miles de millones de estrellas, los científicos de todos los sectores, incluso los filósofos podrán ahondar cada vez más en los misterios del átomo como origen de todas las co-

sas, los ateos podrán negar cada vez con mayor vehemen-
cia la existencia de una fuerza que llamamos «Dios».

Al comienzo había una creación.

Si la materia de todas las estrellas proviene del átomo,
es lógico concluir que las estrellas de todas las galaxias
están hechas de la misma materia, consisten de los mis-
mos elementos.

En efecto, en el curso de los últimos años se han descu-
bierto cada vez más aminoácidos y combinaciones mole-
culares complejas en la materia extraterrestre. Los geó-
logos Goesta Völlin y David B. Ericson, de la Universidad
de Columbia, New York, anunciaron el 29 de octubre de
1971 en la revista *Nature* que, en investigaciones de la-
boratorio, ha sido posible, mediante la irradiación de
una mezcla de cuatro sustancias cuya existencia en el
espacio ha sido comprobada, obtener aminoácidos como
productos de la reacción. Casi simultáneamente, investi-
gadores del observatorio radioastronómico de Green
Bank, West Virginia, dieron a conocer que en la nebulosa
B2 de la constelación de Sagitario habían detectado una
sustancia que poseía todas las condiciones para la for-
mación del ser vivo. Se trata del cianoacetileno, la com-
binación química de mayor complejidad que ha sido po-
sible constatar hasta la fecha en el cosmos. En el universo
se han podido detectar sustancias como hidrógeno, mo-
nóxido de carbono, amoníaco, agua, hidrógeno cianuro,
formaldehído, ácido fórmico, alcohol metílico y una serie
de hidrocarburos; en meteoritos y piedras lunares ha
podido constatarse la existencia de aminoácidos. Los cien-
tíficos de la NASA anunciaron en octubre de 1971 que en
los meteoritos de Murchinson and Murray (así llamados
por el lugar donde fueron encontrados) pudieron identi-
ficar 17 (!) aminoácidos (entre ellos algunos aptos para
la formación de proteínas). En análisis de piedras luna-
res traídas por la tripulación del Apolo XI se reconocie-
ron dos aminoácidos constituyentes de las proteínas: gli-
cina y alanina.

En realidad, el hombre, ser sociable, debería sentirse muy
feliz de saber que cada día se encuentran nuevos indicios
que no está solo en el cosmos, que, por el contrario, hay
muchos compañeros de juego que están a la espera que
reconozca las huellas que ellos dejaron durante su visita.
En todo caso, según el estado actual de nuestros conoci-
mientos puede suponerse que:

- toda la materia del universo estaba originalmente con-
centrada en un átomo primitivo;
- en los astros de nuestra galaxia se dan las condiciones
químicas para la vida.

¿Y qué lugar queda para el «Buen Dios» en este esquema
del universo que han concebido los hombres de ciencia?
La personificación de la fuerza que *debió* haber existido
antes de la explosión primitiva bajo el nombre de Dios
y las ideas que emanan de este concepto y que han sido
difundidas por la catequesis entre los fieles obstruyen la
visión.

La fuerza original era una entidad neutra. Ello existía an-
tes del Big Bang (Gran Explosión). Ello desencadenó la
gran destrucción. Ello formó, mediante una explosión,
todos los mundos del universo. Ello, fuerza primitiva in-
corpórea y determinante, se transformó en materia: Ello
conocía lo que sucedería después de la explosión. Ello
deseaba adquirir experiencia viva.

En muchas discusiones, he procurado ilustrar esta idea
mía con una comparación, si bien resulta demasiado
simplificada.

Piénsese, he argumentado, en un ordenador que trabaja
con 100.000 millones de unidades de pensamiento (bits
en el lenguaje técnico). Según el profesor Michie de la
Universidad de Edimburgo, el diseñador del prototipo
del primer computador *pensante*, este aparato posee una
«conciencia personal». Esta conciencia personal del com-

putador está firmemente ligada a la máquina con sus miles de millones de conexiones.

Si este computador estallase, su conciencia personal quedaría destruida definitivamente, siempre que el inteligente aparato no hubiese tenido la precaución de magnetizar todos los miles de millones de bits antes de la explosión. Tiene lugar la explosión. Cien mil millones de bits salen proyectados con distintas velocidades, según su tamaño, en todas direcciones. Ya no existe más la conciencia original centralizada del ordenador, pero el astuto suicida había programado el futuro después de la explosión: todos los bits magnetizados con sus informaciones elementales volverían a encontrarse nuevamente en el centro de la explosión. Cada bit trae a su regreso algo nuevo, su granito de arena de contribución a la primitiva «conciencia personal» de la gran máquina. Este enriquecimiento de la «conciencia personal» es la «experiencia personal». Desde el momento de la explosión hasta el instante del regreso, ningún bit «sabía» que era solamente una ínfima partícula de la gran conciencia. Si uno de estos bits con su limitada capacidad hubiese podido plantearse la pregunta «¿cuál es el fin de esta loca carrera?» o bien «¿quién me ha creado, de dónde vengo?», no hubiese podido encontrar respuesta alguna. No obstante, era comienzo y fin de un acto, de una especie de «creación» de la conciencia enriquecida en una nueva dimensión: la experiencia.

Tal vez esta comparación, aunque un tanto grosera, pueda ayudar a vislumbrar el fenómeno Ello: todos somos partes constituyentes de este Ello primitivo. Solamente al final, en el «Punto Omega» de Teilhard de Chardin «recordaremos» que somos a la vez causa y producto de la creación.

Que el Ello, sinónimo de Dios, *tiene* que haber existido *antes* de la explosión original, me parece una idea irrefutable. El evangelista Juan, que en sus revelaciones de-

muestra que tuvo acceso a los antiguos textos sagrados, escribió sobre la creación:

«En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio en Dios. Y por El han sido hechas todas las cosas y sin El no se ha hecho nada de cuanto ha sido creado.»

Todo esto sería lógico si el concepto de Dios, a través de dos mil años, no hubiese ido incorporando todo un lastre de ideas extrañas que hacen posible relatar una historia de la creación a la medida de niños y de rústicos, pero que impiden ir al fondo del misterio de la creación.

Siendo que el Ello (Dios) decidió transformarse en materia, es por consiguiente a la vez la creación y un producto de su creación. Como dice el profesor D. L. Pieper, de la Universidad de Stanford: «¡El pánico ante el error es la muerte de todo progreso, el amor a la verdad es su salvaguardia!»

Como los bits del computador, habremos de reunimos nuevamente. Somos partes, partes insignificantes del Ello que hemos de confluir finalmente en una sola y eterna comunidad cosmológica. Todas las filosofías se revuelven con desesperación en torno a las preguntas «¿por qué?» y «¿de dónde?». «El conocimiento», escribe el teólogo profesor Puccetti, «no se adquiere solamente por la vía científica, y en realidad no hay ninguna verdad religiosa de importancia a la cual se haya llegado de este modo.»

En el umbral de los años dos mil, el mundo aparece dividido en cinco grandes religiones rivales y miles de sectas fanáticas.

La técnica hará posible, con toda seguridad, el contacto con otros seres inteligentes en el cosmos.

¿Cómo nos presentaremos?

¿Como católicos? ¿Como protestantes? ¿Como luteranos?

¿Como husitas? ¿Como mormones? ¿Como mahometanos?
¿Como budistas? ¿Como hindúes? ¿Como griegos ortodoxos?

¿Estamos acaso dispuestos a presentarnos como subdesarrollados mentales al abstenernos de accionar el conmutador de la luz en día sábado (judíos ortodoxos), al privarnos de la carne de cerdo (mahometanos y judíos) y al venerar vacas desnutridas y ratas sobrealimentadas (hindúes y religiones afines) o porque clavamos cruelmente en una cruz a nuestro Dios todopoderoso?

Tengo el presentimiento que con la entrada al año dos mil y a la era interestelar se pondrá término a esta división religiosa.

Bajo el supuesto que todos somos partes del poderoso Ello, ya no existe más la paradoja de un Dios que es incomprendiblemente bueno y malo a la vez; este Dios ya no es el causante del sufrimiento y de la felicidad, de la prueba y la providencia. Somos nosotros los que llevamos las fuerzas positivas y negativas dentro de nosotros mismos porque todos provenimos del Ello que existió siempre.

No me resulta posible eludir la cuestión del Ello o de Dios, entre otras cosas porque tengo la convicción de que las religiones con sus innumerables dioses entraban el progreso. ¡Cuántas guerras, sufrimientos y horrores han desencadenado las religiones y sectas en nombre de sus respectivos dioses! Y si esto no cambia, serán una de las causas de la ruina de la humanidad.

El analista de sistemas Jay W. Forester, del Massachusetts Institute of Technology, ha realizado, valiéndose de un modelo matemático, un profundo estudio sobre las tasas de crecimiento humano y sus consecuencias. En su libro *The limits of the growth*, publicado en 1972, el profesor Dennis Meadows, apoyándose en los cálculos de Forester, expone al mundo las sombrías perspectivas que le aguardan. Diariamente, hora tras hora, crece la población del planeta. Una marea humana inunda la tierra.

Todos necesitan alimento, vestido, techo. Todos dan lugar a desechos y basuras e incrementan la cantidad de nitrógeno en el medio ambiente. Se precisan más materias primas y más superficie cultivable de la que hay disponible en el mundo. Cual metástasis de un tumor canceroso, las ciudades y colonias van cubriendo la faz de la tierra. Si en último extremo se pretendiese talar selvas y bosques, la humanidad se asfixiaría a sí misma: destruiría las fuentes de oxígeno. El elixir de la vida, el agua, ya no alcanzará, aun cuando se tomen en cuenta los océanos y los hielos polares. Los hombres de ciencia lo advierten: antes del año 2100 sucumbirá nuestro planeta.

Sólo queda una solución para este problema: un inmediato y riguroso control de los nacimientos. A él se oponen los amos de todas las confesiones religiosas, grandes y pequeñas, como por acuerdo de un gigantesco consorcio mundial. Cada grupo religioso cuenta sus ovejitas y mientras más ovejitas más poder. Lo que aquí se hace en nombre de Dios es política de poder con las pobres criaturas; en un crimen contra la humanidad.

¿No debería comenzar por fin el hombre a considerarse como parte esencial del cosmos? Una tal filosofía le proporcionaría un bienhechor sentimiento de su propia importancia. La navegación espacial se hará indispensable en el futuro — el viaje a la Luna fue sólo un comienzo — porque necesitaremos cada vez más materias primas y espacio, pero, además de esto, la navegación espacial nos procurará también, casi con certeza, el encuentro con el «señor del otro planeta».

Este encuentro no parece halagar mucho a las 20.000 religiones y sectas. ¡La ovejita tiene que seguir siendo el centro de la creación! ¿Y qué pasaría si de repente nos encontráramos con seres muy superiores a nosotros en otros planetas, seres existentes al margen del acto creador de Dios? Es tan difícil dejar de lado leyendas tiernas y entrañables.

Hay poderes que con astucia luciferina tratan de sabotear

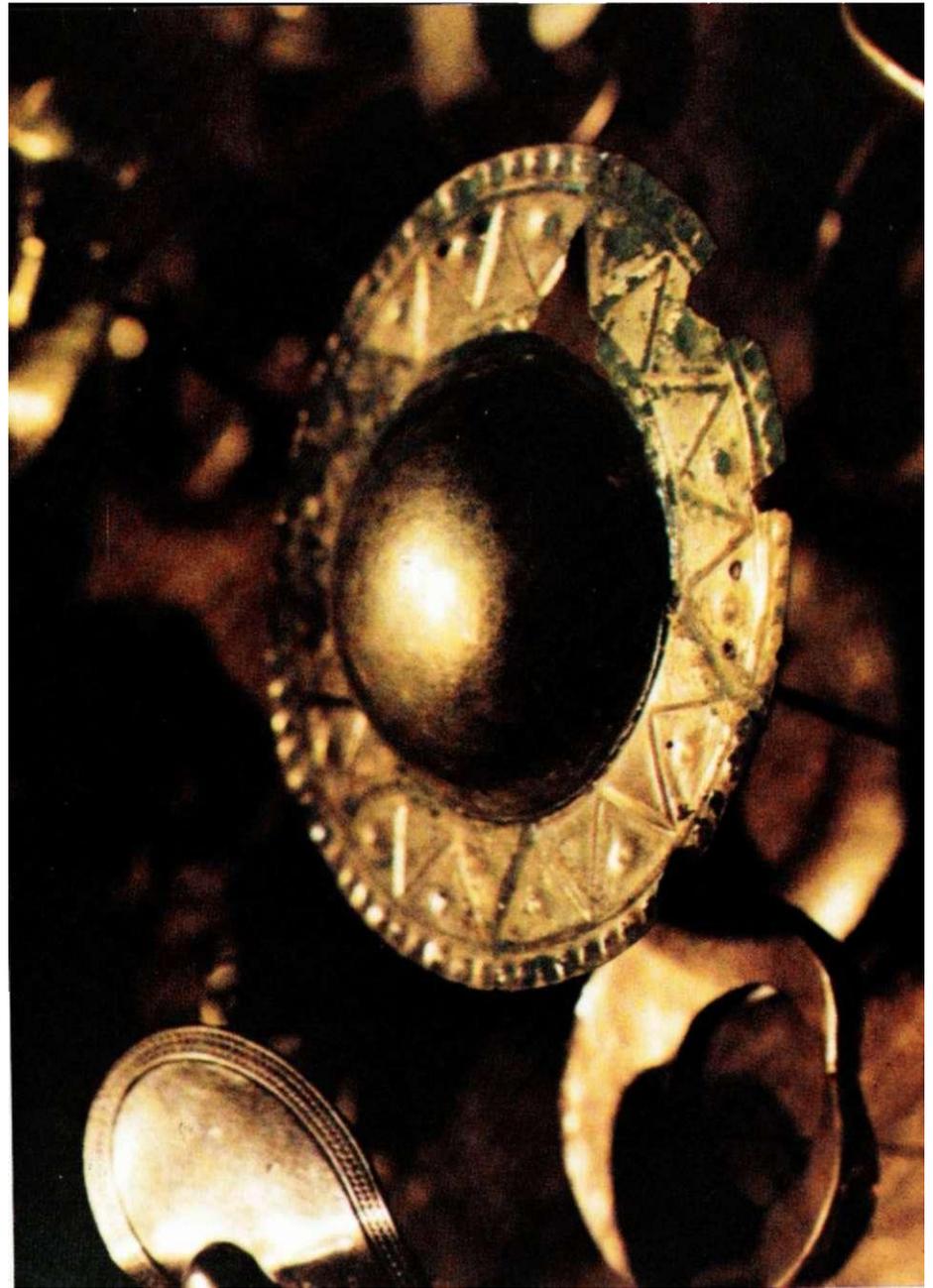
esta técnica del futuro y sus objetivos. Se previene contra los resultados de las investigaciones encaminadas a este fin. Este criterio se va infiltrando en forma tan sutil que hay muchos críticos inteligentes de los planes espaciales que ni siquiera sospechan quién escribe con su pluma en sus argumentaciones...

Bueno ¿y qué hacer?

¿Habrá que volar templos, demoler iglesias?

Nunca jamás.

Doquiera los hombres se congregan y alaban al Creador, experimentan un sentimiento de solidaridad reconfortante y bienhechor. Como evocado por la vibración de un diapasón, surge en el ambiente un común presentimiento de algo grandioso. Templos e iglesias son lugares de recogimiento, lugares de alabanza a lo Indefinible, al Ello que hemos aprendido a llamar Dios. Estos lugares son necesarios. El resto sobra.

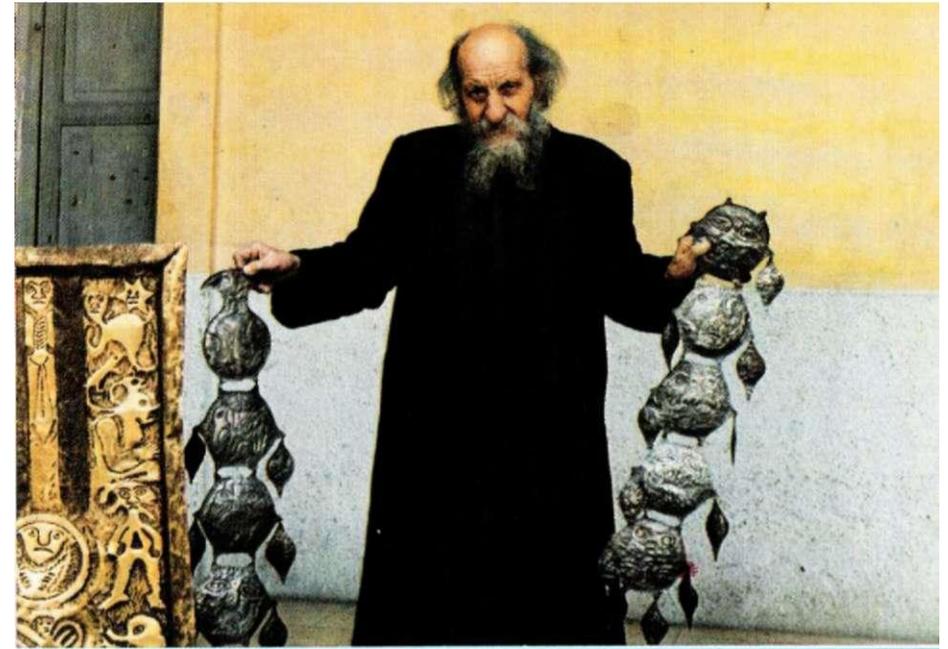


En la bóveda cosmológica de María Auxiliadora puede verse una esfera de oro macizo. El ancho limbo podría perfectamente representar una rampa de lanzamiento a bordo para los vehículos de servicio, como también podría tratarse de un colector con paneles para almacenar la energía solar. La técnica no pone límites a la fantasía. El negativo de esta esfera, en piedra, está expuesto en el Museo Turco de Estambul.



2 *Arriba* Un pesado disco de oro de 22 cm. de diámetro. Costoso y misterioso papel de escribir. ¡En todo caso, ningún escudo!

3 *Abajo*: Curiosa pirámide de oro: las serpientes están donde les corresponde, en el cielo. Al pie de las pirámides hay elefantes, animales extinguidos en Sudamérica a partir del año 12.000 A. C. La escritura que se ve en el borde inferior es desconocida, aún no descifrada.

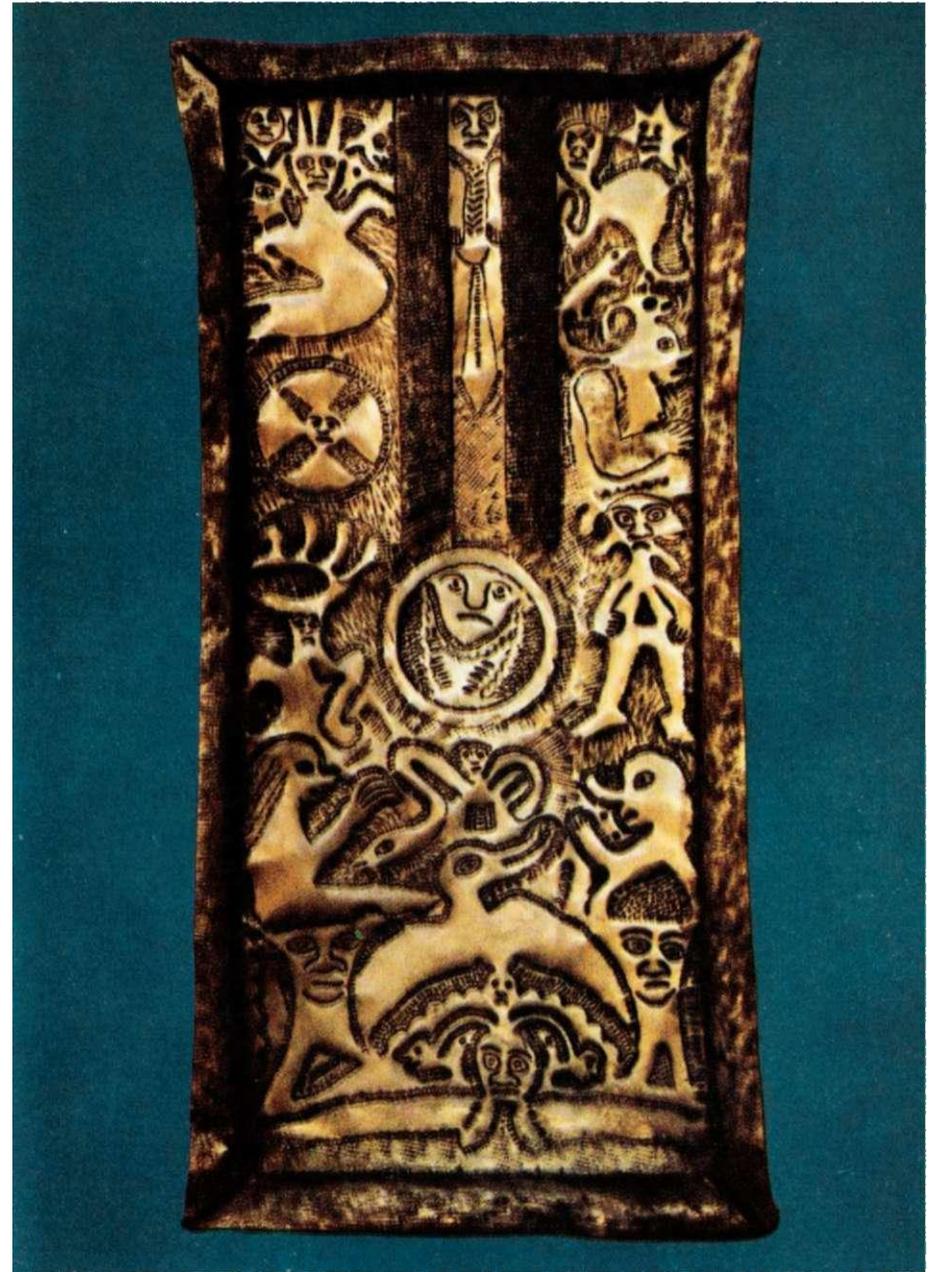


4 *Arriba*: El Padre Cario Crespi ha ido coleccionando a lo largo de los años un fabuloso tesoro de piezas de oro y plata que guarda en el patio interior de la iglesia de María Auxiliadora de Cuenca.

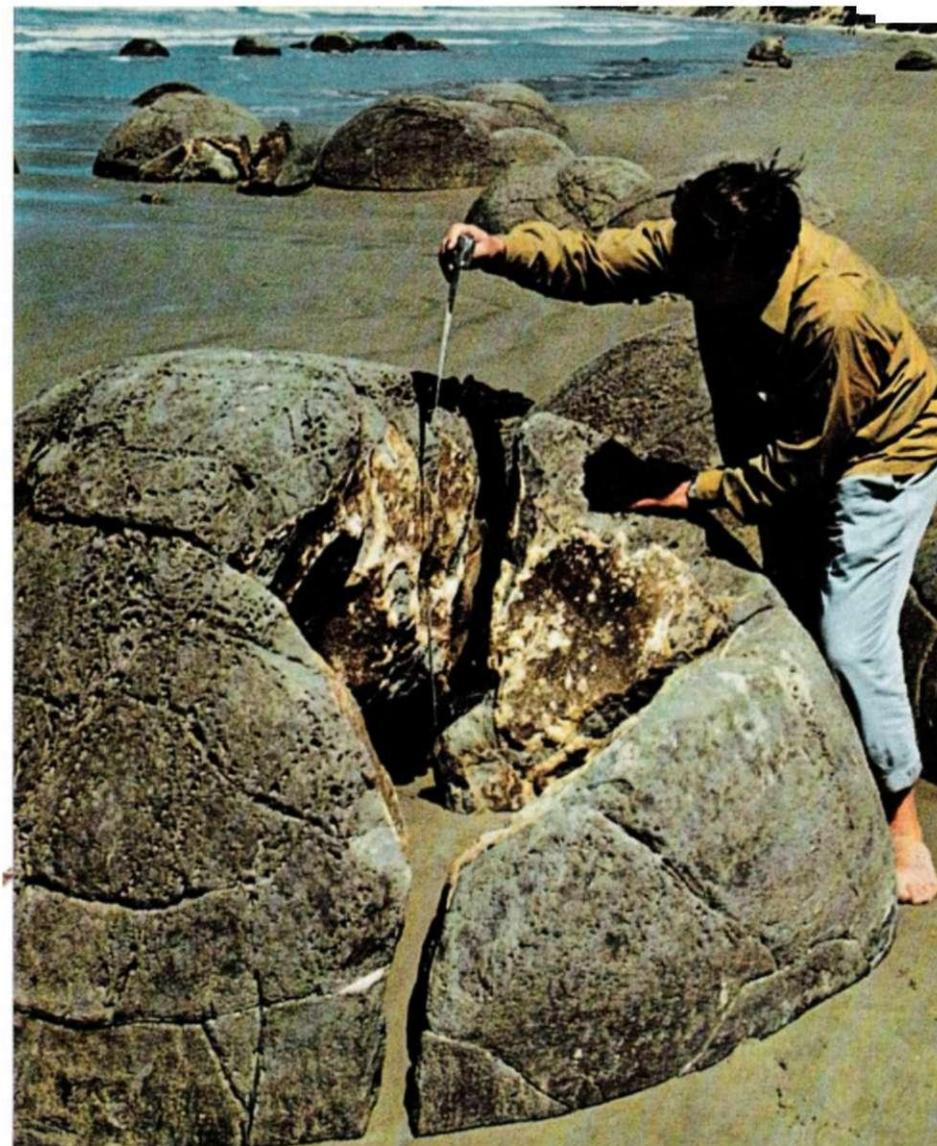
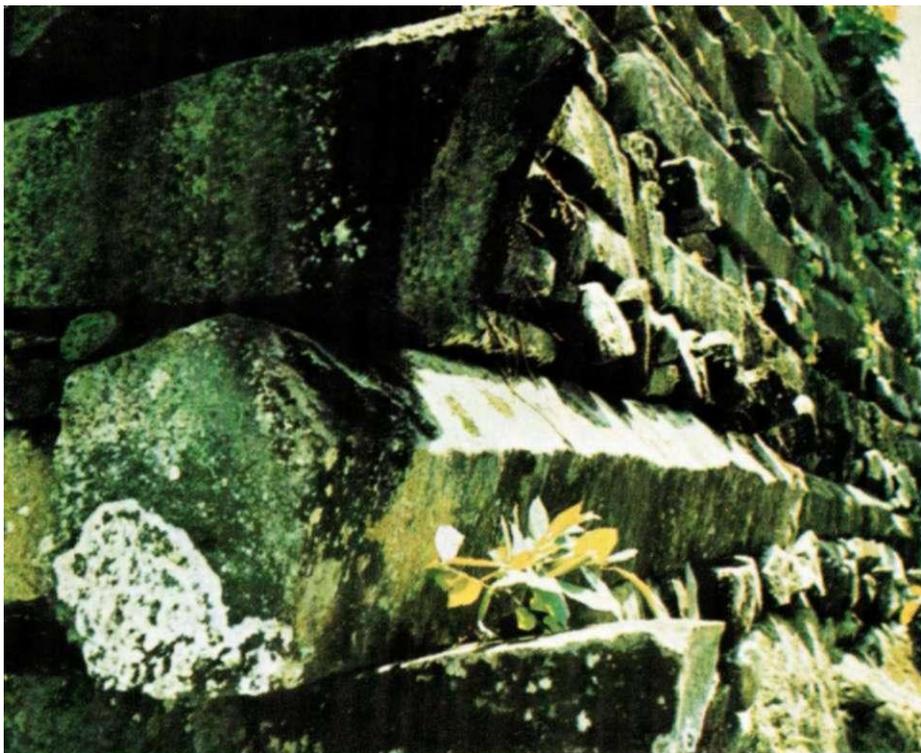
5 *Abajo*: Al centro una pirámide a cuyos costados se ven serpientes que silban. ¿Indicarán los círculos el número de astronautas sepultados?



6 Esta escultura de oro de 52 cm. de alto presenta proporciones humanas normales. ¡Lo que llama la atención es que tanto los pies como las manos sean de cuatro dedos solamente! Una explicación científica sería: ¡Una máquina de calcular! ¿eran tan torpes los incas que necesitaban hacer toda una escultura con el simple objeto de representar el número "cuatro"? Se trata de la "divinidad de las estrellas".



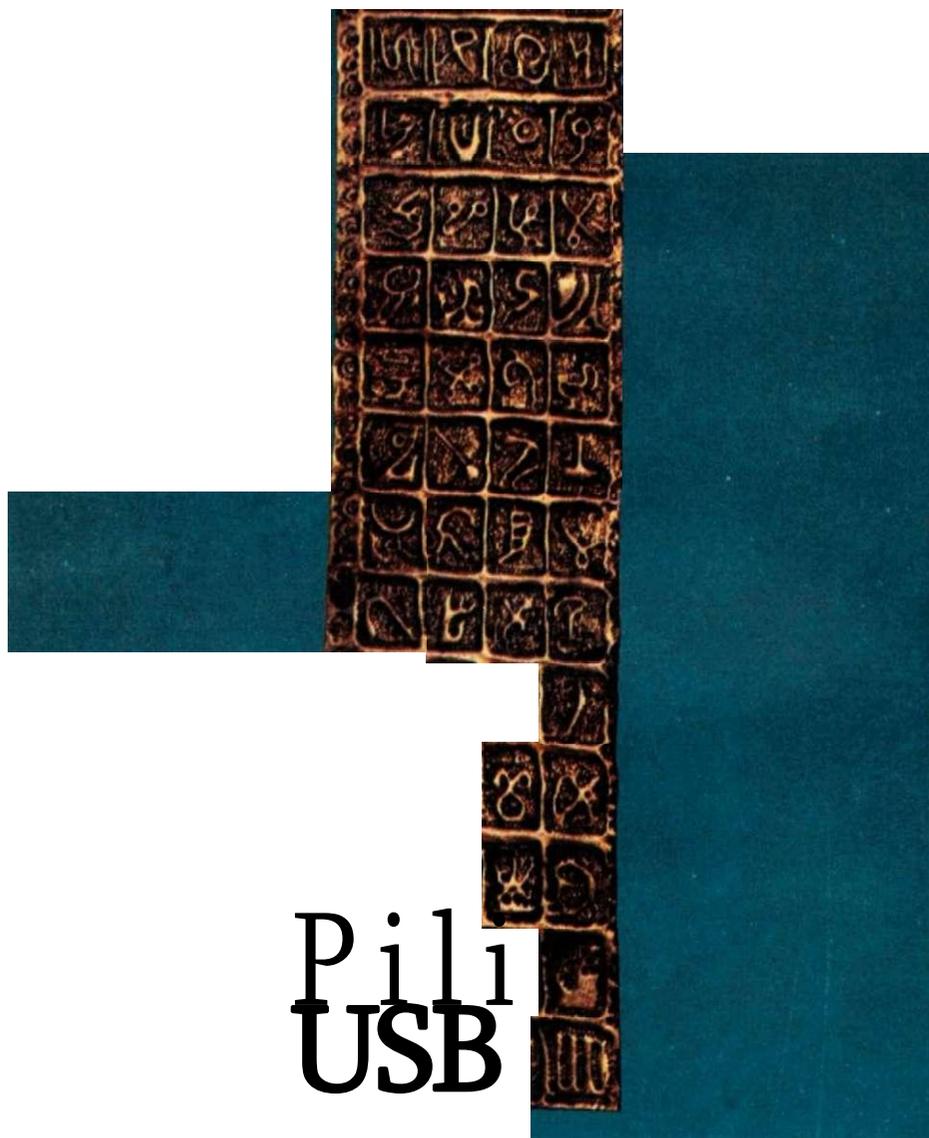
Siempre encontramos algo más en esta lámina de oro de 98 x 48 x 3 cm. . . una estrella, un ser con el vientre abultado, un hombre con cota de mallas y casco, rostros, una rueda desde la cual hay alguien que espía, un rostro que emerge de otro, etc. etc. ... En medio de toda la confusión amenaza caer una bomba que el artista hace resaltar mediante unas bisagras.



8 Estas vigas de basalto hexa u octogonales tienen hasta cinco metros de largo. Se encuentran en pilas de hasta 25 metros de alto.

9 Más de 80 dependencias agrupadas en forma de terrazas, protegidas por una muralla de 860 m de longitud y hasta 14,20 m de altura, rodean al edificio central (*izquierda abajo*).

10 Estas esferas de la Bahía de Moeraki parece que hubieran salido del mar. Al contrario que las de Costa Rica, estas esferas se formaron de una manera natural hace unos 135 millones de años, durante el período cretáceo superior.



11 Pieza de una estela de oro: 52 cm. de alto, 14 cm. de ancho y 4 cm. de espesor. Pueden verse 56 signos de escritura distintos repartidos en otros tantos cuadrados. ¡Exactamente los mismos signos que encontramos en la biblioteca metálica de la gran sala! ¿conocía el artífice de esta estela un alfabeto de 56 letras o símbolos? hasta la fecha se ha supuesto que las culturas sudamericanas todavía no habían desarrollado ningún alfabeto fonético.

los anales de la isla. Por consiguiente, queda establecido que las misteriosas ruinas de Nan Madol existían ya mucho tiempo antes de la primera visita de los blancos a la isla el año 1595. No es efectivo que la historia de los habitantes de la isla sólo haya comenzado a partir de su «descubrimiento» en las leyendas sobre Nan Madol. A partir de 1595 no hay lagunas en la historia de Ponape. Las leyendas sobre Nan Madol envuelven una información mucho más interesante y significativa que los sucesos incomparablemente más recientes arriba mencionados. Sólo que como no se ha podido encontrar ninguna explicación satisfactoria al misterio de Nan Madol, se pretenden hacer pasar pseudo interpretaciones bajo disfraz científico.

Después de haber pasado más de una semana en el infierno húmedo y tórrido de Nan Madol con huincha de medir, aparatos fotográficos y libreta de anotaciones puedo sonreír — por desgracia rendido de cansancio — ante tales interpretaciones. Prefiero atenerme a las leyendas, ya que a la postre resultan más plausibles. Y vamos a ver por qué.

Al descender en Ponape de un Boeing 727 de la Continental Airlines, aún no podía imaginarme las fatigas y sorpresas a que me estaba conduciendo mi curiosidad. Me desplacé por entre el enjambre de pequeñas islas en una pequeña lancha a motor que había fletado por intermedio del Hotel Kasehlia, a lo largo de canales flanqueados por una vegetación tropical exuberante. El calor era sofocante y el aire tan húmedo que se hacía irrespirable (Fig. 38).

Acompañado de dos nativos, pasé varias islitas y luego, de súbito, aparecen las ruinas de Nan Madol, una islita como cualquiera de las vecinas, que sólo se distingue por los extraños restos que la cubren. Aquí se encuentra, no mayor que un estadio de fútbol, el panteón, la pequeña ciudad de basalto y el legendario retiro de sus habitantes prehistóricos. Uno se encuentra de repente ante estos

El famoso autor de «Recuerdos del futuro» y «Regreso a las estrellas» nos narra los estudios y descubrimientos realizados durante su último periplo de investigación: Ceylán, Singapur, Malasia, Guam, la Polinesia, Taiwan, Chile, Brasil, Colombia, San Salvador y varios estados de Norteamérica.

En el Ecuador descubre un misterioso sistema de cuevas y túneles subterráneos, a 240 metros de profundidad, que albergan construcciones gigantescas y ricamente decoradas, procedentes de los tiempos prehistóricos. Dichos túneles incluyen todo un museo natural esculpido en oro puro, legado y mensaje de los visitantes extraterrestres para nuestro futuro.

Los descubrimientos de Dániken han sido descritos por la máxima autoridad europea en historia americana antigua, el profesor Miloslav Stingl, como «el hallazgo arqueológico más importante después del descubrimiento de Troya».

Un libro que, echando mano de los conocimientos de la más avanzada tecnología, da nuevas respuestas a interrogantes que la ciencia tradicional no ha sabido contestar.

el oro de los dioses

Los extraterrestres
entre
nosotros



Erich von
Däniken

**La más fantástica visión de nuestro
pasado:
¿Fue visitada la Tierra
por viajeros procedentes del espacio?**

En una época desconocida, y en una lejana galaxia, inteligencias semejantes a las humanas habrían librado una gran batalla.

Los vencidos en aquella batalla huyeron en una nave espacial. Para despistar a sus enemigos, no aterrizaron en un planeta de condiciones óptimas, sino en otro menos adecuado donde, como demuestran los dibujos rupestres aducidos por Dániken, hubieron de llevar casco y aparatos de oxígeno durante algún tiempo.

Para protegerse, excavaron los grandes laberintos subterráneos, y además colocaron en otro planeta, el quinto del sistema solar, falsas instalaciones y emisoras. Los enemigos cayeron en la trampa y destruyeron brutalmente todo el planeta, cuyos restos son los asteroides que ahora vemos. Creyendo aniquilados a los vencidos, los vencedores regresaron a su galaxia.

Los vencidos habitaron en la tierra y dejaron aquí los restos de sus gigantescas obras...